



EL  LADRÓN
EN EL ARMARIO



LAWRENCE
BLOCK

Lectulandia

Aunque dotado de un fino sentido del humor, Bernie Rhodenbarr nunca habría imaginado una situación más absurda: su dentista le encarga el robo de unas joyas en un elegante apartamento neoyorquino cuya propietaria es la exesposa del dentista, y Bernie, maestro de la ganzúa, se queda encerrado accidentalmente en un armario mientras, a unos metros, la dueña del apartamento retoza entre las sábanas con su amante. Pero la anécdota no tiene un final feliz. Cuando Bernie sale del armario dispuesto a coger el botín, las joyas han desaparecido y la mujer ha sido asesinada. Así las cosas, Bernie difícilmente podrá convencer a la policía de su inocencia.

Lectulandia

Lawrence Block

El ladrón en el armario

Bernie Rhodenbarr - 2

ePub r1.3

Lead 13.10.14

Título original: *The burglar in the closet*

Lawrence Block, 1978

Traducción: Elena Llorens

Editor digital: Ledo

Corrección de erratas: Alfacentauro0

Retoque de cubierta: Kars

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

*Para Mary Pat,
quien abrió la puerta correcta*

Señor, quien quiera ganarse el pan
escribiendo libros debe tener la serenidad
de un duque, el ingenio de un cortesano y
las agallas de un ladrón.

DR. SAMUEL JACKSON

1

—El parque Gramercy es un oasis en medio de un mar cruel —dijo la señora Henrietta Tyler—, un respiro de las hondas y las flechas contra las cuales ya nos advirtió el poeta. —Se le escapó un suspiro, la clase de suspiro que sigue a la contemplación de un oasis en medio del mar. Añadió—: Joven, no sé qué haría sin este bendito verdor; sencillamente, no sé qué haría.

Ese «bendito verdor» no es más que un parque privado situado en el corazón mismo de la calle 20 Este de Manhattan. Está cercado con una valla de hierro forjado negro, de unos dos metros y medio de altura. La verja, cerrada siempre con llave, impide el acceso a las personas que no tienen el derecho legal a entrar. Sólo aquellos que viven en ciertos edificios situados alrededor del parque y pagan una cuota anual para su mantenimiento tienen la llave que abre la verja de hierro.

La señora Henrietta Tyler, que estaba sentada a mi lado en el banco verde, tenía esa llave. En el cuarto de hora que estuvimos sentados juntos, me dijo su nombre y me contó buena parte de su vida. Si hubiésemos tenido más tiempo, sin duda me habría contado todo cuanto había ocurrido en Nueva York desde el año de su nacimiento, que debió de ser, según mis cálculos, un año o dos después de la derrota de Napoleón en Waterloo. La señora Henrietta era una viejecita encantadora; cubría su cabeza con un pequeño sombrero con velo. Mi abuela también llevaba sombreros pequeños con velo. Ahora ya nadie los usa.

—No hay perros —decía la señora Henrietta—. Estoy encantada de que esté prohibido traer perros al parque. Es el único sitio de la ciudad donde puede pasearse tranquilamente sin tener que andar vigilando dónde pisas. El perro es un animal horrible. Se ensucia por todos lados. En cambio los gatos son mucho más exigentes, ¿no cree? Eso no quiere decir que no me molestara pisar una caca de gato. No entiendo por qué la gente tiene la manía de tener animales en casa. A mí ni siquiera se me ocurriría tener un abrigo de pieles. Debería estar prohibido apartar a esos animales de su hábitat.

Estoy convencido de que la señora Henrietta no le habría hablado así a un desconocido. Pero en el parque Gramercy no hay desconocidos, como tampoco hay perros. Mi presencia en el parque indicaba que yo era una persona decente y respetable que o tenía un buen empleo, o vivía de renta, y que era además uno de «Ellos». Llevaba un traje de estambre tropical a cuadros grises, una camisa azul claro y una corbata a rayas azules; el maletín que tenía a mis pies era un modelo muy estilizado de ante, que debía de haberle costado mucho dinero a su propietario.

En definitiva, debía de parecer un soltero tomándose un respiro en el parque después de una dura jornada de trabajo. Tal vez incluso pareciera que antes me había estado tomando unos martinis y en ese momento disfrutaba del aire fresco de un

plácido día de septiembre antes de irme a mi apartamento, por cierto bien amueblado, a calentarme algo en el microondas y beberme un par de cervezas mientras en la tele daban el parte meteorológico.

En fin, señora Henrietta, ese no era el caso.

No había tenido una jornada laboral agotadora, ni tampoco en la oficina se respiraba mal ambiente. Tampoco me había tomado ningún martini, entre otras razones porque cuando voy a trabajar no me permito beber ni un solo trago. Además, no tengo ningún microondas en mi modesto apartamento y hace bastante tiempo que dejé de ver los partes meteorológicos. Mi apartamento está en la zona oeste, a varios kilómetros del parque Gramercy, y no pagué ni un centavo por el maletín de ante; me lo apropié hace unos meses cuando fui, aprovechando que el apartamento estaba vacío, a robar una colección de monedas de un distinguido caballero. Sin duda le había costado mucho dinero, y sólo Dios sabe que contenía un gran número de monedas cuando salí del apartamento.

Ni siquiera tenía la llave del parque. Había entrado gracias a una pequeña ganzúa de acero alemán. Por extraño que parezca, pues la verdad es que ese parque es el sitio ideal para pasar una hora lejos de perros y desconocidos, la cerradura de la verja no tiene ninguna medida de seguridad.

—Esto de correr por el parque... —decía la señora Henrietta—; mire, ahí va uno. ¿Qué le parece?

Levanté la vista. El hombre en cuestión tenía más o menos mi edad, unos treinta y cinco años, aunque era medio calvo. Estaba corriendo o haciendo *jogging*. No importa.

—Están todo el día igual; en verano y en invierno. Nunca tienen bastante. Los días que hace frío se ponen esos horribles... chándals, creo que así se llaman. En los atardeceres templados como hoy suelen ponerse pantalones cortos de algodón. ¿Cree que eso es sano?

—Si no lo fuera, supongo que la gente no lo practicaría.

La señora Henrietta asintió con la cabeza.

—Pero no puedo creer que sea bueno para la salud —dijo—. Además, debe de ser muy desagradable. Usted no será uno de ellos, ¿verdad?

—Bueno, de vez en cuando me pregunto si me iría bien para la salud; pero cuando lo pienso, me tomo un par de aspirinas y me meto en la cama hasta que olvido el tema.

—Me parece lo más sensato. Este deporte es ridículo, y lo que es ridículo no puede ser bueno para la salud. —Volvió a suspirar—. Por suerte, tienen que practicarlo fuera del parque y no dentro. Tenemos que estar muy agradecidos de ello.

—Como con lo de los perros...

Me miró, y a través del velo vi que le brillaban los ojos.

—Pues sí, es más o menos lo mismo.

A las siete y media la señora Henrietta se quedó ligeramente dormida en el banco y el *jogger* ya se había marchado. Por suerte, una mujer con el pelo rubio y largo hasta los hombros, que llevaba una blusa de cachemira y unos vaqueros color trigo, había bajado las escaleras de piedra delante del número 17 de Gramercy Park West y, tras consultar el reloj, se había encaminado hacia la esquina de la calle Veintiuno. Al cabo de quince minutos aún no había regresado. A menos que en el edificio vivieran dos mujeres que respondieran a la misma descripción, se trataba de Crystal Sheldrake, la futura exesposa de Craig Sheldrake, el dentista más importante del mundo. Dado que ella había salido del apartamento, iba siendo hora de que yo entrara en él.

Salí del parque —para lo cual no se necesita una llave ni una ganzúa de acero alemán—, crucé la calle, maletín en mano, y subí las escaleras del número 17. El edificio tenía cuatro plantas; era un espécimen ejemplar de la arquitectura del *revival* griego de principios del siglo XIX. Supongo que por aquel entonces las cuatro plantas estaban ocupadas por una única familia, dejando los bajos para almacén de maletas y periódicos viejos. Pero las cosas cambian, tal y como habría dicho la señora Henrietta, y ahora cada planta constituía un único apartamento. Observé los cuatro timbres del vestíbulo; pasé por alto los de Yalman, Porlock y Leffingwell (cuyos nombres, leídos juntos, suenan a despacho de arquitectos especializados en parques industriales) y pulsé el de Sheldrake. No respondieron. Volví a llamar y finalmente me decidí a entrar. Llevaba una llave. «La muy zorra cambió la cerradura —me había dicho Craig—, pero con la de abajo no lo consiguió porque los vecinos se enfadaron con ella». La llave evitó que perdiera un par de minutos. Me metí la llave en el bolsillo y me dirigí al ascensor. Mientras bajaba, decidí que no quería cruzarme con Yalman ni con Porlock —aunque Leffingwell vivía en la primera planta, pensé que también podía bajar, pues quizá había ido a regar las plantas de su jardín en la terraza—. Crucé el vestíbulo y subí dos tramos de la escalera enmoquetada hasta el apartamento de Crystal Sheldrake. Llamé al timbre, escuché las dos campanadas en el interior y luego golpeé la puerta un par de veces, fingiendo ser un agente de seguros. Después pegué la oreja a la puerta y escuché unos segundos; finalmente puse manos a la obra.

La puerta de Crystal Sheldrake tenía dos cerraduras nuevas de la marca Rabson. Es preciso aclarar que la Rabson es una buena cerradura, pero además una de ellas estaba equipada con un cilindro a prueba de ganzúas. Por supuesto, nada es insuperable para un buen profesional como yo, pero la maldita cerradura me hizo perder unos minutos. Habría tardado más de no ser porque en casa tengo un par de cerraduras iguales, una en la sala de estar, pues así practico con los ojos cerrados

mientras escucho música; la otra en la puerta de mi apartamento para disuadir a ladrones menos diligentes que yo.

Entré en el apartamento con los ojos bien abiertos y, antes de cerrar la puerta, ya había echado un vistazo a todo el piso. En el pasado no solía hacerlo, pero desde que en cierta ocasión encontré un cadáver en un apartamento y me fue terriblemente difícil demostrar que no tenía nada que ver con aquella muerte, lo he tomado como una costumbre. La experiencia es algo tan efectivo como un maestro, pues uno tiende a recordar las lecciones que ha recibido.

No vi ningún cadáver. Tampoco había ningún ser vivo, excepto yo. Cerré la puerta con ambas cerraduras, dejé el maletín encima de un canapé de palisandro de estilo Victoriano, me enfundé unos guantes de goma y me puse a trabajar.

El juego al que estaba jugando se llamaba La Búsqueda del Tesoro. «Me gustaría que miraras por todos los rincones», me había dicho Craig, y estaba dispuesto a hacer todo lo posible para satisfacerle. Había bastantes habitaciones: la sala de estar, un comedor, un dormitorio bastante grande, otro más pequeño habilitado como estudio y sala de televisión y una cocina, con numerosas ollas y cazuelas colgadas de las paredes. La cocina fue la habitación que más me gustó. El dormitorio era de oropel y muy virginal; el estudio poco original y la sala de estar un triunfo ecléctico que reflejaba el mal gusto de varias generaciones. Por eso empecé por la cocina, donde encontré seiscientos dólares escondidos dentro de la nevera, más concretamente en el compartimiento de la mantequilla.

Nunca está de más mirar en la nevera. Curiosamente, un gran número de personas guardan dinero en la cocina, y la mayoría lo esconde en la nevera —supongo que así siempre tienen billetes frescos—. Recordando lo que me había dicho Craig, sólo cogí un par de billetes.

—La muy cerda guarda dinero en la nevera. Generalmente tiene un par de billetes en el compartimiento de la mantequilla. Así guarda el pan con la mantequilla.

—Muy lista.

—También solía guardar la marihuana en el bote del té. Si viviera en una casa con césped, seguro que la escondería entre la hierba.

No miré dentro del bote del té, así que no sé qué clase de hierba contenía. Me metí los billetes en la billetera y regresé a la sala de estar para echar un vistazo al escritorio. Había más dinero en el primer cajón de la derecha, tal vez unos doscientos dólares en billetes de cinco, diez y veinte. No era una cantidad suficiente para sentirme excitado, aunque debo confesar que empezaba a estarlo. Siempre me ocurre esto cuando entro furtivamente en propiedad ajena y me agencio lo que no me pertenece. Sé que, moralmente, esto es censurable, e incluso algunos días me molesta sentirme así, pero no tengo remedio. Me llamo Bernie Rhodenbarr, soy un ladrón y me encanta robar. Así de sencillo.

En el instante que me metí el dinero en el bolsillo, ese dinero pasó a ser mío. Examiné los demás cajones del escritorio y, en el del ángulo superior derecho, encontré tres estuches de reloj. El primero estaba vacío; el segundo y el tercero no. En uno había un Omega y en el otro un Patek Phillippe. Cerré los estuches y los metí en el maletín, donde ya me pertenecían.

Crystal Sheldrake vivía sola, aunque a menudo tenía invitados hasta altas horas de la noche; poseía piezas de joyería muy valiosas. Las mujeres guardan las joyas en el dormitorio. Estoy seguro de que lo hacen porque así creen tenerlas a mano cuando se visten, pero en el fondo es porque les encanta dormir rodeadas de oro y diamantes. Se sienten más seguras...

—Solía volverme loco —comentaba Craig—. A veces dejaba las joyas a la vista de todo el mundo. Las pulseras y los collares los guardaba en el cajón de la mesita de noche. La suya era la de la izquierda, aunque supongo que ahora se ha apropiado de ambas, así que míralas bien. Solía rogarle que guardara las joyas en la caja fuerte, pero me contestaba que era demasiada molestia. Nunca me hacía caso.

—Esperemos que siga así...

—No creo. Crystal nunca sigue los consejos.

Cogí el maletín y entré en el dormitorio. Encontré pendientes, anillos, pulseras, collares, broches, medallones y relojes, joyas modernas y antiguas; algunas piezas eran bastante buenas y, a mi juicio, muy valiosas. Los dentistas suelen cobrar en dinero negro, así que lo más normal es que lo gasten en joyas u otros caprichos.

Busqué concienzudamente por todos los rincones. Al parecer, Crystal Sheldrake era una mujer limpia y ordenada, aunque el interior de sus cajones eran la excepción: un sinfín de chucherías y papeles compartían espacio con medias y tarros de maquillaje medio vacíos. Me lo tomé con calma y mi maletín fue llenándose a medida que mis dedos iban hurgando. Disponía de todo el tiempo del mundo. Crystal se había marchado a las siete y cuarto y probablemente no regresaría hasta después de la medianoche, eso si no llegaba antes del amanecer. Según Craig, sus salidas solían incluir un par de copas en cada uno de los bares del vecindario, una cena rápida por el camino y luego unas horas más dedicadas a la bebida seria. Naturalmente, a veces planificaba las noches con antelación, como cuando se citaba para cenar con alguien e iba al teatro. De todos modos, por el aspecto que ofrecía su apartamento aquel día deduje que lo había dejado preparado por si le surgía algún plan interesante. Lo cual significaba que traería a un desconocido al piso o bien se iría al del desconocido; en ambos casos, cuando cruzara el umbral de su casa, ya haría horas que yo me habría largado. Si finalmente iba a casa de él, quizá las joyas estarían peritadas antes de que se diera cuenta de que faltaban. Por el contrario, si traía al tipo a casa y ambos estaban demasiado borrachos para percatarse de que faltaban las joyas y si, además, él se largaba antes de que ella despertara, sin duda esta le atribuiría el robo. En

cualquier caso, yo saldría con las manos limpias de aquel asunto y tendría dólares suficientes para vivir holgadamente los próximos ocho o diez meses, incluso después de haber dado su parte a Craig. Por supuesto, nadie sospecharía del verdadero contenido del maletín y, a pesar de que el camino entre las joyas y el dinero en efectivo es largo y sinuoso, al hijo de la señora Rhodenbarr le iban bastante bien las cosas. Recuerdo que pensé en ello. No obstante, no sé cómo explicar lo cómodo que me sentí cuando, al cabo de un rato, Crystal Sheldrake me encerró en el armario.

2

Por supuesto, el problema derivó de la ley de Parkinson. Una persona, ya sea un burócrata o un ladrón, suele invertir en su trabajo todo el tiempo del que dispone. Dado que yo sabía que Crystal Sheldrake no regresaría al apartamento como mínimo hasta la medianoche, dediqué varias horas a despojarla de sus posesiones. Siempre he sabido que los ladrones deben seguir la vieja filosofía del *playboy*, es decir, «meter y sacar», pero hay que matizar algo sobre el hecho de aprovechar al máximo el tiempo disponible. Si se trabaja con prisas, se corre el riesgo de dejar pruebas incriminatorias. Además, es un placer revolver las cosas ajenas, participar de manera vicaria —e incluso neurótica— de la vida de otra persona. Admito que lo que más me atrae de mi profesión es el placer que comporta esa emoción.

Por eso me lo tomé con calma. Podría haber revuelto el *pied-à-terre* de Sheldrake en veinte eficientes minutos si me lo hubiese propuesto, pero no lo hice.

Cuando conseguí abrir la segunda cerradura eran las 7.57 —por casualidad miré el reloj antes de entrar—. A las 9.14 cerré el maletín. Tras cogerlo, comprobé satisfecho que su peso había aumentado considerablemente.

Luego volví a dejarlo en el suelo y empecé a revolver, ya más sosegadamente, otros cajones. No creo que buscara algo en concreto. Alguien más inexperto que yo habría dicho que buscaba ciertas vibraciones. Tal vez fuera cierto, aunque no habría osado confesarlo a nadie. En realidad, creo que lo más probable es que intentara prolongar el estado de felicidad en que me hallaba sumido por estar donde se suponía que no debía estar y donde nadie sabía que estaba. Ni siquiera Craig lo sabía, le había dicho que lo haría un par de días después, pero hacía una tarde tan agradable y la noche era tan propicia para entrar...

Estaba en el dormitorio examinando un retrato al pastel de una joven elegantemente peinada y vestida, con una esmeralda en el cuello que parecía mucho más valiosa que todo lo que había robado a Crystal Sheldrake. La pintura sería de principios del siglo XIX y la joven tenía un aspecto afrancesado. Había algo en su expresión que me atrajo. Pensé que debía de haberse llevado tantos desengaños a lo largo de la vida, especialmente con los hombres, que había llegado a asumirlo. Quise transmitirle con la mirada que yo podría hacerla feliz, pero su expresión inalterable pareció responder que estaba segura de que sería inútil. Pensé que muy probablemente tendría razón.

Afortunadamente la puerta tenía dos cerraduras y las había cerrado al entrar —habría podido echar el cerrojo para que nadie entrara desde fuera, pero hace tiempo que dejé de utilizar esa práctica cuando comprendí que gracias a ello los ciudadanos sabían cuándo había un ladrón en su casa, acudiendo directamente a la comisaría—. Me quedé perplejo, el corazón se me subió a la garganta y empecé a sudar. Alguien

abrió la primera cerradura y dirigió una frase casi inaudible a otra persona, o quizá a nadie en particular; luego abrió la segunda cerradura, yo salí de mi estupor y me moví.

En la habitación había una ventana, lo cual no es extraño, pero el problema fue que en la parte exterior había instalado el dichoso aparato del aire acondicionado, así que era imposible huir por allí con rapidez. Había otra ventana, pero algún aguafiestas había colocado rejas con objeto de evitar que un ladrón despreciable entrara por allí. Por supuesto, esas rejas también evitaban que los ladrones despreciables salieran de la casa, aunque muy probablemente quien las colocó no tuvo en cuenta este detalle.

Tras desechar las ventanas, me fijé en la cama y pensé en esconderme debajo. El espacio que quedaba entre el somier y la alfombra era demasiado estrecho. Aunque habría cabido, sin duda hubiese estado muy incómodo. Además, esconderse debajo de una cama es algo realmente indigno, aparte de que es un truco poco original.

Sé que esconderse en el armario de un dormitorio también está muy visto, pero por lo menos es un sitio más confortable. Mientras alguien abría la segunda cerradura Rabson, corrí a meterme en el armario. Ya lo había abierto antes y sabía que había vestidos y sombrereras a cuadros. La llave estaba puesta en la cerradura, esperando a que yo la girara. No entiendo por qué la gente no suele esconder las llaves de los armarios, supongo que en ese caso sería una lata tener que ir a buscarla cada vez que uno quiere cambiarse los zapatos, además, cerrar el armario con llave, aun dejándola puesta en la cerradura, proporciona una suerte de seguridad emocional. La primera vez que registré el armario no cogí nada. Si Crystal tenía abrigos de pieles, los guardaba en otro sitio; de todos modos, no me gusta robar abrigos de pieles.

El caso es que no me molesté en cerrar la puerta del armario con llave, así que no tuve que perder tiempo abriéndola. Me metí dentro y cerré la puerta. Me acurruqué entre un montón de vestidos perfumados, tratando de ocultarme. Respiré hondo y en ese momento oí que la puerta se abría y entraban dos personas hablando.

No pude escuchar la conversación, pero se trataba de un hombre y una mujer. Por tanto, Crystal Sheldrake había vuelto con sus vaqueros color trigo y su blusa de cachemira. No tenía idea de quién podía ser el hombre, pero pensé que sabía lo que hacía, pues se la había ligado en muy poco tiempo. Tal vez estuviera casado, lo cual explicaría sus prisas y el motivo por el que habían venido al apartamento de Crystal.

Se sirvieron una copa. En el armario olí a Arpège y Shalimar mezclados con sudor y añoré los dos martinis que había rechazado antes de cenar. Jamás bebo antes de trabajar porque podría mermar mis reflejos. Empecé a pensar en esa norma y en mis reflejos, y me sentí bastante más estúpido de lo normal.

No me había tomado los martinis ni tampoco había cenado porque preferí posponer ese placer para cuando pudiera celebrar mi éxito. Había pensado en cenar

en un tugurio de la calle Cornelia. De primero sopa de espárragos fría, luego mollejas con setas y una ensalada de espinacas y gajos de naranja, y tal vez media botella de un buen vino blanco para acompañar las mollejas. Finalmente tomaría café y, por supuesto, una copa de coñac. Prescindiría de los postres, pues hay que cuidar la línea, aunque no sea uno de esos obsesos que corren por el parque Gramercy. Así pues, nada de postres, aunque sí tal vez una segunda copa de coñac como recompensa por haber hecho un buen trabajo.

Oí el ruido de cubitos de hielo procedente de la sala de estar. Pusieron la radio o un disco. Parecían cada vez más animados.

Mis pensamientos se volvieron inexorablemente hacia el alcohol. Pensé en los martinis, fríos como el Klondike, en una botella de ginebra Tanqueray, transparente como el cristal, y en un vermut Noilly Prat con una corteza de limón flotando y el vaso perfectamente helado. Luego pasé al vino y me pregunté si el vino blanco sería el más idóneo para mi cena.

—Maravillosa, una tarde maravillosa... —voceó la mujer—. Pero ¿sabes una cosa, cariño? Tengo un poco de calor.

Aquel comentario me pareció inaudito, pues en el apartamento había dos aparatos de aire acondicionado: uno en el dormitorio y el otro en la sala de estar, ambos conectados. Aunque los guantes de goma me hacen sudar las manos, no tenía calor... al menos hasta que me metí en el armario.

El aire acondicionado del dormitorio no surtía efecto alguno en el aire del armario que, por cierto, no era nada «acondicionado». Me sudaban las manos, así que me quité los guantes y los metí en el bolsillo. En ese momento, lo último que me preocupaba eran las huellas dactilares. Al principio, sentí una especie de sofoco y luego una desagradable sensación de claustrofobia.

Respiré hondo. Pensé que con un poco de suerte quizá lograría escapar. Tal vez Crystal y su amiguito estarían lo bastante acaramelados para no percatarse de que se habían llevado las joyas. Tal vez harían lo que fuera que habían venido a hacer y, a continuación, se largarían o entrarían en coma, y así yo podría salir del armario y poner pies en polvorosa con mi botín. ¡El botín...!

Había dejado el maletín de ante en el dormitorio, justo enfrente del armario, apoyado contra la pared debajo del retrato de la *mademoiselle* desengañada. Así pues, aunque Crystal no se percatara de la ausencia de sus joyas, lo más probable era que reparara en la presencia del maletín, lo cual le indicaría no sólo que habían robado en el piso, sino que el ladrón había tenido que interrumpir su trabajo. Crystal llamaría de inmediato al 911 y la escena del crimen se llenaría de policías, de entre los cuales sin duda habría uno lo bastante listo para mirar en el armario y yo, Bernard Grimes Rhodenbarr, estaría completamente jodido y, al cabo de unos minutos, de camino a la comisaría.

—Algo más confortable... —dijo la mujer.

Entendí a qué se refería porque estaban de camino al dormitorio, lo cual me dejó petrificado. Cuando llegaron, hicieron lo que habían venido a hacer, y no estoy dispuesto a entrar en detalles...

En realidad, no les presté la menor atención. Dejé que mi mente regresara al tema de qué vino combinaría mejor con las mollejas. Rechacé la opción de un blanco francés, me resultó más apetecible un blanco alemán. Un Rin no estaría nada mal, pero después de pensarlo dos veces decidí que un Mosela tendría un poco más de autoridad. Pensé en el Piesporter Goldtröpfchen que había probado hacía tiempo, una botella que compartí con una mujer con la que, al final, fue lo único que compartí. Sin duda sería el mejor vino para las mollejas, pues ese plato no exigía un vino seco, sino un poco dulce, afrutado...

Me acordé luego de un Ockfener Bockstein Kabinett del año 75, con un aroma parecido a una manzana Granny Smith y ligeramente especiado. No tenía ninguna garantía de que el restaurante que había escogido tuviera ese vino, pero tampoco tenía garantía alguna de que pudiera cenar allí; así que lo mejor era dar rienda suelta a la imaginación. ¿Por qué demonios se me había ocurrido tomar sólo media botella? De un vino exquisito hay que beber la botella entera.

Completé mi cena imaginando cuál sería la verdura *du jour*. Pensé en un poco de coliflor con queso holandés y mantequilla encima. Si no había coliflor, sería calabacín medio crudo con salsa de tomate y albahaca, gratinado con queso parmesano.

Finalmente volví a la copa de coñac. Me convencí de que tendría que ser un buen coñac. Medité sobre los buenos coñacs que a lo largo de la vida había tomado y sobre las circunstancias, mucho más confortables que la presente, en que los había saboreado.

Pensé que una copa me ayudaría. Me dije que un ladrón bien equipado debería llevar consigo una petaca, o quizá un termo, para que el martini se mantuviera siempre frío.

Todo tiene su fin. El coito de Crystal Sheldrake y su amigo, que a mí me pareció eterno, duró exactamente veintitrés minutos. No sé exactamente a qué hora Crystal abrió la puerta, pues tenía cosas más urgentes en que pensar, pero consulté el reloj al cabo de unos minutos y eran las 9.38. Volví a consultarlo cuando entraron en el dormitorio y eran las 10.02. Cuando terminaron, en mi reloj eran las 10.25.

Se produjo un silencio y luego las habituales frases «has estado magnífica...», «eres sensacional...», «tenemos que repetirlo más a menudo...», para evitar manifestar sus sentimientos. Luego el hombre añadió:

—¡Dios, es muy tarde! Ya son las diez y media. Será mejor que me marche.

—Te vas a casa con... ¿cómo se llama?

—No me digas que ya no te acuerdas de su nombre.

—Prefiero olvidarlo. Cariño, a veces consigo olvidar que existe.

—¿Estás celosa?

—Por supuesto. ¿Acaso te sorprende?

—Vamos, Crystal, no me engañes; no puedes estar celosa.

—¿Ah, no?

—Pues no.

—¿Crees que estoy fingiendo? En fin, quizá tengas razón, no lo sé. Llevas la corbata torcida.

—Gracias.

La conversación continuó en ese tono durante un rato, es decir, versando sobre nimiedades de escaso interés para mí. Me costó concentrarme en lo que decían, no sólo porque era más aburrido que una película sueca, sino porque estaba esperando el momento en que uno de los dos pisara el maletín y se preguntara qué demonios hacía allí. Pero no sucedió. Siguieron hablando hasta que ella lo acompañó a la puerta, luego la cerró, creo que con llave.

Me pareció sensato por su parte cerrar la puerta con llave, sobre todo sabiendo que el ladrón todavía estaba en el apartamento, escondido en el interior del ropero.

Se produjo un largo silencio, luego sonó el teléfono dos veces y Crystal descolgó el auricular. No conseguí enterarme de qué hablaba.

De pronto ella exclamó:

—¡Maldito hijo de puta!

No supe si se refería al hombre con quien acababa de acostarse, o a su exmarido. Lo cierto es que no me importaba. Volvió a proferir un exabrupto y luego se oyó un ruido sordo, tal vez había lanzado algo contra la pared. Después la casa volvió a quedar sumida en la calma.

Crystal regresó al dormitorio. Por el ruido de los cubitos en la copa, deduje que había vuelto a llenarla. Sólo pensaba en largarme de allí.

Lo siguiente que escuché fue el ruido de un grifo. Había un lavabo en el pasillo, junto a la sala de estar, y un cuarto de baño completo fuera del dormitorio. Crystal había decidido tomar una ducha, así que era el momento de salir del armario, recoger el maletín y huir del apartamento.

Cuando me disponía a hacerlo, el sonido del agua en la ducha se intensificó. De pronto, oí unos pasos que se acercaban; luego giró la llave y me encerró en el maldito armario.

Fue una casualidad, por supuesto. Quería abrir la puerta y, puesto que la había cerrado antes de salir, asumí que aún lo estaba y por eso giró la llave.

—Qué extraño —dijo.

Luego giró la llave y abrió el armario para descolgar un albornoz verde.

No me atreví ni a respirar. Y no porque temiera ser descubierto, sino porque es imposible hacerlo cuando estás a punto de sufrir un infarto.

Ahí delante estaba Crystal, con un gorro de ducha en la cabeza. Yo la vi a ella, pero ella no me vio a mí, lo cual me pareció fantástico. En un abrir y cerrar de ojos volvió a cerrar la puerta... con llave.

Magnífico. Mi «anfitriona» estaba obsesionada por los armarios. Hay gente que no puede salir de una habitación, aunque sea por cinco minutos, sin apagar las luces. Pues bien, Crystal no podía irse sin cerrar con llave el armario. Oí que volvía al cuarto de baño, que cerraba la puerta y que se metía debajo de la ducha.

Traté de abrir la puerta. Cuando comprobé que no cedía a mis esfuerzos, estuve a punto de echarme a llorar.

Me encontraba en medio de una farsa espectacular.

Acaricié la cerradura con los dedos. Fue un gesto absurdo. Un simple golpe habría derribado la puerta al instante, pero habría hecho demasiado ruido. Así que debía encontrar una manera más sutil para salir de allí; para empezar tenía que quitar de una vez por todas la maldita llave de la cerradura.

Fue bastante fácil. Arranqué una etiqueta de papel de una de las bolsas con que Crystal protegía sus vestidos. Me arrodillé y deslicé el pedazo de papel por debajo de la puerta para que quedara justo debajo de la cerradura. Luego usé una de mis pequeñas ganzúas de acero para remover la cerradura, hasta que conseguí que la llave cayera al suelo.

Tiré suavemente del papel para recuperar la llave que había encima. No es necesario forzar una cerradura cuando tienes la llave al alcance de la mano. Cuando estaba a punto de cogerla, sonó el timbre del interfono.

El maldito trasto sonó tan fuerte que podría haber despertado a medio vecindario. Me quedé perplejo, y recé para que Crystal no lo oyera; naturalmente, mi plegaria fue inútil, pues el timbre volvió a sonar y oí que Crystal cerraba el grifo de la ducha.

Contuve el aliento y seguí tirando del papel. Lo último que quería era que Crystal, de camino a la puerta, reparara en que la llave del armario había caído al suelo. De pronto, abrió la puerta del cuarto de baño y oí sus pasos dirigiéndose hacia la puerta.

No me moví, arrodillado en el suelo como si estuviera rezando. Aunque se percatara de que faltaba la llave, por lo menos no podría abrir el armario, ya que aquella ya estaba en mi poder.

No obstante, salió tan deprisa del cuarto de baño, que cuando pasó por delante del armario no se fijó en nada. Supongo que debió de cubrirse con el albornoz verde. Imaginé que primero respondería por el interfono. Esperé y supongo que ella hizo lo mismo. Luego sonó dos veces el timbre de la puerta y ella abrió.

En aquel momento yo volvía a estar oculto tras los vestidos. Agucé el oído. Oí la

voz de Crystal, y me pareció reconocer en ella cierta expresión de pánico, que pude confirmar más tarde.

De pronto, escuché un grito desgarrado, como si alguien hubiese puesto un disco y hubiese levantado bruscamente la aguja. Después se oyó un golpe seco.

Y yo seguía allí, cómodamente encerrado en el armario, como el homosexual más cauto del mundo. Al cabo de un minuto, pensé en usar la llave para abrir la puerta, pero de nuevo oí pasos. Esta vez no se trataba de Crystal.

El desconocido entró en el dormitorio y lo removi6 todo abriendo cajones y desplazando muebles. También trató de abrir la puerta del armario, pero seguía cerrada con llave. Sin duda aquel tipo no era un experto en abrir cerraduras. Se alejó del armario y me sentí más seguro.

Al cabo de un rato volvió a la sala de estar, abrió la puerta principal y se marchó.

Consulté el reloj. Faltaban unos minutos para las once. Miré la llave que sostenía en la mano, la introduje en la cerradura y le di una vuelta; antes de abrir la puerta vacilé unos segundos, pues imaginé qué iba a encontrar al salir y no tenía prisa en verlo. Por otra parte, estaba harto del maldito armario.

Salí y encontré algo mucho peor de lo que había imaginado: Crystal Sheldrake yacía en el suelo, con una pierna doblada a la altura de la rodilla y el pie debajo de la otra pierna, con el gorro de la ducha todavía puesto y el albornoz abierto, dejando al descubierto su escultural cuerpo.

Tenía un hematoma en la mejilla derecha y un arañazo muy fino que iba desde debajo del ojo izquierdo hasta el mentón.

Para colmo, tenía un instrumento de metal reluciente clavado entre sus voluminosos senos, a la altura del corazón.

Le tomé el pulso. No sé por qué lo hice, pues Dios sabe que estaba más muerta que el Charlestón; pero lo he visto hacer en la televisión y me pareció que era lo más adecuado dada la situación. Repetí la acción varias veces, pues no estaba seguro de hacerlo correctamente, pero al final desistí y lo mandé al diablo.

No me mareé ni nada por el estilo. Me temblaron las rodillas un momento, pero no tardé en recuperarme. Me sentí despreciable porque la muerte es algo despreciable y el asesinato particularmente horrible. Pensé que habría podido hacer algo para evitarlo, pero de haber salido en ayuda de Crystal, me habría autocondenado al instante.

En fin, ella estaba muerta y yo no podía ayudarla, y además era un ladrón. Por supuesto, no quería que me sorprendieran en la escena de un crimen mucho más serio que un robo. Para empezar, debía limpiar las superficies donde había dejado mis huellas dactilares, luego recuperar el maletín y finalmente salir a toda prisa del apartamento.

No fue necesario limpiar la muñeca de Crystal, las huellas no quedan marcadas en la piel. Me limité a limpiar las superficies que había tocado desde que me había quitado los guantes —que, por cierto, volví a ponerme inconscientemente—. Cogí una toalla del cuarto de baño y limpié la parte interior de la puerta del armario, así como el suelo. Después, por precaución, dado que no me acordaba de qué más había tocado, limpié el pomo de la puerta.

Puesto que el asesino había tocado ese pomo, tal vez estuviera borrando sus huellas, aunque no sabía si él también había usado guantes.

En fin, no era asunto mío.

Acabé de limpiar y volví al cuarto de baño para dejar la toalla en su sitio. Regresé al dormitorio y eché un vistazo a la joven desengañada del retrato; le guiñé el ojo y luego busqué mi maletín.

No sirvió de mucho... Quienquiera que hubiese asesinado a Crystal Sheldrake se había llevado consigo las joyas.

3

Siempre me ocurre lo mismo. Cuando abro la boca, me entra aire caliente. Pero entonces las circunstancias eran especiales. Después de todo, estaba obedeciendo órdenes.

—Ábrela, Bern; un poco más. Así... Muy bien. Perfecto, maravilloso.

¿Maravilloso...? Se dice que todos tenemos nuestro punto de vista, y estoy seguro de que es cierto. Si Craig Sheldrake quería creer que esa boca abierta era maravillosa, allá él. Supongo que no era la peor dentadura del mundo. Veinte años atrás un dentista risueño me había colocado un aparato ortopédico, lo cual me permitió disparar gomitas contra mis compañeros de clase. Desde que había dejado de fumar y me había pasado a uno de esos dentífricos que aseguran emblanquecer los dientes, la verdad es que ya no me parecía tanto a uno de los actores secundarios de *La maldición de los colmillos amarillos*. Tenía todos los molares y los bicúspides empastados, me habían arrancado las muelas del juicio y matado la raíz del colmillo superior izquierdo. Así pues, dadas las circunstancias, creo que se trata de una dentadura respetable, que, además, a lo largo de los años me había causado relativamente pocos problemas, aunque me parece una exageración calificarla de maravillosa o fantástica.

Una sonda de acero inoxidable me rozó un nervio. Me moví ligeramente en la silla y emití la única clase de ruido que uno es capaz de emitir cuando tiene la boca llena de dedos. La sonda, implacable, volvió a tocar el nervio.

—¿Lo notas?

—Sí...

—Una pequeña caries, Bern. No es nada serio, pero lo arreglaremos ahora mismo. Esta es la ventaja de hacerse una limpieza bucal tres o cuatro veces al año. Vienes, te hacemos una radiografía de rutina, echamos un vistazo y descubrimos a tiempo estas pequeñas caries antes de que sea demasiado tarde. ¿Tengo razón o no, chico?

—Sí...

—No entiendo por qué la gente teme las radiografías. Bueno, si se está embarazada, es diferente, pero tú no estás preñado, ¿verdad, Bernie?

Craig se rio de su propia broma, no sé por qué. Si eres dentista, tienes que reírte de tus propias bromas, lo cual debe de resultar muy complicado, aunque puesto que el paciente no puede reír, es imposible interpretar su silencio como una reprimenda.

—Bueno, lo arreglaremos antes de que Jillian te haga la limpieza. Primer molar de la mandíbula inferior derecha... eso está chupado; anesthesiaremos sólo la zona afectada. Por supuesto, otros te anestesiarían hasta la lengua durante seis u ocho horas, pero estás de suerte, Bern; estás en manos del dentista más grande del mundo y no tienes que preocuparte de nada... excepto de pagar la factura, claro —concluyó

echándose a reír.

—Sí... claro.

—Ábrela un poco más. Perfecto... maravilloso.

Me llenó la boca hábilmente de algodón. Sus dedos olían mal. Luego cogió un tubo de plástico y lo colocó debajo de la lengua; el aparato empezó a sorber.

—Te presento al señor Sed —dijo—. Es lo que les digo a los niños. El señor Sed os viene a sorber la saliva para que no me estropee el trabajo. Bueno, a los críos se lo digo de otra forma.

—Ya...

—Verás, les digo que este es el señor Sed y cuando les molesto con el óxido nitroso, les digo que van a dar una vuelta con el cohete del doctor Sheldrake. A los niños les encanta esto del espacio.

—Sí...

—Ahora secaremos esta encía —añadió mientras me doblé el labio inferior y me secaba la encía con un trozo de algodón—. Y ahora pondremos un poco de benzocaína para que no sientas la aguja cuando inyectemos la anestesia en la pieza que hay que arreglar. —Se echó a reír—. Vamos, Bernie, era una broma. No es necesario inyectar un litro de eso si eres lo bastante hábil para pinchar la aguja en el punto correcto. Agradece a tus astros el que puedas contar con el dentista más grande del mundo.

El dentista más grande del mundo me inyectó la novocaína sin hacerme daño y se puso a trabajar en la interminable lucha contra la decadencia dental. No sentí nada. En realidad, lo que más me dolió fue lo que dijo mientras trabajaba, aunque sus primeras frases resultaron razonables.

—Verás, Bernie, eres un hombre afortunado teniéndome a mí como dentista. Pero eso no es nada comparado con lo afortunado que soy yo. ¿Sabes por qué? Porque tengo mucha suerte de ser dentista.

—Ya...

—No sólo porque me gano bien la vida, de eso no tengo la culpa, ya que el dinero es la compensación por lo mucho que trabajo; lo que cobro es justo. Ofrezco calidad a cambio de una buena retribución. Lo bueno de la odontología es que es útil de muy distintas maneras. La mayoría de dentistas que conozco empezaron queriendo ser médicos. Jamás hubiera imaginado que su pasión fuera la medicina. Creo que esa pasión obedecía más bien a la idea que sus padres tenían del nivel social del que disfrutaban los médicos: dinero, prestigio y hacer un bien a la humanidad. Cualquiera sería feliz ayudando a la humanidad con el incentivo del dinero y el prestigio, ¿no crees?

—Sí...

—Habla más alto, Bern, no te oigo. —Volvió a reír—. Estaba bromeando, por

supuesto. ¿Cómo va eso? ¿Sientes algo?

—No...

—Naturalmente que no. Como iba diciendo, todos esos chicos se metieron en la facultad de odontología. Quizá no los aceptaron en la de medicina, hay gente inteligente que no consigue entrar, o quizá los disuadió el plan de estudios: cuatro años de facultad, dos de interno y luego residente. Ya sabes, cuando eres joven, siete u ocho años te parecen una eternidad. La noción del tiempo cambia cuando se llega a nuestra edad, pero para entonces ya es demasiado tarde.

Creo que teníamos aproximadamente la misma edad, estábamos más cerca de los cuarenta que de los treinta, aunque todavía no lo bastante como para asustarse. Era alto, más que yo. Tenía el cabello castaño con reflejos rojos y lo llevaba bastante corto y deliberadamente despeinado. Su cara, alargada y estrecha, tenía una expresión afable; los ojos marrones, la nariz ligeramente curvada y con pecas. Hacía un par de años que había decidido dejarse bigote, al estilo viril que lucen los modelos masculinos en los anuncios de colonias. Era más rojo que el pelo y no le sentaba tan mal como para aconsejarle que se lo afeitara aunque, para ser sincero, lo habría preferido. Debajo del bigote, cuando abría la boca, se veía la dentadura más sana que se pudiera imaginar.

—Así que hay muchos dentistas que secretamente desearían ser médicos. Algunos ni siquiera lo ocultan. Otros se metieron en odontología porque... bueno, hay que trabajar de algo en esta vida. Parece una profesión decente, trabajas las horas estipuladas, los ingresos no están mal, eres tu propio jefe, gozas de prestigio social y todo lo demás. Yo era uno de esos, Bern, aunque en mi caso ocurrió algo maravilloso. ¿Adivinas qué fue?

—No...

—Me enamoré de mi trabajo. Pues sí, como lo oyes. De repente reconocí que la odontología servía para solucionar problemas. Ya no se trata de salvar vidas, lo cual es un consuelo. Bernie, yo no quiero pacientes que puedan morir. Los médicos están preparados para esos dramas. Yo prefiero tratar con cuestiones vitales menos trascendentes, como por ejemplo, ¿se puede salvar este diente? Verás, un hombre o una mujer acude a mi consulta, lo visito, le hago una radiografía de la dentadura y, si hay algún problema, lo solucionamos.

No fue necesario que asintiera. Craig parecía lo bastante entusiasmado para seguir hablando.

—Soy tan afortunado, Bern... Me acuerdo de cuando con mi mejor amigo tratábamos de decidir qué queríamos hacer con nuestras vidas. Yo opté por odontología y él por farmacia. Su carrera parecía más fácil y sus ingresos potenciales más elevados. Empiezas con una farmacia, luego abres otras... en fin, que te conviertes en un empresario. Durante un corto período de tiempo dudé de mi

elección. Dios mío, ¿me imaginas detrás de un mostrador vendiendo aspirinas y laxantes? No podría ser un empresario, Bern. Habría sido un desastre. Abre un poco más la boca. Perfecto... maravilloso. Sí, sería un desastre y además me aburriría como una ostra. Una vez leí que los profesionales de la farmacia follan más que cualquier otro sector de profesionales. Creo que era un estudio hecho en California. No sé si será verdad o no. ¿Qué mujer querría tirarse a un farmacéutico...?

Siguió hablando en estos términos durante un rato, y yo traté de desconectar. Supongo que Craig pensó que, dada mi situación, no me quedaba más remedio que escucharle.

—Así que ni loco me metería en farmacia —agregó—. Te juro que no me gustaría tener otra profesión que la que tengo ahora. Soy un americano satisfecho, ¿entiendes?

—Sí...

—Aunque de todos modos, Bernie, soy una persona normal. Tengo fantasías, como todo el mundo. A veces me pregunto qué sería hoy de no haber escogido odontología. Es una pregunta hipotética, nada más. Y como es hipotética, puedo permitirme el lujo de divertirme. Por ejemplo, me gusta imaginar que soy una persona amante del riesgo y de la aventura, lo cual es falso por supuesto.

—Sí...

—Intento imaginar que soy un atleta profesional. Juego mucho a squash y a tenis, aunque soy bastante torpe en ambos; así que en esos dos deportes no puedo soñar con ser un campeón, pues el abismo es demasiado grande. El problema de la realidad es que se interpone entre los mejores sueños. Así pues, pienso en algo que me gustaría ser y lo disfruto fantaseando, porque en realidad no sé en qué consiste.

—¿Sí...?

—Es excitante, arriesgado y peligroso, aunque no puedo decir que no tenga la habilidad ni el temperamento para ello... Estoy seguro de que se gana mucho y de que el horario es flexible. Y además trabajas solo.

—¿Qué...?

De pronto, empecé a interesarme por las bobadas de Craig.

—Me refiero a un crimen —continuó—. Pero no de esos violentos. Bern, me gustaría ser un criminal cuyas acciones no implicaran a terceras personas. Algo que te permita trabajar solo, sin tener que formar parte de una banda. He dado muchas vueltas al asunto, Bernie, y si tuviera que empezar de nuevo y la odontología estuviera fuera de mi alcance, me haría ladrón. —Tras interrumpirse por unos segundos, añadió—: Como tú, Bernie.

Aquello supuso un duro golpe para mí. Me habían desenmascarado con notable sutileza. El viejo Craig Sheldrake, el señor ecuánime y el «dentista más grande del mundo», había empezado hablando de lo mucho que le gustaba su trabajo y había

terminado arrojándome un vaso de agua fría a la cara. Ni toda la novocaína del mundo habría conseguido amortiguar el duro golpe que recibí.

Siempre he procurado mantener mi vida profesional y personal lo más alejadas posible la una de la otra. Excepto durante las cortas estancias como huésped del Estado, en las cuales la libertad de asociación está penada severamente, no suelo relacionarme con criminales famosos. Aunque de vez en cuando mis amigos gasten alguna broma al fisco, la verdad es que no se dedican a robar en apartamentos, gasolineras o licorerías, ni a falsificar cheques. Su altura moral tal vez no sea mayor que la mía, pero su cociente de respetabilidad es infinitamente más alto.

Ellos también me respetan. No tengo por costumbre hablar sobre mi trabajo. Creen que me dedico a las inversiones, que vivo de una pequeña renta privada, o que estoy en una empresa de exportaciones. En fin, no saben exactamente a qué me dedico. A veces me hago el interesante cuando quiero impresionar a una señorita, aunque la mayor parte del tiempo sólo soy el «bueno de Bernie», quien suele llevar algo de calderilla en el bolsillo, pero que jamás malgasta y con quien siempre se puede contar para echar una partida de póquer o bridge; quien probablemente trabaja vendiendo seguros, pero que jamás ha intentado vender uno a sus amigos. Pero mi dentista sabía que yo era un ladrón. El hecho de que me hubiese desenmascarado no era el fin del mundo. Lo más sorprendente era la manera cómo lo había hecho.

—No he podido resistirme —comentó Craig—. ¡Demonios, Bern, no he podido evitarlo! A mí no me importa. Leí tu nombre en el periódico hace un año, cuando te acusaron de un asesinato. Por casualidad, me fijé en la noticia, además, ponía tu dirección, que naturalmente guardo en mi archivo, así que no pude evitar comprobarlo. No te lo había mencionado antes porque no había ninguna necesidad.

—Ya...

—Pero ahora sí la hay. Bernie, ¿te gustaría ganar un buen puñado de dólares? Supongo que cada ladrón tiene sus preferencias, pero jamás he oído que haya alguno a quien no le gusten las joyas. No estoy hablando de bisutería barata, sino de joyas auténticas: diamantes, esmeraldas, rubíes y piezas de oro de catorce y dieciocho quilates. Seguro que cualquier ladrón estaría orgulloso de meterse todo eso en el saco.

Estuve a punto de decirle que no usara lo que sin duda él creía era el argot de los ladrones, pero no lo hice.

—Abre un poco más la boca, Bernie. Bueno, vayamos al asunto. Te acuerdas de Crystal, ¿verdad? Trabajó para mí, pero eso fue antes de que tú vinieras a la consulta. Luego cometí el error de casarme con ella. Perdí una buena profesional y a cambio gané una esposa descuidada. Creo que ya te he hablado en varias ocasiones de esa fulana. Cuento esta historia a quien creo que la escuchará sin moverse de la silla.

¿Quién demonios iba a moverse de la silla teniendo la boca abierta y el señor Sed succionándole la saliva?

—Le compré cuantas joyas le apetecieron —continuó—. Por aquel entonces me pareció que era una buena inversión. No me gusta guardar el dinero, Bern, no soy de esos... Consiguió convencerme de que las joyas eran una buena inversión, y como tenía bastante dinero en negro que no podía invertir en bolsa, tuve que buscar algo que pudiera pagarse en efectivo y sin factura. Créeme, el asunto de las joyas es un buen negocio.

—Sí...

—Pero luego nos divorciamos. Ella se quedó con las joyas y yo no pude denunciarla porque habrían investigado de dónde había salido el dinero para comprarlas. No quiero problemas con la justicia, Bern. Me gana bien la vida, pero esa puta se ha quedado con doscientos mil dólares en joyas, más el apartamento del parque Gramercy y lo que había en él. Yo sólo me quedé con mi ropa y con la consulta, y encima le pago cada mes una pensión, por lo menos hasta que muera o se case otra vez. Francamente espero que ocurra lo primero, y cuanto antes mejor. El problema es que es una persona sana y lo bastante lista para no volver a casarse, así pues, a menos que siga bebiendo como lo hace y muera de una cirrosis, estaré atado para siempre.

No estoy divorciado, básicamente porque jamás me he casado, pero al parecer toda la gente que conozco está casada, o separada, o en vías de hacerlo. Cuando les oigo hablar de pensiones, me estremezco, aunque también me siento agradecido.

—Sería muy sencillo —continuó Craig.

Luego pasó a exponer su plan y las horas que suponía que Crystal se ausentaba de casa. Me dio numerosos detalles y yo me limité a contestar con monosílabos casi inaudibles cada vez que él paraba para dirigir sus esfuerzos al molar. Cuando terminó con el perforado, me dijo que enjuagara y luego se puso a trabajar con el empaste; entretanto, no paró de repetir las ventajas del negocio que me proponía, lo muy zorra que era Crystal y lo mucho que merecía que le robaran las joyas. Supongo que esta última parte respondía a un proceso de racionalización. Sin duda, imaginaba que yo preferiría robar a una mala persona. A mí me era indiferente, aunque por regla general prefiero robar a alguien que no conozco de nada. En este trabajo lo mejor es guardar siempre las distancias.

Craig Sheldrake, el «dentista más grande del mundo», continuó hablando al tiempo que empastaba la muela. Cuando terminó de hablar, la muela ya estaba empastada, y me quitó el señor Sed y los algodones, estuve unos minutos enjuagando y escupiendo para luego volver a abrir la boca para que el gran Craig verificara el resultado de su trabajo. Me quedé sentado en la silla y él de pie a mi lado. Mientras me pasaba la punta de la lengua por la muela remodelada, Craig se quedó con los brazos cruzados a la espera de formular la pregunta decisiva:

—Y bien, Bern, ¿cerramos el trato?

—No —respondí—. Rotundamente no. Ni hablar.

Mi respuesta no fue una evasiva. Hablaba en serio.

Me gusta planear los trabajos por mí mismo. Hay muchos ladrones que prefieren trabajar en base a información confidencial. Tener buenos contactos es la base para obtener esa información. Alguien se pone en contacto con el ladrón no sólo para informarle de un trabajo concreto, sino para darle por escrito todo cuanto tiene que hacer. Es una manera fácil de trabajar y a muchos ladrones les entusiasma.

Pero las cárceles están llenas de esos ladrones, porque en realidad, cuando se trabaja con un contacto, uno no sabe nada de nada. Los que compran mercancías robadas son gente curiosa. Si tuviera una hija, me opondría rotundamente a que se casara con uno de ellos. La actividad de los intermediarios es manifiestamente ilegal, pero raras veces van a la cárcel por sus pecados, en parte porque es difícil probar su delito, que además no levanta demasiadas protestas populares, y en parte porque son lo bastante hábiles para mantenerse neutrales.

Por lo menos, si trabajas por cuenta propia nadie puede delatarte. Si surge algún problema, el último responsable de tus actos eres tú mismo.

No me preocupaba que Craig pudiera delatarme. El principal inconveniente era que le gustaba demasiado hablar, acostumbrado como estaba a tener a la gente tumbada delante de él sin poder hablar y condenada a escuchar. Algún día se le podría ocurrir comentar con alguien el magnífico negocio que él y el viejo Bernie Rhodenbarr habían hecho con Crystal.

Así pues, ¿por qué decidí entrar a robar en el apartamento de Crystal el día que un desconocido acabó con su vida?

Supongo que por avaricia, y tal vez también por orgullo. El apartamento del parque Gramercy me pareció un lugar accesible, sin demasiados riesgos ni demasiados equipos de seguridad que sortear. Hay un sinnúmero de apartamentos en los que es facilísimo entrar, pero en los que lo único que vale la pena llevarse es un aparato de televisión en color. La casa de Crystal Sheldrake era un objetivo de primer orden; la única desventaja era que Craig sabría quién había sido el autor del robo. Sin embargo, pensando en la precariedad de mi cuenta bancaria, acabé por convencerme de que dicha objeción en realidad no existía.

De repente me invadió una oleada de orgullo. Craig había hablado larga y tendidamente de lo estupendo y arriesgado que debía de ser el oficio de ladrón y, aunque quizá lo había hecho para convencerme, aun así surtió efecto. Lo cierto es que mi trabajo realmente es excitante, arriesgado y todo lo demás. Por eso me resulta tan difícil dejar de visitar los hogares de los demás, aparte de porque el único trabajo para el que estoy más o menos cualificado es el de falsificar placas de matrícula, y para practicarlo hay que estar entre rejas.

Poco después se me ocurrió una idea: podría haber sabido desde el principio que iba a cometer ese robo; podría haberme mostrado poco dispuesto a hacerlo para que el dentista más grande del mundo no me pidiera demasiado en concepto de comisión. Creo que entonces no fui consciente de ello, pero, consciente o no, funcionó bastante bien. No sé cuánto me habría pedido Craig, pero a mí me pareció que lo más justo habría sido un cinco por ciento, teniendo en cuenta que él, sentado en casa delante del televisor, no correría riesgo alguno. De todos modos, Craig era un aficionado, y los aficionados raras veces poseen sentido de la proporción en asuntos como este y, por tanto, podría haberme pedido tranquilamente la mitad.

En fin, cuando bajó hasta el veinte por ciento, reprimí la curiosidad de saber hasta cuánto habría estado dispuesto a bajar —lo que a él le interesaba era que Crystal se quedara sin las joyas—. Me rendí y le dije que haría ese sucio trabajo.

—¡Fantástico! —exclamó—. No te arrepentirás, Bern.

Me quedé quieto en la silla. Craig salió de la sala, como si dudara de lavarse las manos antes de atender al próximo paciente. Luego entró Jillian. Me recliné de nuevo en la silla y Jillian procedió a la limpieza bucal.

No hablé demasiado, lo cual me pareció magnífico. No es que tuviera nada contra ella, sino que necesitaba un descanso auditivo y, además, tenía cosas en que pensar. Mis pensamientos se centraron en el apartamento de Crystal Sheldrake y la manera de entrar allí. Todavía dudaba de la decisión que acababa de tomar, así que me debatí conmigo mismo hasta que me convencí de que ese robo era pan comido.

Después de meditar sobre esto, pensé en la joven enfermera. No entiendo por qué a uno le vienen fantasías censurables cuando tiene a una enfermera delante. Quizá sea por el uniforme. Enfermeras, azafatas, acomodadoras y monjas encienden la libido de cualquier hombre.

Jillian era una chica delgada, con el pelo liso de color castaño. Pensé que su cutis respondía al habitual de las islas Británicas —porcelana blanca con destellos rojos—. Sus manos, a diferencia de las de su jefe, eran pequeñas, con los dedos perfilados.

Solía tener la costumbre de apoyarse ligeramente contra el cliente mientras trabajaba. No podía quejarme. Para ser sincero, me gustaba.

Así que la limpieza se me pasó en un santiamén. Cuando terminó, me pasé la lengua por los dientes y saqué ese tacto tan peculiar que les queda cuando están recién limpios y que sólo dura unas horas. Después intercambiamos un par de bromas y me explicó, por enésima vez, la manera correcta de cepillarme los dientes —cada profesional te enseña un método distinto, y todos aseguran que es la única manera posible de hacerlo—. Finalmente dijo:

—Siempre es agradable verle, señor Rhodenbarr.

—Lo mismo digo, Jillian.

—Me satisface saber que va a ayudar a Craig a recuperar las joyas.

—Sí...

Supongo que podría haberme lanzado en paracaídas en ese mismo instante. Era el momento más propicio, el avión todavía estaba en el aire y yo llevaba puesto el paracaídas.

No estaba contento. Mi dentista no había tardado ni cinco minutos en irse de la lengua. Presumiblemente, Jillian era su confidente y supongo que la mayoría de secretos se los contaba en posición horizontal. Ya había barajado antes esta hipótesis, a tenor del evidente atractivo de la chica y de la histórica predilección de Craig por embaucar a sus ayudantes.

En cuanto a mí, me parecía muy mal que alguien estuviera enterado de los planes de un ladrón, y en caso de ser dos las personas enteradas, mucho peor. No importaba que esas dos personas fueran amantes. Quizá incluso era *peor*, pues si por casualidad discutían, uno de ellos, resentido, podía dedicarse a contar a todo el mundo los secretos del otro.

Decidí hablar con Craig para convencerle de que, por el bien de todos, lo mejor que podía hacer era inyectarse una dosis de novocaína en el pico. Me pidió disculpas y prometió mantener la boca cerrada a partir de entonces; me di por satisfecho con su respuesta. Ya no tendría que tirarme con paracaídas...

Orgullo y avaricia...

Eso ocurrió un jueves. Pasé el fin de semana en Hamptons, navegando. Tomé un rato el sol, unas copas en el bar y por la noche dormí en un motel llamado Hunting Inn. Compartí la opinión del resto de los huéspedes respecto a la tranquilidad que se respiraba en la zona, y me sorprendió gratamente descubrir a unas cuantas mujeres hospedadas allí que estaban de muy buen ver. Cuando regresé a Manhattan, el extracto bancario me indicó que había gastado por encima de mis posibilidades, así que me alegré de haber decidido asaltar la residencia Sheldrake. No es que me muriera de ganas por hacerlo, pero por lo menos tenía una razón de peso.

Pasé el martes y el miércoles estudiando la situación. El miércoles por la noche llamé a Craig a su apartamento de la calle Sesenta y tres para que me informara de más detalles sobre la rutina de Crystal.

Le dije que el sábado por la noche me parecía el mejor momento para actuar.

No tenía intención de esperar hasta el sábado. Fue al día siguiente, jueves, cuando mantuve la conversación con la señora Henrietta Tyler y asalté el apartamento de Crystal. Sí, también me consumí en su armario y traté de encontrarle el pulso en su muñeca sin vida.

Sobre las diez de la mañana siguiente me estaba untando una rebanada de pan blanco con confitura de ruibarbo. Había comprado esa confitura, importada directamente de Escocia, porque supuse que algo que iba envasado en un tarro octogonal y con una etiqueta tan elegante tenía que ser forzosamente bueno. Me sentí obligado a vaciar el tarro a pesar de haberme equivocado en mis deducciones. Tenía la rebanada de pan completamente untada y estaba a punto de cortarla en triángulos, cuando sonó el teléfono.

Descolgué el auricular y Jillian Paar dijo:

—¿Señor Rhodenbarr? Soy Jillian, de la consulta del doctor Craig.

—Hola, qué tal —respondí—. Hace una mañana espléndida, ¿no te parece? ¿Cómo van las cosas por la consulta?

Al cabo de unos segundos, dijo:

—¿No se ha enterado de la noticia?

—¿Qué noticia?

—No sé si ha salido en los periódicos. Se me pegaron las sábanas y he tenido que salir corriendo de casa: sólo he tenido tiempo de tomar un café. Craig tenía una visita a las nueve y veinte y siempre es muy puntual; pero hoy no ha aparecido. Telefoneé a su casa y nadie contestó, así que supuse que debía de estar de camino. Puse la radio y oí la noticia.

—Por Dios, Jillian, ¿qué ha ocurrido?

Hubo una pausa y luego Jillian habló apresuradamente:

—Le han detenido, Bernie. Ya sé que parece una tontería, pero es verdad. Ayer por la noche alguien asesinó a Crystal. Le clavaron un puñal o algo así y a medianoche la policía detuvo a Craig acusado de homicidio. ¿Tú no sabes nada de esto?

—No puedo creerlo —respondí mientras sujetaba el auricular con la oreja y el hombro para partir la tostada—. En el *Times* no hay nada.

Habría podido añadir que tampoco en el *News*, pero sí habían informado de ello en todos los noticiarios de radio y televisión; por alguna extraña razón no lo mencioné.

—No sé qué hacer, Bernie.

Mordí un trozo de tostada y la mastiqué, pensativo:

—Supongo que lo primero que hay que hacer es cerrar la consulta y anular las visitas de hoy.

—Eso ya lo he hecho. Conoces a Marian, ¿verdad?, la recepcionista. Ahora mismo está hablando por teléfono. Cuando termine, la mandaré a su casa y después...

—Tú también te vas a casa.

—Claro, pero tiene que haber algo que pueda hacer.

Di otro mordisco a la tostada y sorbí un poco de café. Tuve la impresión de que mi paladar empezaba a acostumbrarse a la confitura de ruibarbo, aunque dudaba de que volviera a comprarla. Por otro lado, el café no era lo que mejor acompañaba, seguramente un té inglés habría ido mejor. Tenía que recordarlo para la próxima ocasión.

—No creo que Craig la haya asesinado —comentó Jillian—. Era una golfa y él la odiaba, pero dudo que Craig fuera capaz de matar a nadie, ni siquiera a una desgraciada como Crystal.

Traté de recordar una frase latina que habla bien de los muertos. Creo que es algo así como *De mortuis ta-tum ta-tum bonum*^[2].

—Si pudiera hablar con él, Bernie...

—¿No sabes nada de él?

—No.

—¿A qué hora lo detuvieron?

—No lo sé. Por la radio sólo dicen que lo detuvieron para interrogarle. Si se hubiese tratado sólo de un simple interrogatorio, no habría sido necesario detenerle, ¿verdad?

—Quizá no. —Hice una pausa, mastiqué un trozo de tostada y pregunté—: ¿Han dicho a qué hora la mataron?

—Creo que el cadáver fue descubierto alrededor de la medianoche.

—Bueno, entonces no podemos deducir a qué hora detuvieron a Craig. Deben de haberle interrogado sin acusarle todavía de nada. Podría haber insistido en que le acusen del homicidio, pero seguramente no se le habrá ocurrido. Tampoco debe de haber pedido la presencia de un abogado.

En estos casos, hay que llamar a un abogado, aunque no sea criminalista.

Me acordé de mis propias experiencias. Antes de decidirme por Herbie Tannenbaum, había tenido un par de portavoces, pero Herbie me convenció porque siempre me ha tratado con justicia. Yo puedo llamarle a cualquier hora y él puede confiar en que le pagaré los honorarios aun estando sin blanca. Sabe cómo acceder a los jueces y cómo negociar con el fiscal del distrito. De todos modos, supuse que no era la clase de abogado que Craig necesitaba.

—Podrías ponerte en contacto con el abogado de Craig —añadí—. Tal vez sepa algo más.

—No sé quién es.

—Quizá él te telefonee para decirte que canceles todas las visitas. Posiblemente no sepa que has escuchado las noticias.

—¿Y por qué no ha llamado todavía? ¡Ya son casi las diez y media!

Estuve a punto de responder que porque ella ocupaba la línea telefónica, pero

tragué otro bocado y dije:

—Deben de haber dejado pasar un tiempo prudencial antes de arrestarle. No desesperes, Jillian. Si está arrestado, se halla en un sitio seguro. Si el abogado no te llama esta tarde, haz algunas llamadas para averiguar dónde lo tienen encerrado. Tal vez te permitan verle. De no ser así, por lo menos te facilitarán el nombre de su abogado. No esperes que Craig te llame. Sólo le permitirán llamar a su abogado; ese es el único privilegio que conceden a un detenido. —A menos, claro, que Craig sobornara a un guardia, aunque seguramente no sabría hacerlo—. No tienes que preocuparte por nada, Jillian. Tendrás noticias de su abogado o incluso podrás ponerte en contacto con él. En cualquier caso, todo saldrá bien, si Craig es inocente...

—¡Por supuesto que es inocente!

—Pues lo soltarán enseguida. Siempre detienen al marido cuando asesinan a la esposa. Además, por lo que he oído, Crystal llevaba una vida muy frívola...

—¡Era una puta!

—En ese caso, es muy probable que haya un gran número de hombres con motivos suficientes para asesinarla; quizá fue con uno al apartamento...

—¡Como en *Buscando al señor Goodbar*!

—Así es. Verás, estoy seguro de que hay más sospechosos en este caso que cucarachas en la calle Eldridge, y de que el dentista más grande del mundo volverá a sus empastes en menos que canta un gallo.

—¡Eso espero! —Respiró hondo—. ¿No podría salir en libertad bajo fianza? Es algo habitual, ¿no?

—No cuando te acusan de homicidio. No hay libertad bajo fianza para los casos de homicidio en primer grado.

—No me parece justo.

—Hay pocas cosas que sean justas. Creo que no deberías hacer nada, Jillian. Ve a tu casa, o quédate ahí, como prefieras.

—Estoy asustada, Bernie.

—¿Asustada?

—No sé por qué ni de qué, pero estoy aterrorizada. ¿Bernie?

—¿Qué?

—¿Podrías venir aquí? Es una tontería, pero eres el único al que puedo pedírselo. No quiero estar sola.

Vacilé unos instantes, en parte porque tenía un trozo de tostada en la boca. Jillian insistió:

—Olvida que te lo he pedido. Sé que estás muy ocupado, y eso sería una imposición y...

—Ahora mismo voy.

Hay algo que debo aclarar: si acudí de inmediato a la consulta de Craig al sur del Central Park no fue porque sintiera una especial predilección por meterme en la boca del lobo, ni tampoco porque todavía me acordara de lo que sentí cuando Jillian se apoyó contra mí durante la limpieza bucal.

En principio, podría parecer que tenía un interés especial por mantenerme al margen. Al fin y al cabo, yo era un ladrón y, por tanto, se me podría considerar como el sospechoso número uno. Por otro lado, no era más que un paciente y amigo casual de Craig Sheldrake, y la relación con Jillian no era tan estrecha como para que ella hubiese acudido a mí en busca de consuelo. De hecho, hasta esa mañana siempre me había llamado «señor Rhodenbarr». Por todo ello lo mejor era pasar inadvertido.

No obstante —siempre hay algún problema—, quienquiera que hubiese asesinado a Crystal se había llevado un maletín lleno de joyas que, por cierto, desde mi punto de vista, me pertenecían. Estaba dispuesto a recuperarlas.

Además, como sin duda se recordará, esas maravillas estaban en el interior de un maletín que llevaba conmigo cuando entré en el apartamento. Por lógica, a nadie se le ocurriría pensar que era mío —entre otras razones, porque también lo había robado—. Pero de lo que no podía estar seguro era de que el interior del maldito maletín no estuviese lleno de mis huellas dactilares. El exterior era de ante así que, igual que la muñeca de Crystal, no habría recogido huella alguna. Me resultó fácil imaginar la llegada de la policía a mi casa para preguntarme qué hacía mi maletín lleno de joyas en el apartamento de un supuesto homicida.

Por consiguiente, si le cogían a él, yo tendría graves problemas, y si no le cogían, se largaría con mi botín. Si finalmente no arrestaban a nadie porque el dentista más grande del mundo había cometido el homicidio más estúpido del mundo, en ese caso tampoco estaría de suerte, porque Craig me entregaría a la policía en bandeja: «Le hablé de las joyas que poseía Crystal y pareció muy interesado en lo que contaba. Luego me acordé de que había leído en alguna parte que era un ladrón y que una vez se vio mezclado en un asunto de homicidio; jamás imaginé que sería capaz de entrar a robar en el apartamento de la pobre Crystal...».

Incluso podría escribirle el guión y, tras la actuación de la consulta, no dudé de que sabría interpretarlo de maravilla. Quizá eso no lo libraría de la cárcel, pero sería suficiente para encerrarme a mí en la celda de enfrente.

En realidad, podría enfocarlo por ahí aunque no fuera culpable. Si no aparecía ningún sospechoso, sin duda se desesperaría. Quizá acabaría dudando de mí como yo de él, y al final se inclinaría por pensar que había asaltado el apartamento de Crystal dos días antes de lo establecido —como en realidad ocurrió— y que la maté accidentalmente en un momento de desesperación. Podría llegar a la conclusión de que nuestro acuerdo saldría a relucir un día u otro y, en consecuencia, que lo que le convenía a él era confesarlo por adelantado.

En fin, dadas las circunstancias, había demasiados caminos que podían conducirme a tener serios apuros.

Por otro lado, Craig Shelldrake me caía bien. Cuando se es paciente del dentista más grande del mundo resulta difícil dejarle plantado por otro que, con un cartel en la ventana, anuncie extracciones sin dolor. Craig cuidaba bien de mi boca y quería que así siguiera siendo.

En cuanto a Jillian, era ciertamente una joven encantadora, y me gustaba que me llamara Bernie en vez de señor Rhodenbarr. Y el singular olor a especias de sus dedos parecía más una característica de todo el cuerpo que de los dedos en concreto. Jillian era la amante de Craig, por supuesto, pero eso no me importaba, pues no tenía intención de entrometerme en la relación de un amigo. Ese no es mi estilo. Yo sólo robo dinero en efectivo y objetos inanimados. Si Craig resultaba ser culpable, Jillian se quedaría sin empleo y sin amante, lo mismo que yo sin dentista, así que quizá podríamos consolarnos mutuamente.

¿Para qué demonios me servían tantas especulaciones? Algún desgraciado no había tenido bastante con matar a Crystal Shelldrake; había robado las joyas que yo antes había robado. Y estaba dispuesto a hacerle pagar por ello.

—Eres fantástico, Bernie.

Admito que había soñado varias veces con que Jillian pronunciara esas palabras, pero no por teléfono. Acababa de colgar el auricular del teléfono de la mesa de Marian, la recepcionista, que tenía el día libre, a diferencia de Craig Sheldrake, quien seguía entre rejas.

Unas llamadas más me revelaron algunos datos interesantes. El abogado de Craig se llamaba Carson Verill, y había contactado con un abogado criminalista llamado Errol Blankenship para que representara a Craig en este asunto. Blankenship tenía la oficina, según averigüé en la guía telefónica, en la avenida Madison. Llamé pero nadie contestó. De tener teléfono en casa, o bien vivía fuera de Manhattan o el número no aparecía en la guía. Desistí. Supuse que estaría en el juzgado y que su secretaria había aprovechado para celebrarlo con un almuerzo más largo de lo normal.

A Craig lo habían detenido en su apartamento alrededor de las seis y media de la madrugada. A esa hora no suele suceder nada bueno, y ser detenido es algo bastante desagradable. Le permitieron afeitarse y quitarse el pijama para vestirse con ropa de calle. Imaginé que no sabría cómo comportarse con unas esposas en la muñeca. No siempre te quitan los cordones de los zapatos cuando entras en prisión, pero como de vez en cuando a algún desgraciado se le ocurre hacerse el suicida, a los demás les quitan los cordones y se ven obligados a andar con los zapatos desatados.

De todos modos, esta debía de ser la menor de sus preocupaciones.

Estaba en una celda de un edificio de la calle Centre. Pregunté si podía recibir visitas y la persona que me atendió no pareció tener autoridad sobre el tema. Me sugirió que pasara por allí y lo preguntara. Lo último que deseaba era personarme en aquel edificio sombrío para recordar viejos tiempos.

«Eres fantástico, Bernie».

La verdad es que no volvió a repetirlo. Le respondí que era una tontería por su parte pensar que yo era fantástico. Bueno, aun siendo moderadamente sensacional en otras cosas, el caso es que delante de ella no había hecho nada digno de admiración.

—Tú misma habrías podido hacer estas llamadas y averiguar algo sobre Craig — dije—. Lo que pasa es que no tienes experiencia en estas cosas.

—No habría sabido qué hacer.

—Lo habrías imaginado.

—Me hubiese puesto nerviosa. No se me da muy bien hablar con las personas. A veces creo que estoy demasiado callada con los pacientes. Ellos no pueden hablar, pero nunca sé qué decirles.

—Créeme, uno se siente aliviado contigo después de oír a Craig.

Soltó una risa sofocada y encantadora, que me sorprendió tanto como que el sol hubiese escogido el este para salir esa mañana.

—Es cierto que habla mucho —reconoció—, pero sólo con los pacientes. Cuando está solo, es tímido y reservado.

—Ya suponía que no hablaría solo.

—¿Qué?

—Todo el mundo es reservado cuando está solo.

Se quedó pensando en lo que acababa de oír y luego se ruborizó.

—Me refiero a que es reservado cuando está a solas conmigo.

—Lo suponía.

—¡Ah!

—Lo siento, ha sido una grosería.

—No te preocupes. Yo... bueno, esta mañana no puedo pensar con claridad. Me pregunto qué debería hacer. ¿Crees que puedo ir a ver a Craig?

—No sé si le permiten recibir visitas. Ve allí e infórmate, aunque creo que lo mejor que podríamos hacer es seguir investigando por nuestra cuenta. Con que supiéramos de qué le acusan, estaríamos en disposición de saber cuál debe ser el siguiente paso.

—¿Crees que tienen una razón de peso para acusarle?

Me encogí de hombros y respondí:

—Es difícil saberlo. Lo mejor sería que tuviese una coartada, aunque en ese caso, supongo que ya estaría en la calle. Ayer por la noche no estuvo contigo, ¿verdad?

Volvió a ruborizarse.

—No. Cenamos juntos, pero luego nos separamos porque cada uno tenía cosas que hacer. Creo que nos despedimos alrededor de las nueve. Yo fui a mi casa y él a la suya.

—Entiendo.

—¡Un momento! —exclamó de repente—. Hablé con él por teléfono antes de acostarme. Recuerdo que fue durante el *Carson show*. No hablamos de nada en particular, sólo nos deseamos las buenas noches. A esa hora estaba en casa. ¿Serviría eso de coartada?

—¿Llamaste tú?

—Llamó él.

—Entonces no servirá de nada, pues fue él quien telefoneó y dijo dónde estaba. Es muy probable que la policía crea que un homicida no se arriesgaría a mentir a una joven señorita tan guapa como tú.

Jillian empezó a hablar, pero se interrumpió mordiéndose el labio inferior. Tenía un contorno muy atractivo, por lo que no me habría importado morderlo yo también.

—Bernie, no creerás que lo hizo él, ¿verdad?

—Estoy seguro de que no.

—¿Por qué?

Tenía una razón obvia, pero preferí guardar silencio.

—Porque sé cómo es —respondí.

Esa era la respuesta que Jillian esperaba. Luego empezó a extenderse sobre el tema Craig Sheldrake, el dentista más grande del mundo, con tal profusión de detalles y alabanzas, que mentiría si dijera que no lo dejó por las nubes.

Decidí cambiar de tema.

—El que sepamos que es inocente no le ayuda en nada. Es la policía quien tiene que convencerse de su inocencia y, para que esto suceda, primero hay que encontrar a otro culpable. A menos que se esté en el *Orient Express*, todo cuanto se exige es un asesino por cadáver.

—¿Insinúas que deberíamos intentar resolver el crimen por nuestra cuenta?

—Bueno, yo no iría tan lejos —puntalicé—. Pero me gustaría saber más cosas de las que sé ahora, como por ejemplo a qué hora exacta se cometió el crimen, con qué hombres se relacionaba Crystal últimamente y dónde estaban en el momento del crimen. También me gustaría saber si hay alguien con una razón de peso para desear su muerte. Craig tenía una tonelada de razones, eso lo sabemos tú y yo, pero una mujer con una vida tan ajetreada como Crystal Sheldrake debía de tener más de un enemigo en la ciudad. Quizá alguno de sus amantes tenía una esposa o novia muy celosa. Por ahí se abre una infinita vía de posibilidades y la verdad es que no sé por dónde empezar.

Jillian me miró y dijo:

—Estoy muy contenta de haberte llamado, Bernie.

—Bueno, no sé si seré de gran ayuda...

—En serio, Bernie, estoy muy contenta. —Frunció el entrecejo y agregó—: Acabo de recordar que tú tenías la intención de robar en el apartamento de Crystal el sábado por la noche, ¿no es así? Imagina qué habría ocurrido si el asesino también hubiese escogido ese día.

«Será mejor no hacerlo, Jillian», pensé.

—Pero Crystal estaba en casa ayer por la noche —le recordé, tratando de llevar el tema hacia derroteros más seguros—. De estar ella en casa, yo no habría entrado.

—Sí, por supuesto. Sólo pensaba que...

Fuera lo que fuera lo que acababa de pensar, permanecerá para siempre en el olvido porque no llegó a terminar la frase. De repente, se oyó un golpe seco en el cristal de la puerta de entrada.

—Abran —ordenó una voz, de forma inconfundiblemente autoritaria—. Policía —añadió, a mi modo de ver innecesariamente.

Jillian palideció.

Yo, en cambio, hice lo único que se puede hacer en tales circunstancias: sin pensarlo dos veces la cogí por los hombros, la abracé y nos besamos apasionadamente.

Luego se oyó otro golpe en la puerta y pensé: «¡Al infierno con la puerta!».

6

Supongo que Jillian se quedó absolutamente perpleja. La expresión de su rostro denotaba una mezcla de confusión y asombro, con un trasfondo de conmoción. ¿He hablado ya de sus ojos? Pues bien, adquirieron un tono azulado y jamás los había visto tan grandes.

—¡Bernie! —exclamó ella.

—¡Policía! ¡Abran!

Sin soltarla, susurré:

—Ya no eres la chica de Craig, sino la mía. Por eso me has pedido que viniera...

Jillian abrió la boca y, con un gesto de asentimiento, expresó que estaba dispuesta a seguir mis órdenes. Incluso antes de que se lo indicara, se encaminó hacia la puerta. Cogí un Kleenex de la caja que había encima de la mesa de Marian y, cuando entraron los dos agentes, me estaba limpiando el carmín de la cara.

—Siento interrumpirles —dijo el más alto.

Era ancho de espaldas, y tenía los ojos muy separados, como si en el útero hubiese estado tentado de convertirse en gemelos siameses y en el último minuto hubiese cambiado de opinión. No pareció sentir el habernos interrumpido.

—Somos policías —dijo el otro.

El día del apagón general del mes de julio alguien dijo: «Estamos a oscuras, ¿verdad?». Esta es la frase más obvia que jamás había oído... hasta aquel momento.

El más bajo era más delgado. Tenía el pelo ondulado y lucía un pequeño bigote mal arreglado; ningún director de Hollywood le habría escogido para un papel de policía. Parecía más bien el típico chivato de una banda de criminales. De todos modos, de pie delante de nosotros parecía, al igual que su compañero, un auténtico policía. Tal vez sea por la postura, o por la expresión de su rostro, por la extraña energía que parecen proyectar hacia el exterior, el caso es que todos los polis parecen polis.

Se presentaron. El tipo musculoso se llamaba Todras, el armiño Nyswander. Todras era detective y Nyswander policía; de tener nombre de pila, lo mantuvieron en secreto. Les dimos nuestros nombres completos y Todras pidió a Jillian que le deletreara el nombre. Ella obedeció y Nyswander lo anotó en una pequeña libreta. Todras preguntó a Jillian con qué diminutivo se dirigía a ella la gente y Jillian le respondió que con ninguno.

—Bueno, es una visita rutinaria —dijo Todras, que parecía el líder indiscutible de los dos, el guardia ofensivo que allanaba el camino antes de que Nyswander empezara a escudriñar—. Supongo que sabe lo de su jefe, señorita Paar.

—He oído algo en la radio.

—Sí, bueno, creo que estará ocupado durante un tiempo. Veo que ha cerrado la

consulta. ¿Ha cancelado las visitas?

—Sí.

Los dos policías se miraron.

—Será mejor que también cancele las de todo el mes —sugirió Nyswander.

—O las que quedan para terminar el año.

—Parece que se ha metido en un buen lío.

—Tal vez lo mejor será que cierre la consulta —dijo Todras.

—Será mejor.

—Por cierto, debería empezar a pensar en trabajar para otro.

—Alguien que tenga bastante con el divorcio y sepa detenerse antes de llegar al homicidio.

—O bien alguien que cuando mate a su primera esposa sepa cómo librarse del cadáver.

—Eso es.

—De acuerdo.

Fue realmente espléndida la manera cómo los dos policías interpretaron ese diálogo. Fue como si estuvieran interpretando un *vaudeville*. Jillian y yo hicimos las veces de un caluroso público realmente entusiasmado con la interpretación.

Jillian no pareció opinar lo mismo que yo. Le temblaba ligeramente el labio inferior. Tenía los ojos llorosos.

—No puedo creerlo —dijo Jillian.

—Pues es verdad, señorita Paar.

—Así es —convino Nyswander.

—No es capaz de hacer una cosa así.

—Nunca se sabe —dijo Todras.

—Las apariencias engañan —añadió Nyswander.

—¡Pero el doctor Sheldrake no sería capaz de matar a nadie!

—Al parecer, mató a una persona muy concreta —dijo Nyswander.

—A su esposa.

—Lo cual me parece muy concreto.

Jillian arrugó la frente y volvió a temblarle el labio. Me sorprendió gratamente el partido que le estaba sacando a ese temblor. Quizá le temblara de verdad o lo hiciera inconscientemente, el caso es que encajaba con la representación.

—Es agradable trabajar con él —dijo Jillian.

—¿Hace mucho que trabajan juntos, señorita Paar?

—No mucho. Aquí conocí a Bernie, el señor Rhodenbarr.

—¿Conoció al señor Rhodenbarr por mediación del doctor?

Jillian asintió con la cabeza.

—Sí, Bernie era uno de sus pacientes. Nos conocimos aquí y poco después

empezamos a salir.

—Supongo que tenían una cita por cuestiones médicas, ¿me equivoco, señor Rhodenbarr?

Se equivocaba. Si comprobaban la agenda, de inmediato advertirían el error. Sin embargo, decidí asentir prudentemente.

—Así es. La señorita Paar me llamó y acudí para hacerle compañía. Estaba nerviosa y no quería estar sola.

Se miraron con complicidad y Nyswander anotó algo en la libreta. Tal vez la hora y la temperatura.

—Supongo que hace tiempo que es usted paciente del doctor, señor Rhodenbarr.

—Un par de años.

—¿Conoció a su anterior esposa?

En realidad, nadie nos había presentado formalmente.

—No. Creo que no.

—Era la enfermera del doctor antes de casarse con él, ¿no es cierto?

—La higienista —puntualizó Jillian.

Los dos policías se quedaron mirándola fijamente. Yo dije que tenía entendido que la señora Sheldrake se había retirado después de casarse con su jefe y que cuando empecé a visitar la consulta ella ya no estaba.

—Buen negocio —dijo Nyswander—: Casarse con el jefe. Es aún mejor que casarse con la hija del jefe.

—A menos que el jefe te mate —sugirió Todras.

La conversación continuó en esta línea durante un rato. De vez en cuando me permití interrumpirles con alguna pregunta aparentemente banal, que no obstante me sirvió para reunir más detalles sobre el caso.

El forense había confirmado que el fallecimiento se había producido entre la medianoche y la una de la madrugada. Por supuesto, sabemos que Crystal Sheldrake falleció a las 10.49, pero me pareció oportuno silenciar esa información.

No había signos de que hubiesen forzado la puerta, ni de que se hubiesen llevado algo del piso. Todo apuntaba, pues, a que Crystal había abierto la puerta a su asesino. Dado que acababa de salir de la ducha, era lógico suponer que el asesino era un conocido de la difunta.

En eso estaba de acuerdo. La puerta no había sido forzada porque siempre procuro dejar la cerradura en el mismo estado que la encuentro; no parecía que se hubiesen llevado nada porque todo estaba en orden (los aficionados suelen revolver los cajones o dejar signos evidentes de tener mucha prisa). Quienquiera que hubiese asesinado a Crystal Sheldrake podría haber dejado el apartamento como si hubiese estado habitado por ángeles del infierno, pero curiosamente le facilité las cosas y antes de que llamara a la puerta yo ya había cogido las joyas y las había guardado en

el maletín.

Al parecer, Craig no podía justificar dónde se hallaba cuando asesinaron a su exesposa. En caso de que hubiese mencionado su cena con Jillian, Todras & Nyswander ni siquiera se habían enterado, aunque no tardarían mucho en hacerlo, como también descubrirían que Jillian era la novia del jefe y que yo no era más que un ladrón, lo cual, tarde o temprano, constituiría un serio problema. Mientras tanto, Craig se había limitado a decirles que estuvo en su casa, descansando. Mucha gente pasa las noches en casa descansando, aunque esas noches son las más difíciles de justificar.

Los muchachos aportaron otro detalle interesante: alguien, supongo que un vecino, había visto a un hombre que respondía a la descripción de Craig saliendo del edificio de la calle Gramercy aproximadamente a la hora que se suponía que se había cometido el crimen. Yo no sabía la hora exacta cuando fue vista esa persona, ni si salía del edificio o concretamente del apartamento de Crystal, ni tampoco si el testigo estaba seguro de la hora y la identificación del sospechoso. Cualquiera podría haber visto al hombre que se acostó con Crystal, o al que la asesinó, o incluso a Bernard Rhodenbarr en el momento de su retirada.

También pudo ser Craig. Lo único que sabía del asesino era que tenía dos pies y que no hablaba demasiado. Si Gary Cooper estuviera vivo, podría haberlo hecho él, o tal vez Marcel Marceau. O Craig, que por una vez en la vida no abrió la boca.

—Me preguntaba si podríamos echar un vistazo a la oficina —dijo Todras. Y cuando Jillian le explicó que precisamente el lugar donde nos hallábamos era la oficina, agregó—: Bueno, no sé cómo lo llaman... Me refiero a la habitación donde...

—¿Perdone?

—Donde tienen esa silla que se echa para atrás —dijo Nyswander.

—Y todos esos artilugios.

—Y esos palos con un espejito cuadrado en la punta.

—Eso es —dijo Todras, sonriendo al acordarse. Tenía los dientes largos y blancos como la nieve. Le brillaron los ojos al tiempo que sonreía—. Y ese tubo que te succiona la saliva. No nos olvidemos de él.

—Eso se llama «señor Sed» —dije.

—¿Cómo?

Jillian nos acompañó hasta la habitación donde Craig hacía su trabajo, el lugar donde solucionaba los problemas de los demás para que pudieran degustar un sabroso bistec o un bombón de almendra.

Los dos polis se divirtieron un rato haciendo subir y bajar la silla. Luego volvieron a su trabajo y empezaron por abrir el cajón del instrumental.

—Esto es interesante —dijo el pequeño Nyswander—. ¿Para qué sirve?

Jillian le contó que servía para quitar la placa bacteriana de los dientes. Nyswander asintió y añadió que era conveniente hacerse una limpieza bucal de vez en cuando; Jillian le contestó que era vital porque, de lo contrario, el hueso se deterioraba, las encías enfermaban y uno acababa por perder los dientes.

—La gente cree que lo peor son las caries —explicó—, pero se pueden tener los dientes en perfecto estado y caérsete por culpa de las encías.

—Mis dientes son magníficos —dijo Todras—, pero me temo que no pueda decir lo mismo de las encías.

Todos no echamos a reír. Nyswander y Todras siguieron examinando el instrumental y preguntando, en cada caso, para qué servía. Afortunadamente ya no recuerdo los muchos nombres y las variadas funciones que Jillian fue recitando.

—Todos estos chismes —dijo Todras— se parecen. Es como si pertenecieran a un mismo juego, pero en vez de estar dentro de una caja para que puedas estar seguro de que no falta ninguno, están alineados dentro de un cajón. ¿El doctor los compró juntos o por separado?

—Pueden comprarse de un mismo juego.

—¿Fue este el caso?

Jillian se encogió de hombros.

—No lo sé. Abrió la consulta muchos años antes de que yo empezara a trabajar para él. Naturalmente, los instrumentos individuales pueden comprarse por separado. Son de acero de la mejor calidad, aunque a veces, por accidente, se rompen. Algunos se doblan, los escalpelos, por ejemplo, se deterioran. Por eso hay algunos repetidos. Yo soy la higienista, así que no me encargo del papeleo, pero sé que de vez en cuando renovamos el material.

—Pero todos son iguales —insistió Nyswander.

—Parecen iguales, pero cada cual tiene su especificidad, como por ejemplo...

Se detuvo al ver que Nyswander hacía un gesto de negación con la cabeza. Pero fue Todras quien dijo:

—Todos tienen el mango hexagonal, lo que significa que son de la misma marca, ¿verdad?

—Sí, así es.

—¿De qué empresa son, señorita Paar? ¿Por casualidad lo sabe?

—De Artículos Dentales y Ópticos Celniker.

—¿Puede deletrearlo por favor, señorita Paar?

Jillian obedeció y Nyswander lo anotó, luego puso el capuchón al bolígrafo y pasó la página. Entretanto, Todras se metió la mano en el bolsillo y sacó un instrumento dental. Me pareció bastante parecido al que Jillian había llamado escalpelo dental. Yo mismo había tenido tiempo atrás uno muy parecido, aunque naturalmente de inferior calidad. Formaba parte de un *kit* de cuchillos que usaba,

cuando era niño, para cortar las alas de los pájaros.

—¿Sabe qué es esto, señorita Paar?

—Es un escalpelo dental. ¿Por qué?

—¿Es uno de los suyos?

—No lo sé. Es posible.

—¿Por casualidad sabe cuántos de este modelo tiene el doctor?

—No tengo ni idea. Supongo que unos cuantos.

—¿Los lleva encima cuando sale de la consulta?

—¿Para qué?

Volvieron a intercambiar sendas miradas. Supongo que ambos sabían a qué se referían.

—Lo encontramos en el apartamento de Crystal Sheldrake —dijo Nyswander.

—De hecho, fue otro agente quien lo encontró.

—Más concretamente, Crystal Sheldrake lo tenía clavado en el cuerpo.

—Más concretamente en el corazón.

—Más concretamente —repitió Todras, o quizá Nyswander— su jefe se ha metido en un buen apuro.

Jillian parecía desconcertada, mientras que yo me mostré indiferente, pues me había fijado en ese mango hexagonal cuando le tomé el pulso a Crystal. Al instante, pensé que podía tratarse de uno de los instrumentos de Craig, incluso estuve a punto de llevármelo.

No obstante, tenía razones suficientes para no hacerlo. La más obvia era que llevándome el arma del crimen habría podido acabar directamente en las garras de la policía. Dado que si te atrapan con las herramientas de un ladrón sueles pasarlo mal, no quise ni imaginar qué ocurriría si te cogían con el arma de un crimen.

Por otro lado, el escalpelo demostraba que Craig era inocente y que alguien había cometido el error más grande de su vida, pues ¿por qué razón habría utilizado Craig un escalpelo dental para asesinar a su esposa, sabiendo que sería el principal sospechoso? Tarde o temprano, la policía se haría la misma pregunta, así que si me hubiese llevado el escalpelo y el forense dictaminaba que había sido asesinada con este instrumento, Craig habría estado en un buen apuro.

Por eso lo dejé allí y ahora me esforzaba por fingir que era la primera vez que veía un escalpelo.

—¿Con esto la mataron? —exclamé, boquiabierto.

—Así es —respondió Todras.

—Se lo clavaron en el corazón —añadió Nyswander—. Así la mataron.

—Debió de morir al instante.

—Apenas sangró. No hubo lucha, ni forcejeo alguno.

—¡Increíble! —volví a exclamar.

Jillian estaba al borde de un ataque de nervios y temí por su reacción. Si bien era lógico que reaccionara con perplejidad al enterarse de que presumiblemente su jefe había cometido un crimen, ya no me pareció normal que llevara la perplejidad hasta el límite de la histeria.

—No puedo creerlo —decía.

Tendió la mano para tocar el escalpelo, pero en el último instante se echó atrás, evitando el contacto con el reluciente metal. Todras sonrió y volvió a guardar el escalpelo en el bolsillo, Nyswander sacó un sobre del bolsillo interior de la chaqueta y empezó a seleccionar escalpelos de una bandeja de instrumental. Metió cuatro o cinco dentro del sobre, lamió la solapa, lo selló y escribió algo en la parte posterior.

Jillian le preguntó qué estaba haciendo:

—Pruebas —respondió—. El fiscal del distrito quiere demostrar que el doctor tenía otros escalpelos del mismo tamaño y forma que el utilizado en el crimen. ¿Quiere mirarlo bien, señorita Paar? Quizá tenga algo, un rasguño por ejemplo, que usted reconozca.

—Ya lo he visto. No puedo identificarlo, si es eso a lo que se refiere. Todos se parecen.

—Quizá descubra algo si lo examina atentamente. Todras, deja que la señorita Paar vuelva a examinarlo.

Jillian no parecía dispuesta a volver a mirarlo, pero se obligó a sí misma y comentó que el instrumento no tenía nada de particular, era idéntico a los utilizados en la consulta. Añadió que todos los dentistas del país usaban los artículos Celniker, pues eran los más usuales, y que en todas las consultas dentales de Nueva York encontrarían miles de ellos.

Nyswander dijo que estaba convencido de que era así, pero que sólo había un dentista con motivos obvios para matar a Crystal Sheldrake.

—Pero se preocupaba por ella —objetó Jillian—. Deseaba hacer las paces con ella. Creo que nunca dejó de amarla.

Los dos policías se miraron, la verdad es que no me sorprendió. No entiendo por qué de repente Jillian habló de eso; naturalmente, a los dos policías les interesó el tema y empezaron a preguntar acerca de la futura reconciliación. Luego, después de que Jillian improvisara bastante bien, Todras concluyó que podía ser un buen motivo para que Craig quisiera asesinarla.

—Quería recuperarla —dijo—, ella lo rechazó y, desesperado, la mató por amor.

—«Todos los hombres matan lo que aman —citó Nyswander—. Cada cual a su manera: el cobarde con un beso, el valiente con una espada». Y el dentista con un escalpelo.

—Eso es —dijo Todras.

—Es de Oscar Wilde.

—Me gusta.

—Bueno, lo del dentista con el escalpelo no lo dijo Oscar Wilde.

—Menos broma.

—Es original, ¿verdad?

—Vamos, Nyswander.

—Me pareció que encajaba.

—Ya basta.

Creí que Jillian se echaría a gritar. Me habría gustado decirle que no se preocupara, que todo aquello era pura comedia y que dentro de un minuto saludarían y saldrían del escenario y de nuestras vidas, luego podríamos diseñar nuestra propia escena.

—¡Un momento! —exclamó Jillian.

Los dos hombres se volvieron y se quedaron mirándola fijamente.

—¿Cómo sé que trajeron ese escalpelo? Quizá usted lo cogió de una de las bandejas mientras yo miraba hacia otro lado. Tal vez todo eso de la corrupción policial es verdad: incriminación y falsificación de pruebas y...

Los dos tipos seguían mirándola fijamente, y en ese punto Jillian se quedó sin palabras. Deseé, y no por primera vez en mi vida, que hubiese una manera de detener el presente para volver atrás.

No obstante, sé que es imposible, tal y como explicó Omar Khayyám mucho antes de que se inventaran las grabadoras. El dedo mecánico lo escribe todo, y la pequeña Jillian acababa de meter la pata.

—Este escalpelo dental —dijo Todras, mostrándonoslo de nuevo—, no es el que hallaron en el pecho de Crystal Sheldrake. Nunca llevamos encima el arma del crimen. El escalpelo con que se cometió el crimen se halla en estos momentos en el laboratorio, mientras los de la bata blanca hacen las pertinentes pruebas de sangre y todo cuanto se suele hacer en estos casos.

Jillian guardó silencio.

—El escalpelo que mi compañero le ha mostrado —añadió Nyswander— lo compramos al venir hacia aquí en una de las tiendas de Artículos Celniker. Es una copia exacta del arma homicida y nos es muy útil para la investigación. Como no constituye prueba alguna, no existe ninguna posibilidad de falsificación.

Todras, sonriendo, volvió a guardar el escalpelo.

—Sólo por curiosidad —dijo—, tal vez le gustaría contarnos cómo pasó la noche de ayer, señorita Paar.

—Yo...

—¿Qué hizo ayer por la noche?

—Ayer por la noche... —dijo Jillian y parpadeó, se mordió el labio y me miró

suplicante— cené.

—¿Sola?

—Conmigo —intervine—. ¿Esto también lo apunta? ¿Por qué? Jillian no es sospechosa, ¿verdad? Creí que tenían pruebas suficientes contra el doctor Sheldrake.

—Así es —respondió Todras.

—Pura rutina —añadió Nyswander, que de pronto me pareció más astuto que antes—. ¿Así que cenaron juntos?

—Sí. Cariño, ¿cómo se llamaba el restaurante?

—Belvedere. Pero...

—Belvedere, eso es. Debimos de salir de allí hacia las nueve.

—Y luego supongo que fueron a casa.

—Jillian sí —dije—. Yo fui al Garden a disfrutar de unas peleas. Ya habían empezado cuando llegué, pero tuve tiempo de ver tres o cuatro encuentros preliminares antes del gran combate. A Jillian no le gusta el boxeo.

—Detesto la violencia —añadió Jillian.

Todras pareció aproximarse a mí sin apenas moverse.

—Supongo que puede demostrar que estuvo allí.

—¿Demostrarlo? ¿Por qué tengo que demostrarlo?

—Bueno, ya sabe, pura rutina, señor Rhodenbarr. Supongo que fue con un amigo.

—No, fui solo.

—¿De verdad? Pero seguro que se encontró allí algún conocido.

Medité unos segundos y luego respondí:

—Bueno, estaban los habituales de la primera fila. Me refiero a los chulos, los camellos y los caballeros. Pero yo sólo soy un aficionado y a esa gente no la conozco.

—Entiendo...

—Estuve charlando con el que se sentaba a mi lado sobre boxeo y esas cosas, pero no sé cómo se llama ni si sería capaz de reconocerle.

—Claro...

—De todos modos, ¿por qué tendría que demostrar dónde estuve?

—¿No podría...?

—Un momento. Veamos si encuentro la entrada. Creo que no la tiré. —Miré a Jillian—. ¿Ayer llevaba esta chaqueta? Creo que sí, pero quizá eché la entrada a la basura cuando me limpié los bolsillos antes de acostarme. Podría estar en el cubo de la basura de mi apartamento. No creo que... aquí hay algo.

Sorprendentemente, mostré a Nyswander una entrada que correspondía a la pelea de la noche anterior en el Madison Square Garden. La observó atentamente antes de dársela a Todras, quien no pareció, por lo menos atendiendo a su sonrisa, muy contento de verla.

La entrada calmó la situación. No podían sospechar de nosotros, pues ya tenían al

asesino en la cárcel, pero la reacción de Jillian les había alertado. Optaron de nuevo por una línea de preguntas menos intimidatorias, anotando las respuestas antes de pasar a otro tema. Me tranquilicé un poco, aunque no del todo, pues uno no puede estar tranquilo del todo hasta que no los ve desaparecer por la puerta. Estaban a punto de largarse cuando Todras alzó la mano, se la colocó encima de la cabeza y se rascó con diligencia.

—Rhodenbarr —dijo—, Bernard Rhodenbarr. ¿Dónde demonios habré oído este nombre antes?

—Pues... no lo sé —respondí.

—¿En qué trabajas, Bernie?

Me alarmé. Cuando te tutean significa que puedes ser un criminal. Mientras a sus ojos se es un ciudadano, se te dirigen con un respetable señor Rhodenbarr, pero cuando te llaman Bernie, hay que empezar a alertarse. No creo que Todras fuera consciente de ello, pero yo sí lo fui y decidí actuar en consecuencia.

—Me dedico a las inversiones —respondí—. Fondos mutuales, y sobre todo a los fondos de inversión del Estado.

—Muy bien. Rhodenbarr, Rhodenbarr. Este nombre me suena.

—No sé de qué —dije—, a menos que usted se criara en el Bronx.

—¿Cómo lo sabes?

«Por el acento —pensé—. Cualquiera que hable como Penny Marshall en *Laverne and Shirley* no puede haber crecido en ningún otro sitio». Sin embargo, respondí con otra pregunta:

—¿En qué escuela estudió?

—¿Por qué?

—¿En qué escuela?

—James Monroe, ¿por qué?

—Esto lo explica todo. Inglés de primer año. ¿No se acuerda de la señorita Rhodenbarr? Tal vez fuera la que le hizo leer a Oscar Wilde.

—¿Es una profesora de inglés?

—Era. Murió... no recuerdo cuántos años hace. Era una señora mayor de pelo gris y muy estricta.

—¿Era parienta tuya?

—La hermana de mi padre. Tía Peg, pero para los alumnos era la señorita Margaret Rhodenbarr...

—Margaret Rhodenbarr...

—Eso es.

Abrió el bloc de notas y, por un momento, pensé que iba a anotar el nombre de mi tía, pero al final se encogió de hombros y volvió a guardar el bloc.

—Debe de ser por eso —dijo—. Un nombre como este, tan poco frecuente... Se

queda grabado en la memoria y de vez en cuando regresa. Tal vez no estuviera en su clase, pero me acuerdo del nombre.

—Quizá sea eso.

—Pensaré en ello —dijo al tiempo que abría la puerta y dejaba pasar a Nyswander primero—. La memoria es algo curioso; tarde o temprano acaba uno por despejar las incógnitas.

Jillian y yo salimos de la consulta diez o quince minutos después de que lo hicieran Todras y Nyswander. Almorzamos en una cafetería en la esquina de la Séptima Avenida. Tomamos café y sándwiches de queso; al final tuve que comerme la mitad del de Jillian.

—Crystal Sheldrake... ¿qué sabemos de ella?

—Que está muerta.

—Aparte de eso, era la exesposa de Craig y alguien la asesinó, pero ¿qué más sabemos?

—¿Qué importa eso ahora, Bernie?

—La asesinaron por algún motivo —dije—. Si supiéramos ese motivo, podríamos empezar a averiguar quién lo hizo.

—¿Acaso vamos a resolver nosotros el crimen?

Me encogí de hombros.

—Podríamos hacerlo.

Jillian insistió en que sería muy excitante. Sus ojos azules brillaron de excitación. Decidió que seríamos Nick y Nora Charles, o el señor y la señora North, dos parejas de detectives que solía confundir. Quería saber por dónde empezaríamos, pero yo regresé al tema de Crystal.

—Era una fulana, Bernie. Cualquiera habría podido asesinarla.

—Lo de que era una fulana lo sabemos por Craig. Los hombres suelen hablar así cuando se trata de sus exesposas.

—Frecuentaba los bares y ligaba con el primero que le apetecía. Tal vez uno de esos resultó ser un maníaco homicida.

—¿Y por casualidad llevaba encima un escalpelo dental?

—Pues... —Alzó la taza y sorbió un poco de café—. No sé, quizá el tipo que se ligó era dentista y... Bueno, supongo que los dentistas no van por ahí con un escalpelo en el bolsillo.

—Sólo los que son maníacos homicidas en sus horas libres. Incluso si fue asesinada por un dentista, dudo que este se dejara el escalpelo clavado en el corazón de Crystal. No, alguien robó deliberadamente un escalpelo de la consulta de Craig para que le inculparan, lo cual significa que el asesino no era un desconocido y que el asesinato fue premeditado. El asesino tenía motivos para hacer lo que hizo, fue alguien relacionado con la vida de Crystal. Así pues, debemos averiguar más cosas acerca de ella.

—¿Como qué?

—Buena pregunta. ¿Quieres más café?

—No. Bernie, quizá escribía un diario. ¿Las mujeres todavía escriben diarios?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Tal vez guardara cartas de amor. Tenemos que encontrar algo que nos permita saber con quién se veía. Si pudieras entrar en su apartamento... ¿Qué te ocurre?

—Pues que hay que entrar en un apartamento antes de que se asesine al propietario. Cuando se ha cometido un crimen, la policía actúa con mucha eficacia. Sella las puertas y las ventanas e incluso monta guardia en el edificio. También confisca todo cuanto el asesino pueda haberse dejado, así que si había un diario o cartas de amor y el asesino no fue lo bastante astuto para llevárselo —«como por ejemplo un maletín de joyas», pensé con rencor—, seguro que ya está en poder de la policía. De todos modos, no creo que tuviera nada de eso.

—¿Por qué no?

—Dudo que fuera el estilo de Crystal.

—¿Y cómo sabes cuál era su estilo? No la conocías, ¿verdad?

Evité la pregunta volviéndome hacia la camarera y haciéndole un gesto de que nos trajera la cuenta. No era la primera vez que me preguntaba qué comensal habría sido el primero en inventar esa pantomima y por qué razón había conseguido institucionalizarse con el paso de los años.

—Debe de tener familia en algún sitio. Podrías ponerte en contacto con ella fingiendo ser una amiga de la escuela.

—¿De qué escuela?

—No lo sé, pero sin duda aparecerá en la noticia del periódico.

—Soy más joven que Crystal. Es imposible que estuviéramos en la misma clase.

—Bueno, nadie te preguntará la edad. Estarán demasiado apenados. De todos modos, podrás hacerlo por teléfono. Verás, Jillian, necesitamos saber algo más de su vida, sobre todo en lo que se refiere a hombres. Debemos empezar por ahí.

Jillian guardó silencio. La camarera se acercó a la mesa con la cuenta; saqué el billetero y pagué. Jillian, concentrada en sus pensamientos, no se ofreció a pagar su parte. No importaba. Después de todo, me había comido la mitad de su sándwich.

—Está bien —dijo—, lo intentaré.

—Haz unas llamadas a ver qué ocurre. No des tu nombre. Lo mejor que puedes hacer es no ausentarte demasiado tiempo de tu casa, por si Craig intenta ponerse en contacto contigo. No sé si le permitirán hacer llamadas, pero quizá su abogado quiera hablar contigo.

—¿Cómo podré ponerme en contacto contigo, Bernie?

—Puede ser algo complicado. Mi nombre figura en la guía B. Rhodenbarr, zona oeste, setenta y uno, pero no sé si estaré en casa. Yo te llamaré. ¿Tu teléfono figura en la guía?

Jillian negó con la cabeza. Buscó el monedero y escribió su número y dirección en el dorso de la tarjeta de su centro de belleza, donde tuvo una cita nueve días atrás

con alguien que se llamaba Keith.

—¿Y tú, Bernie, qué harás?

—Buscaré a cierta persona.

—¿A quién?

—No lo sé, pero la reconoceré cuando la vea.

—¿Una mujer? ¿Cómo la reconocerás?

—Estará bebiendo como una cosaca en un bar muy frívolo.

El bar se llamaba Recovery Room. Las servilletas para los cócteles tenían dibujos de enfermeras. Del único dibujo que me acuerdo es de uno donde aparecía un rruiseñor de Florencia preguntando a una matasanos maliciosa qué haría con todos esos termómetros rectales. La respuesta constituía toda una lista de cócteles estrafalarios. Tenían nombres como Gaseosa Etérea, Especial I-V o Post Mortem, y cada ejemplar se vendía al precio de uno, dos o tres dólares. De las paredes colgaban distintos accesorios médicos: tablillas de la Cruz Roja, mascarillas quirúrgicas...

Obviamente, no era el bar más adecuado para atraer la atención de los profesionales de la medicina. Estaba situado en el primer piso de un edificio de ladrillo en la calle Irving, a unos metros del parque Gramercy y demasiado lejos del hospital Bellevue para que el personal acudiera allí; la clientela estaba compuesta, en su mayoría, por vecinos del barrio. Era un auténtico tugurio.

Las borracheras de Frankie, por otro lado, eran lo bastante serias para mantener al Recovery Room anclado en una realidad sombría. Estar borracho a las cuatro de la tarde de un día laborable es lo más serio que uno pueda imaginar.

Hice varias paradas antes de llegar al Recovery Room. Primero fui a mi apartamento y luego me dirigí a Lexington, donde compré una botella de aceite de oliva importado. Al doblar la esquina, bebí un par de tragos. Había leído en alguna parte acerca de este viejo método de preparar el estómago antes de una borrachera seria. A continuación, empecé mi peregrinaje: tomé unas copas en la Tercera Avenida y finalmente me encaminé hacia el Recovery Room. En cada uno de los bares tomé una buena dosis de vino blanco y me entretuve lo bastante para comprobar que nadie quería hablar de Crystal Sheldrake. Conocí a dos tipos con los que hubiera podido hablar de béisbol, y a otro que quería hablar de Texas, pero eso fue todo.

Hasta que encontré a Frankie. Era una mujer alta, de cabello negro rizado y rostro taciturno. Estaba sentada en la barra del Recovery Room con una copa delante, fumando un Virginia Slim y tarareando una versión de *One for My Baby*. Supongo que debía de tener aproximadamente mi edad, pero antes del atardecer parecería mucho mayor, es algo habitual en los alcohólicos.

Mis indagaciones empezaron en el lugar adecuado. Aquel local parecía ideal para Crystal. Me acerqué a la barra, pedí una copa a un camarero y le pregunté a Frankie si

estaba sola. Fue un atrevimiento, pues había sólo dos clientes más en la barra —un par de marineros jugando a cartas en un extremo—. De todos modos, a Frankie no pareció importarle.

—Bienvenido a bordo, hermano —dijo—. Puedes sentarte a mi lado todo el rato que quieras, mientras no seas un maldito dentista.

¡Había dado en el clavo!

—Verás, Bernie, Crystal era la sal de esta maldita tierra. Pero en fin, tú también la conocías, ¿verdad?

—La conocí hace años.

—Sí, claro, antes de que se casara con ese sacamuelas asesino. Juro a Dios que jamás volveré a ir a la consulta de uno de esos bastardos. No me importa que se me pudran los dientes. Al infierno con ellos, ¿me entiendes?

—Por supuesto, Frankie.

—No tengo que masticar nada. Al infierno con la comida. Si puedo bebérmela, no necesito masticarla, ¿entiendes?

—Sí.

—Crystal era una dama, una jodida señora, ¿entiendes?

—Sí —repetí.

—Eso es lo que era. —Señaló al camarero y le dijo—: Roger, querido, sírvenme otra copa, pero esta vez que sea brandy con un poco de crema de menta. Empieza a saber a Lavoris y no quiero acordarme de los dentistas, ¿comprendes?

—De acuerdo —dijo Roger, mientras le retiraba el vaso y cogía uno limpio—. Brandy... ¿Con hielo?

—Sin hielo. El hielo revienta el estómago. También encoge las venas y las arterias. Y la crema de menta provoca diabetes. Debería dejar de beber, pero es mi perdición. Bernie, supongo que no querrás estar bebiendo toda la noche.

—¿Ah no?

—En primer lugar, la soda te hará daño. Las burbujas se meten en las venas y es horrible, lo mismo que les ocurre a los buzos cuando no hacen la descompresión.

—Nunca había oído nada parecido, Frankie.

—Bueno, pues ahora ya lo sabes. Además, el vino pudre la sangre. Está hecho de uvas y enzimas, y son las enzimas de las uvas lo que te destrozan.

—El brandy también está hecho de uvas.

Me lanzó una mirada y dijo:

—Cierto, pero está destilado. Esto lo purifica.

—Ya.

—Deja de tomar eso antes de que te arruine la salud. Tómate algo más.

—¿Qué tal un vaso de agua?

Me miró horrorizada.

—¿Agua? ¿En esta ciudad? ¿Has visto alguna vez fotografías ampliadas de lo que sale de los grifos de Nueva York? Dios mío, el agua de Nueva York está llena de esos malditos gusanos microscópicos. Si bebes agua sin alcohol, te buscarás serios problemas.

—Está bien.

—Deja que te vea bien, Bernie. —Trató de mirarme fijamente—. Un escocés... —dijo con autoridad—. Un Cutty con hielo. Roger, querido, sirve a Bernie un Cutty Sark con hielo.

—No sé, Frankie.

—Por el amor de Dios, bebe y calla. ¿Es que pretendes beber a la salud de Crystal con un vaso de agua agusanada? ¿Acaso te has vuelto loco? Calla y bebe el maldito whisky.

—Y ahora fíjate en Dennis —continuó—. Dennis estaba loco por Crystal, ¿no es así, Dennis?

—Era estupenda —respondió Dennis.

—Todo el mundo la quería, ¿verdad?

—En cuanto entraba, este antro cambiaba de color —dijo Dennis—. Pero un chiflado se la ha cargado. Fue su marido, ¿verdad?

—Un dentista.

—¿Qué le hizo, le pegó un tiro?

—La apuñaló.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Dennis.

Después de tomar un par de copas más en el Recovery Room, Frankie insistió en cambiar de bar. Justo en la esquina se hallaba el Joan's Joynt, un local más pequeño y sombrío que el anterior. Allí nos encontramos con Dennis, un hombre fornido propietario de un aparcamiento en la Tercera Avenida. Dennis bebía whisky irlandés intercalado con cerveza, Frankie seguía con el brandy y yo, obedeciendo órdenes estrictas, no dejé el Cutty Sark con hielo. Aunque dudaba de estar haciendo lo más sensato, tras cada copa, la situación parecía cobrar más sentido. No dejaba de pensar en la botella de aceite de oliva. Imaginé el aceite recubriéndome el estómago para repeler el Cutty Sark; una copa tras otra deslizándose por la garganta hasta llegar al estómago engrasado para ser repelida antes de dar el golpe. Sin embargo, tuve la impresión de que una gran cantidad de alcohol corría por mis venas...

—Otra ronda —decía Dennis, entusiasmado—. Y tú, Jimbo, sírvete también algo. Otro brandy para Frankie y un Cutty para mi amigo Bernie.

—Bueno, mejor que no...

—Oye, invito yo. Cuando Dennis invita, todo el mundo tiene que beber.

Así que Dennis pagó la ronda y todos bebimos.

En el Hen's Tooth Frankie dijo:

—Bernie, quiero que conozcas a Charlie y a Hilda. Bernie.

—Mi nombre es Jack —se presentó Charlie—. Frankie, no sé por qué te empeñas en llamarme Charlie. Sabes de sobra que me llamo Jack.

—No importa —dijo Frankie.

—Encantada de conocerte, Bernie —dijo Hilda—. ¿También eres agente de seguros?

—No es ningún maldito dentista —dijo Frankie.

—Soy ladrón —respondieron seis o siete Cuttys con hielo.

—¿Qué?

—Eso está muy bien —dijo alguien, supongo que fue Jack o Charlie.

—¿Y qué haces con ellos? —preguntó Hilda.

—¿Con qué...?

—Con los gatos^[1].

—Pide rescate por ellos.

—¿Se gana dinero con eso?

—Por Dios, mirad quién pregunta si se gana dinero con los mininos.

—Eres terrible —dijo Hilda, obviamente complacida—. Eres incorregible.

—Hablando en serio —dijo Charlie o Jack—: ¿A qué te dedicas, Bernie?

—A las inversiones —respondí.

—Impresionante.

—Por suerte mi ex era administrativo —dijo Hilda—. Jamás habría imaginado que acabaría diciendo esto, pero la verdad es que con un administrativo una no teme que la asesinen.

—No sé —dijo Dennis—. Mi experiencia es que te pueden matar por casi nada.

—Pero jamás te apuñalarán.

—Es mejor que te apuñalen. Por lo menos es más rápido. La gente sólo ve el dinero que se gana en un garaje, pero no se da cuenta de los problemas constantes que uno tiene. Créeme, si le rozas el coche a alguien, no tardan ni cinco minutos en exigir responsabilidades. Nadie se hace cargo del agotamiento que eso supone.

Hilda le puso una mano encima del brazo y dijo:

—La gente cree que tienes una vida muy fácil, pero no es así, Dennis.

—Eso es, maldita sea. Y luego se preguntan por qué uno se tira a la bebida. Con un negocio y una esposa como la mía, no es de extrañar que necesite una copa al final del día.

—¡Menudo tipo estás hecho, Dennis!

Me aparté un momento del grupo para hacer una llamada telefónica, pero cuando llegué al teléfono ya no recordaba a quién quería llamar. Me dirigí al servicio. Había muchos nombres de chicas y números de teléfono escritos en la pared del urinario, aunque no encontré el de Crystal. Pensé en marcar uno de los números sólo para ver qué ocurría. Decidí que no era la clase de pensamiento que se supone debe tener un hombre sobrio.

Cuando regresé a la barra, Charlie estaba pidiendo otra ronda.

—Casi me olvido de ti —dijo—. Cutty con hielo, ¿no?

—Sí.

—Oye, Bernie —dijo Frankie—, ¿estás bien? Tienes mala cara.

—Es el aceite de oliva.

—¿Qué?

—Nada —respondí y alcancé la copa.

Había muchos bares y mucha gente entrando y saliendo de mi conciencia. Me pareció que estaba conduciendo un coche en medio de una espesa niebla.

De repente, me encontré caminando a solas. Había perdido a Frankie, con quien había estado desde que salimos del Recovery Room. Fui a parar al parque Gramercy. Me dirigí hacia la verja de hierro y me agarré a ella.

No vi a nadie en el parque. Se me ocurrió abrir la cerradura y entrar dentro. No llevaba ninguna palanca, aunque sí mis herramientas habituales, así que con eso me bastaría para entrar en el parque, a salvo de perros y desconocidos. Me tumbaría a mis anchas en uno de esos bancos verdes tan confortables y cerraría los ojos y empezaría a contar cuttys con hielo, y en cuestión de segundos estaría...

Arrestado, con toda probabilidad. Es lo que les ocurre a los vagabundos en el parque Gramercy.

Continué agarrado a la verja, que, por un momento, me pareció que se balanceaba, aunque sabía que era imposible. Pasó un *jogger*, o tal vez era el mismo que había visto correr el día que estuve charlando con la señora ¿Taylor? No importaba. Recordé sus palabras: «Nada que parece tan ridículo puede ser bueno».

Pensé en eso y también en que probablemente yo parecería bastante ridículo agarrado de esa manera a la verja. Y entretanto, el tipo volvió a pasar por delante y oí el ruido de sus zapatillas de deporte al pisar el suelo. No había tardado demasiado en dar la vuelta al parque. ¿Se trataría de otro *jogger*?

Lo observé alejarse.

—Continúa —dije en voz alta o no; temo que jamás lo sabré—. Por lo menos no lo haces en la calle y no asustas a los caballos.

Luego subí a un taxi. Debí de dar al taxista mi dirección, pues lo siguiente que recuerdo fue estar parados en un semáforo de la avenida West End, a una manzana de mi casa.

—Aquí está bien —dije al taxista—. El resto lo haré andando. Necesito aire fresco.

—Ni que lo jures.

Le pagué, le di una propina y le observé alejarse con el coche. Traté de pensar en una frase para devolverle la ironía, pero me di cuenta de que estaba demasiado lejos para oírme. Inhalé aire fresco unas cuantas veces y conseguí recorrer una manzana.

Me sentía mal, tenía el cerebro entumecido, el cuerpo tembloroso y el espíritu hundido. Pero estaba yendo a casa por mi propio pie y siempre es agradable regresar a casa, incluso cuando esta casa consiste sólo en dos habitaciones diseñadas para

hacerte sentir extremadamente solo. Allí, sabía dónde estaba. Si me quedaba de pie en la esquina de la Avenida Setenta y tres con la West End, y miraba alrededor, por lo menos era capaz de reconocer lo que veía.

Reconocí la cafetería de la esquina, el gran danés y al esbelto joven que caminaba o era obligado a caminar tras la bestia. Al otro lado de la calle reconocí a mi vecina, la señora Hesch, con el cigarro consumiéndosele a un lado de la boca, mientras se cruzaba con el portero; llevaba un bocadillo y el *Daily News* comprado en el quiosco de la esquina de la calle setenta y dos. Reconocí también al portero, el loco Felix, quien se había esforzado toda su vida por vivir con arreglo a su uniforme marrón y a su abundante bigote. Y conversando con la mayor serenidad con Felix reconocí a Ray Kirschmann, un pobre pero deshonesto policía cuyo camino se había cruzado en varias ocasiones con el mío. Cerca de la entrada al edificio reconocí a una joven pareja que parecía ser de mármol veinte horas de las veinticuatro que tiene el día. Y, al otro lado de la calle, en diagonal...

¡Un momento!

Volví a mirar a Ray Kirschmann. Era él, el bueno de Ray, pero ¿qué demonios estaba haciendo en mi casa, hablando con el portero?

Mi mente empezó a despejarse. Me quedé inmóvil unos instantes, intentando averiguar qué estaba sucediendo, y luego decidí que ya me preocuparía de eso cuando tuviera tiempo.

Di media vuelta y empecé a caminar por la acera, procurando aprovechar las zonas de menos luz; me volví para asegurarme de que Ray no me había visto y luego me dirigí hacia la Avenida setenta y uno, procurando en todo momento no despegarme de los edificios. Me volví varias veces para comprobar que no había más policías en la zona, a pesar de saber que ese gesto podría resultar un tanto sospechoso. Lo único que conseguí fue pisar un excremento de perro, lo cual me obligó a soltar una sarta de improperios. Me limpié el zapato y seguí andando en dirección a Broadway, hasta que finalmente subí a un taxi.

—¿Adónde te llevo?

—No lo sé —respondí—. Vayamos al centro.

Mientras el taxista decía algo intrascendente, saqué el billetero y busqué la tarjeta que ella me había dado.

—Tengo una cita con Keith —dije—. Pero ¿de qué me sirve esta tarjeta si la cita fue hace dos semanas?

—¿Estás bien, chico?

—No —respondí. Miré el dorso de la tarjeta y me esforcé en leer lo que había escrito—. RH7-1802 —leí—. Probemos esta dirección, ¿de acuerdo? Lléveme hasta allí.

—¿Chico?

—¿Qué?

—Esto es un número de teléfono.

—¿En serio?

—Rhinelanders siete, esto es la central telefónica. Mi teléfono consta sólo de números, pero hay gente que aún tiene letras y números. Creo que lo mío tiene más clase.

—Estoy de acuerdo.

—Pero puedo llevarte hasta una cabina.

—La dirección está anotada justo debajo del número —dije torciendo la vista—. Justo debajo.

—¿Me dices cuál es?

—Un momento.

Vivía en un edificio remodelado de la zona este, en la Avenida Ochenta y cuatro, a pocos metros del río. Llamé por el interfono y, mientras me preparaba para entrar, ella preguntó quién era. Le respondí y me abrió la puerta. Subí tres tramos de escaleras y la encontré esperándome en el umbral de la puerta, vestida con un albornoz azul y frunciendo el entrecejo.

—¿Bernie? ¿Te encuentras bien?

—No.

—¿Qué ocurre?

—Estoy borracho —respondí.

Se apartó y yo aproveché para entrar en su apartamento. Vi un sofá cama, así que deduje que mi llamada la había despertado.

—¿Estás borracho?

—Estoy borracho —asentí—. Me tomé aceite de oliva y luego vino blanco, soda y whisky con hielo. La soda me revolvió el estómago y el hielo me lo agujereó.

—¿El hielo...?

—Me perforó el estómago. También encoge las arterias y las venas. La crema de menta provoca diabetes, así que no tomé. —Me saqué la corbata, la enrollé y la guardé en el bolsillo—. No sé para qué sirve el aceite de oliva —continué—, pero creo que no fue una buena idea.

—¿Qué estás haciendo?

—Me desvisto —respondí—. ¿Qué crees que estoy haciendo? He averiguado muchas cosas acerca de Crystal. Espero que mañana por la mañana me acuerde de todo, porque ahora soy incapaz de pensar en nada.

—Te estás quitando los pantalones.

—Por supuesto. ¡Vaya! Primero tengo que quitarme los zapatos. Normalmente lo hago por orden, pero no me siento bien. El vino está hecho de uvas y envenena la

sangre. El brandy está destilado y por eso está purificado.

—Bernie, los zapatos...

—Ya lo sé... Hay un poli en mi casa y algo mucho peor en mi zapato. Todo esto ya lo sé.

—Bernie...

Me metí en la cama. Sólo había una almohada. La cogí, apoyé la cabeza encima, me cubrí con las mantas hasta la cabeza, cerré los ojos y perdí el mundo de vista.

Después de seis o siete horas de sueño, de la cuarta aspirina y la tercera taza de café, la niebla empezó a disiparse. Miré a Jillian, que estaba sentada en una silla tomando una taza de café.

—Lo siento —dije por enésima vez.

—No te preocupes, Bernie.

—Siento haber irrumpido en tu casa en ese estado para meterme en tu cama. ¿Qué tiene eso de divertido?

—Parece que estás hablando de una violación. Bebiste demasiado y necesitabas un sitio donde dormir, eso es todo.

—Podría haber ido a un hotel. Si hubiese estado lo bastante lúcido para pensar en ello.

—Quizá no habrían querido alquilarte una habitación.

Bajé la mirada.

—Debo de haber sido un desastre.

—Bueno, no estabas en tu mejor momento. Por cierto, te he limpiado el zapato.

—Dios mío, debo disculparme por eso. ¿Por qué demonios la gente tiene perros en una ciudad?

—Para que no entren ladrones en su casa.

—Es una buena razón. —Bebí más café y busqué un cigarrillo en el bolsillo de mi chaqueta. Dejé de fumar hace unos años, pero de vez en cuando recurro a la cajetilla que guardo en la chaqueta—. Dime: ¿dónde has dormido esta noche?

—En la silla.

—De veras lo siento.

—Bernie, deja ya de disculparte —dijo ella sonriendo.

Aunque había dormido en una silla, tenía un aspecto inmejorable. Llevaba unos vaqueros y una camiseta azul. Estaba estupenda. Yo llevaba el traje de la noche anterior.

—Cuando llegaste, dijiste que averiguaste algo sobre Crystal.

—Sí.

—Pero dijiste que no te acordabas de nada.

—¿Eso dije?

—Sí. Quizá estabas demasiado cansado para pensar. ¿Te acuerdas ahora?

Necesité unos minutos de concentración antes de responder.

—Tres hombres... Obtuve gran parte de la información a través de una mujer llamada Frankie, que sin duda era una buena compañera de bebida de Crystal. Cuando la encontré, ya estaba borracha, y siguió estándolo durante toda la noche, aunque creo que sabía muy bien qué decía. Según ella, a Crystal le gustaba pasarlo

bien. Todo cuando buscaba en la vida era un par de copas y un par de carcajadas, además del siempre deseado amor verdadero.

—Más un millón de dólares en joyas.

—Frankie no habló de joyas. Tal vez Crystal no las lucía cuando salía de copas. De todos modos, por lo que me contó, deduje que Crystal no tenía por costumbre ligarse a desconocidos. Frecuentaba los bares para divertirse y charlar con los amigos. De vez en cuando se llevaba a un desconocido a casa, pero por lo general solía acostarse con los mismos.

—¿Y uno de ellos la mató?

Me encogí de hombros.

—Parece razonable. En cualquier caso, sabemos que había tres hombres en su vida. —Cogí el *Daily News* y releí la historia que ya conocíamos. El médico forense había dictaminado lo que yo ya sabía—. Alguien mantuvo relaciones sexuales con ella la misma noche en que fue asesinada. Podría ser el asesino. Eso ocurrió a primera hora de la noche, así que es poco probable que primero la mataran y que luego ella se acostara con alguien.

—Bernie, según Craig, era una fulana.

—Pero Craig tenía prejuicios. Le pagaba una pensión.

—Es cierto. ¿Sabes quiénes son esos tres hombres?

—Ahí está el problema. No fue fácil interrogar a Frankie, pues no quería que sospechara de mí. A medida que avanzaba la noche, cada vez estaba menos capacitado para hacer de detective. Además, no estoy seguro de que Frankie sepa mucho sobre los amantes de Crystal. Creo que dos de ellos están casados.

—Casi todo el mundo lo está.

—¿De verdad? Creía que todo el mundo estaba divorciado. Pero dos de los tres novios de Crystal están casados. —«Incluido (pensé) el que estuvo retozando con ella mientras yo estaba en el armario»—. Uno de ellos es abogado. Frankie se refirió a él como el «sabueso legal» cuando no le llamaba Snoopy. Creo que su nombre de pila es John.

—¿Estás seguro?

—Sí. Frankie le imitó, en un par de ocasiones, al estilo Ed MacMahon: «Y ahora, ¡he aquí a Johnny!».

—Un abogado casado llamado Johnny...

—Así es.

—Esto reduce las posibilidades.

—En cuanto al amante casado número dos, es aún más fácil seguirle la pista; se trata de un pintor y su nombre es Grabow.

—¿Te refieres al apellido?

—Supongo que sí. Ignoro su nombre de pila. Frankie no dio demasiados detalles

acerca de Grabow.

—Tengo la impresión de que te dio pocos detalles de todo.

—Bueno, tienes razón, pero creo que ella no conoció a Grabow. Al sabueso legal sí lo conoció porque Crystal solía beber con él en los bares. Tengo la impresión de que Frankie lo encontraba divertido, aunque no sé si se reía con o de él. Creo que lo único que sabía de Grabow era lo que le había contado Crystal, y tuvo que ser poco.

—¿Y qué hay del tercero?

—Muy fácil, tal vez porque no está casado, o por lo menos yo no creo que lo esté, lo cual significa que no tiene nada que esconder. En fin, Frankie le conoce. Se llama Knobby y es el camarero del Spyder's Parlor. Ese fue uno de los bares donde estuve ayer.

—Así pues, ¿le conociste?

—No. Fuimos allí a buscarlo, pero se había cambiado el turno con Lloyd.

—¿Quién es Lloyd?

—El camarero que estaba ayer en el Spyder's Parlor. Te diré una cosa: hace unas mezclas horribles. No sé cuál es su apellido. Y ahora que pienso en ello, tampoco sé cuál es el apellido de Frankie ni el de los demás. Supongo que será fácil encontrar a Knobby, por lo menos mientras siga trabajando allí.

—Me pregunto por qué no trabajó ayer por la noche.

—Supongo que los camareros se cambian a menudo el turno. Quizá quería ver algo en la televisión. O tal vez tuviera que quitarse la sangre de Crystal de su camiseta uniforme del Spyder's Parlor. De todos modos, lo dudo, pues no había sangre.

—¿Y tú cómo lo sabes, Bernie?

—La apuñalaron en el corazón —dije—, así que dudo que saliera mucha sangre.

—¿De veras?

—Esto es todo de cuanto disponemos. El sabueso legal, Grabow, el artista y Knobby el camarero. Creo que de momento tendremos que centrar nuestra investigación en los tres.

—¿Cómo?

—Bueno, pues averiguando quiénes son. Sería un buen comienzo.

—¿Y luego qué?

Luego sabría quién tenía las joyas, pero eso no se lo podía decir a Jillian. Ella no sabía nada de mi maletín de ante lleno de joyas, ni tampoco que B. B. Rhodenbarr había estado en el escenario del crimen en el momento de cometerse.

—Luego —dije—, veremos si alguno de ellos tenía razones para asesinar a Crystal, y si tenían algún vínculo con Craig, pues el asesino no usó por casualidad un escalpelo dental. Si resulta que Grabow lleva una dentadura postiza que le hizo Craig... Lo siento. Me estás viendo en mi peor momento, Jillian: ayer borracho y esta

mañana resacoso. Te juro que mi cerebro no funciona siempre así. Aunque lo tenga pequeño, me ha sacado de muchos apuros a lo largo de la vida.

—¿De qué estás hablando?

—De tus archivos. Es decir de los de Craig. Knobby y Grabow y el sabueso... ¿Verdad que Craig tiene archivados a todos sus pacientes? A menos que Frankie se equivocara con el apellido, será muy fácil dar con Grabow si ha sido paciente de Craig. No lo tendremos tan fácil con Knobby hasta que no sepamos su verdadero nombre, y luego tú podrás ver si existe alguna conexión entre él y Craig. En cuanto a Johnny el abogado, en fin, con él tenemos un problema. Supongo que no tendrás a los pacientes clasificados por profesiones.

Negó con la cabeza y dijo:

—En la ficha hay un espacio en blanco para la dirección del trabajo y el nombre del jefe, pero los que trabajan por cuenta propia normalmente no especifican cuál es su empleo. Pero ya sé qué puedo hacer.

—¿Qué?

—Puedo confeccionar una lista de todos los clientes con el mismo nombre y descartar los que no trabajan por cuenta propia; los nombres que queden los compararé con los nombres de abogados que salen en la guía. Ya sé que allí no figuran todos los abogados, e incluso imagino que la gran mayoría no están. Pero ¿no crees que puede valer la pena?

—Me parece una idea magnífica, aunque también mucho trabajo.

—Lo sé.

—Pero alguna vez ocurre que alguien se mete dentro de un pajar y sale con una aguja. Si no te importa invertir el tiempo en eso...

—No tengo nada más que hacer. Y al menos sentiré que estoy haciendo algo útil.

—Estás encubriendo a un fugitivo —dije—. Eso ya es algo.

—¿De veras crees que eres un fugitivo? Que reconocieras a un policía en tu casa no significa que te estuviera esperando. Tal vez buscaba a otro inquilino.

—A la señora Hesch... Quizá iba a arrestarla por fumar dentro del ascensor.

—Pero no era ninguno de los policías que vinieron el otro día, Bernie. ¿Por qué ese tendría que buscarte a ti? Lo entendería si se tratara de... he olvidado los nombres.

—Todras y Nyswander. Todras era el bloque de granito con la sonrisa amenazadora. Nyswander era Wilbur *la Comadreja*.

—Bueno, pues si te buscaran ellos, entonces podrías preocuparte. Pero no creo que...

El timbre sonó varias veces.

—Llegué aquí alrededor de la una. Hace una hora que me marché. No estás enterada de que yo sea ladrón. Nunca te hablo de mi trabajo y no hace mucho que

salimos juntos. Has estado viendo a otros hombres aparte de mí, pero a mí no me lo has contado.

—Bernie, yo...

—Escucha bien antes de abrir la puerta: están abajo y no creo que se les ocurra derribar la puerta. Eres la novia de Craig; puede incluso que sea una buena idea que se lo cuentes. Pero te gusta jugar con los hombres, así que ni yo ni Craig sabemos que te ves con el otro. Y ahora será mejor que respondas. Tendré tiempo de salir antes de que consigan subir los tres tramos de escaleras.

Jillian se dirigió hacia la pared y descolgó el auricular.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Policía.

Me miró. Yo asentí y Jillian pulsó el botón. Me dirigí a la puerta, la abrí y antes de salir le dije:

—Es oficial; has estado encubriendo a un fugitivo, pero como no lo sabías, no tienes la culpa de nada. A mí nadie me dijo que me buscaban. Mentí a los policías acerca de mi trabajo, pero no es de extrañar, pues no quería que tú te enteraras. Creo que no nos ocurrirá nada. Me pondré en contacto contigo más tarde, aquí o en la consulta. No olvides comprobar los archivos.

—Bernie...

—No tenemos tiempo —dije mientras le enviaba un beso con la mano; luego salí corriendo.

Tuve tiempo suficiente para subir un tramo de escalera mientras Todras y Nyswander subían tres. Me detuve en el último escalón y les escuché. Llamaron a la puerta de Jillian. Entraron. Les di un minuto para que se acomodaran y luego descendí un tramo y me quedé de pie escuchando detrás de la puerta. Oí voces, pero no pude discernir de qué hablaban. Eran dos, lo deduje por las pisadas mientras subían, así que decidí no esperar a que uno de ellos se pusiera nervioso y abriera la puerta. Bajé tres tramos más de escaleras, me saqué la corbata del bolsillo y cuando iba a colocármela descubrí que estaba arrugada.

Me pareció que hacía más sol de lo normal. Cerré los ojos y oí una voz que decía:

—Pero si es mi viejo amigo Bernie.

Ray Kirschmann, el mejor policía que el dinero puede comprar, estaba de pie con el trasero apoyado contra el parachoques de un coche de policía. Tenía una sonrisa perezosa en la cara, una sonrisa de autosatisfacción repelente.

—Vaya, Ray, cuánto tiempo sin verte.

—Hace siglos, ¿verdad? —Abrió la puerta trasera y señaló el asiento—. Sube. Hace una mañana espléndida para dar una vuelta. No vale la pena estar encerrado. Sube, Bern.

Subí.

En todas las manzanas de Nueva York hay varias bocas de incendio a lo largo de la acera. Fueron instaladas para que la policía no tuviera que rodear la manzana para encontrar aparcamiento. Ray había estacionado el coche en una de estas bocas y antes de arrancar me dijo que acababa de perder la oportunidad de conocer a dos amigos suyos.

—Un par de tipos de paisano —dijo—. De hecho, hoy voy de uniforme por casualidad. Debe de haber sido cuestión de segundos. Quizá mientras ellos subían por el ascensor, tú bajabas por las escaleras.

—No hay ascensor.

—¿De veras? Entonces ha sido mala suerte que no te cruzaras con ellos, Bernie. Pero creo que los conociste ayer. Hoy no te han encontrado y cuando bajen, verán que me he largado. No creo que les importe. Verás, han venido por cuenta propia y yo he venido después y he tenido la impresión de que querían que me largara. Coges a un agente, le pones el uniforme de trabajo y este se comporta de una manera determinada, ya sabes a qué me refiero... De repente, cree que es un miembro de la raza humana en vez de un bípedo normal y corriente. ¿Quieres un cigarrillo, Bernie?

—Hace años que dejé de fumar.

—Mejor para ti. Eso sí es tener firmeza de carácter. Yo lo dejaría si tuviese suficiente voluntad. ¿Qué es toda esa mierda de que tu tía daba clases en una escuela del Bronx?

—Bueno, ya sabes cómo funcionan las cosas, Ray.

—Tienes razón. Sé de sobra cómo funcionan...

—Intentaba impresionar a la chica. No hace mucho que la conozco y uno de esos agentes reconoció mi nombre y no quise que ella se enterara de mi pasado criminal.

—Un pasado criminal...

—Así es.

—Pero eso es agua pasada. Ahora eres Stanley *manos limpias*.

—Sí.

—En efecto —asintió y dio una calada a su cigarrillo.

Bajé la ventanilla para que el humo saliera y entrara un poco de aire fresco.

—¿Por qué te has liado con la empleada de Sheldrake?

—Es mi dentista...

—Yo también tengo dentista. Dicen que hay que ir dos veces al año. ¡Demasiado para mí! Pero no me dedico a pasear por su consulta ni a ligarme a su enfermera.

—Para tu información, es higienista...

—¿Qué importa? Por cierto, ¿te gusta el boxeo, Bernie?

—Voy al Garden cuando puedo.

—En otra época, esta ciudad fue un verdadero santuario del boxeo. ¿Recuerdas los torneos del miércoles en el St. Nick's Arena? ¿Qué me dices de los del Sunnyside Garden? ¿Fuiste alguna vez?

—Creo que asistí a un par de veladas. Pero de eso ya hace unos años...

—¡Siglos! Me encantó que mostraras a Todras y Nyswander la entrada. ¡Qué casualidad que la llevaras encima!

—Llevaba la misma chaqueta.

—Lo sé. Yo en tu lugar habría guardado la entrada en otra chaqueta y los habría conducido hasta mi apartamento para que presenciaran cómo rebuscaba en los bolsillos de todas las chaquetas hasta dar con ella. Esa sí sería una buena coartada. Por lo menos no es tan obvia, ¿comprendes?

—Estás muy equivocado, Ray, no era ninguna coartada. Es cierto que estuve en el Garden aquella noche.

—Pero si resulta que de vuelta a casa pasaste por allí y cogiste una entrada del suelo por casualidad, entonces el asunto se pondría interesante, ¿no crees? Eso significaría que buscabas una coartada antes de que nadie supiera que la necesitabas, lo que implicaría que sabías de antemano que la esposa de Sheldrake sería asesinada.

—¡Fantástico! —exclamé—. Ahora resulta que es peor tener una coartada que no tenerla.

—No me malinterpretes, Bernie, pero cuando llevas tiempo trabajando en el departamento, acabas siendo muy desconfiado. Se pierde la costumbre de valorar las cosas por lo que son. Lo único que hiciste fue coger una entrada y ahora parece que quiero acusarte de un crimen.

—Pensaba que el caso estaba cerrado, que la policía estaba segura de que el marido era el asesino.

—¿Te refieres al homicidio? Sí, creo que eso dicen. Un hombre asesina a su exesposa y rubrica su crimen dejando en el pecho de la víctima un escalpelo. Si este caso fuera mío, pondría en duda tu coartada; es demasiado obvia... Pero no lo es. Además, un vulgar agente como yo, ¿qué puede saber de homicidios? Para alcanzar ese nivel, tienes que ir elegantemente vestido, así que me mantengo al margen y me ocupo de mis asuntos.

—¿Cuáles son exactamente tus asuntos, Ray?

—Buena pregunta. —En aquel momento cambió el semáforo y Ray giró el volante a la derecha—. Seré franco, si después de tantos años de estar en el departamento sigo llevando uniforme, es porque nunca he sido un tipo sutil. Mi problema es que enseguida me doy cuenta de lo obvio. Por ejemplo, si alguien tiene una entrada en el bolsillo, lo primero que pienso es en una coartada. Además, si el tipo en cuestión se ha pasado toda la vida asaltando casas, no puedo evitar pensar en un robo. Tenemos a un ladrón que se las ingenió para buscar una coartada, que a la

mañana siguiente se encontraba en la consulta de un dentista que asesinó a su esposa, y que al día siguiente sale de puntillas del dormitorio de la enfermera del dentista. No sé qué pensarán los elegantes chicos del departamento, pero el viejo Ray lo tiene muy claro.

Una camioneta estacionada en medio de la calle había provocado un atasco y algunos conductores empezaron a tocar el claxon para desahogarse; sin embargo Ray no parecía tener prisa.

—No estoy seguro de saber adónde quieres llegar —dije.

—Vamos, Bernie. Estamos en medio de un atasco, tú y yo solos, así que dejémonos de tonterías. Supongo que pensaste que la señora de Sheldrake era una buena presa. Seguramente aguzaste el oído mientras te empastaban un diente, o tal vez la enfermera con la que tienes un romance te puso al corriente. ¡Qué más da...!, lo cierto es que decidiste acercarte hasta la calle Gramercy, abrir un par de cerraduras y ver qué podías llevarte. Ignoro si todavía estabas en el piso cuando llegó Sheldrake. Sin embargo, ¿cómo podías saber que necesitarías una coartada? En mi opinión, llegaste allí, abriste la puerta y la encontraste muerta. Te tomaste unos minutos para llenarte los bolsillos de joyas y luego saliste corriendo. De vuelta a casa, pasaste por el Garden y recogiste una entrada del suelo. A la mañana siguiente lo primero que hiciste fue ir a la consulta de Sheldrake para averiguar qué había ocurrido y asegurarte de que tu nombre no figuraba en el caso.

—¿Qué te hace pensar que robaron algo?

—La víctima tenía más joyas en su casa que cualquier joyería Cartier. En el apartamento no quedan más que los regalos que salen en las cajas de Cracker Jack. Imagino que las joyas no salieron solas del piso.

—Quizá las guardaba en la caja fuerte de un banco.

—Es posible, pero no todas.

—¿Has pensado en Sheldrake?

—Ya. Se acordaría de revolver el apartamento para encontrar las joyas, pero curiosamente se olvidaría del escalpelo. No creo que fuera él.

—Pues tal vez se las llevara la policía.

—¿Los agentes encargados de la investigación? Me sorprendes, Bernie. ¿De veras crees que los agentes de la brigada de homicidios se molestarían en robar a la difunta?

—Dicen que ha ocurrido algunas veces.

—¿Bromeas?, eso es imposible, el vecino de abajo estaba presente cuando entraron en el apartamento. Nadie roba delante de testigos. Me sorprende que no lo sepas.

—A mí me sorprende que no sepas que nadie comete un robo si para conseguir el botín tiene que pisar un cadáver.

—Es posible...

—Más que posible, diría que es obvio.

Ray meneó la cabeza.

—Tienes las agallas de un ladrón, Bernie. Recuerdo la frialdad que mostraste cuando ese cerdo de Loren Kramer y yo encontramos un cadáver en aquel apartamento de la calle 60 Este, fingiste no saber nada...

—Si lo hice fue porque ignoraba por completo que hubiera un cadáver en el dormitorio.

Ray se encogió de hombros y dijo:

—¡Qué importa...! Insisto, tienes las agallas de un ladrón, de nada sirven las apuestas. De lo contrario, ¿por qué querrías tener una coartada?

—Quizá sea cierto que fui al Garden, Ray. ¿Has pensado en esa posibilidad?

—Lo cierto es que no.

—Tal vez me haya procurado una coartada..., pero te aseguro que estuve en el Garden...

Ray asintió con la cabeza y esbozó una sonrisa escéptica.

—Quizá estuviera trabajando en otro asunto. No me entusiasman las joyas, cada vez es más difícil venderlas. Quizá aquella noche robé una colección de monedas y me procuré una coartada porque siempre que se comete un robo de este tipo la policía llama a mi puerta.

—Que yo sepa, aquella noche no se denunció el robo de ninguna colección de monedas.

—Es posible que el propietario se hallara fuera de la ciudad y todavía no las haya echado en falta...

—O que robaras la hucha de un niño que todavía está llorando...

—Muy ingenioso.

—¿A quién pretendes engañar, Bernie? Estoy seguro de que tienes las joyas de la esposa de Shel Drake.

—Te equivocas.

—Es lógico que lo niegues, pero eso no implica que deba creerte.

—Estoy diciendo la verdad.

—¡Por supuesto! —exclamó Ray con incredulidad—. Pasaste la noche con la enfermera de Shel Drake porque no tenías un sitio mejor donde ir. Te creo, Bernie, precisamente por eso todavía llevo el uniforme azul.

No respondí y él guardó silencio. Durante un buen rato seguimos recorriendo las calles de Manhattan sin rumbo fijo, hasta que finalmente me decidí a hablar.

—¿Ray?

—¿Sí, Bern?

—¿Quieres algo?

—Siempre quiero algo. Por ejemplo ese libro tan comentado en el *Post*, *Esperando al número uno*, un libro que invita a la gente a ser egoístas. ¡Los demás que se jodan! Me resulta increíble que alguien tenga que leer un libro para conocer algo que se aprende por experiencia.

—¿Qué quieres, Ray? —insistí.

—¿Un cigarrillo, Bern? Maldita sea, tú no fumas. ¿Te importa? —preguntó mientras encendía uno.

—Podré soportarlo.

—Esas joyas —dijo—, las joyas de Sheldrake que te llevaste del apartamento...

—No me las llevé.

—Bueno, supongamos que lo hiciste, ¿vale?

—De acuerdo.

—En fin, yo jamás he sido avaro, Bern. Lo único que quiero es la mitad del botín.

El Spyder's Parlor estaba oscuro y vacío. Las sillas estaban colocadas encima de las mesas y los taburetes sobre la barra, en posición invertida. Un cartel en la ventana indicaba que abrían a mediodía durante la semana, pero era sábado, por lo que estaría cerrado hasta media tarde.

«Grabow, Grabow, Grabow», repetí mentalmente. En el vestíbulo de un hotel consulté la guía telefónica y descubrí ocho Grabows, más dos escritos sin la última letra. Pedí que me cambiaran un billete por monedas y llamé a los diez números. De los diez, seis no contestaron. Los cuatro restantes no sabían nada de un artista llamado Grabow. Una señora dijo que el hermano de su marido era pintor de paredes, pero que vivía en Orchard Park.

—Es un suburbio de Buffalo —dijo—. De todos modos, no ha cambiado de nombre, todavía se llama Grabowski. Supongo que no le servirá de mucho.

Le respondí que no, pero que se lo agradecía de todos modos. Estaba a punto de abandonar el hotel cuando se me ocurrió una idea; regresé a la guía telefónica y empecé a llamar a todos los Grabowski. Habría sido una brillante idea si hubiese funcionado, pero naturalmente no funcionó y por ello gasté inútilmente un montón de monedas. Llamé a los diecisiete Grabowski que figuraban en la guía y contestaron algunos, tal vez catorce o quince, y naturalmente ninguno de ellos pintaba nada, ni pinturas ni paredes, ni tampoco ninguno jamás había coloreado un cuaderno para pintar, ni nada parecido. Así terminó ese particular callejón sin salida.

El banco más cercano se hallaba en la acera este de la Tercera Avenida. Compré un cartucho de monedas de diez centavos —todavía te dan cincuenta por cinco dólares, es una de las pocas gangas que quedan—, y me las llevé a otro vestíbulo de hotel. Por el camino encontré varias cabinas telefónicas, pero en el interior ya no hay guías. Llamé al Spyder's Parlor para asegurarme de que todavía estaba cerrado. Luego empecé a mirar en el apartado de abogados. No sé exactamente qué esperaba encontrar. Había dieciocho páginas de abogados y muchos de ellos se llamaban John, pero ¿y qué? No tenía motivos suficientes para llamar a ninguno. Hojeé la lista de nombres en espera de encontrar algo que me sorprendiera y una empresa llamada Carson, Kidder y Diehl me llevó a consultar la letra V. Llamé a Carson Verill, el abogado de Craig, y conseguí hablar con él. No sabía nada de Errol Blankenship y me preguntó quién era yo y qué quería. Le dije que era un dentista y amigo personal de Craig. No me importó tener que inventarme un nombre, aunque Carson no pareció darle demasiada importancia.

Llamé a Errol Blankenship. Me dijeron que había salido, pero que podía dejar mi nombre y número de teléfono.

«Grabow, Grabow, Grabow...». La lista de artistas ocupaba un par de páginas. No

había ningún Grabow. Lo busqué por galerías de arte, quizá era propietario de una. De ser así, le había puesto un nombre distinto a Grabow.

Invertí una moneda para llamar a la galería Espalda Estrecha, en la calle West Broadway del Soho. Una mujer con voz áspera respondió a la llamada justo cuando iba a colgar para probar suerte en otro sitio.

—Tal vez pueda ayudarme. Hace un mes vi un cuadro que me quedó grabado en la memoria. El problema es que no sé nada del artista.

—Entiendo. Un momento, que enciendo un cigarrillo. Ya está. Veamos: ¿vio usted el cuadro en nuestra galería?

—No.

—¿Ah, no? ¿Dónde lo vio?

—En el apartamento de un amigo. Parece ser que lo compró el año pasado en la Feria de arte al aire libre de Washington Square. Quizá no lo comprara allí, no lo sé.

—Entiendo.

Me sorprendió que me comprendiera.

—Sólo me acuerdo del nombre del artista —continué—. Se trata de un tal Grabow.

—¿Grabow?

—Grabow —repetí y luego se lo deletreé.

—¿Se trata del nombre o del apellido?

—Así venía firmado el cuadro —dije—. Imagino que será su apellido.

—¿Y usted quiere encontrarlo?

—Así es. No soy un experto en arte...

—Pero seguro que sabe lo que le gusta.

—A veces. No todos los cuadros que veo me gustan, pero ese me gustó mucho. Lo cierto es que no he podido olvidarme de él. Los propietarios dicen que no quieren venderlo, así que se me ha ocurrido que tal vez podría contactar con el artista para ver otros cuadros. La verdad es que no sé cómo contactar con él. No figura en la guía telefónica y estoy perdido.

—Por eso ha llamado aquí.

—Así es.

—Ojalá hubiese podido esperar hasta más tarde. No, no se excuse, no es que no pueda atenderle. ¿Se dedica a llamar a todas las galerías de arte de la ciudad? Por lo menos debe de tener acciones de la compañía telefónica.

—No, yo...

—O tal vez es rico. ¿Es usted rico?

—No precisamente.

—Porque si es usted rico, le puedo mostrar infinidad de cuadros aunque no los haya pintado el señor Grabow. ¿Por qué no se pasa por aquí y ve lo que tenemos?

—Ya.

—Porque me temo que no tenemos ningún Grabow. Tenemos una inmensa selección de óleos y acrílicos de Denise Raphaelson. También dibujos de la misma autora. Seguramente no habrá oído hablar de ella.

—Bueno, yo...

—Sin embargo, está usted hablando con ella. ¿Impresionado?

—Pues sí.

—¿De verdad? No sé de qué. Creo que nunca he oído hablar de un pintor llamado Grabow. ¿Tiene idea de la cantidad de artistas que hay en esta ciudad? ¿Está llamando a todas las galerías de arte?

—No —respondí, y antes de que me interrumpiera añadí—: De hecho, es la primera a la que llamo.

—¿De veras? ¿A qué se debe el honor?

—Me gustó el nombre. Galería Espalda Estrecha.

—Lo escogí por la forma del local: se va estrechando a medida que se avanza hacia la parte trasera. Empezaba a reprocharme no haberle puesto Galería Denise Raphaelson. Eso sería publicidad gratuita, pero después de su llamada creo que ha valido la pena. ¿Cuál es el estilo pictórico de ese Grabow?

¿Cómo demonios iba a saberlo?

—Moderno —respondí.

—¡Menuda sorpresa! Pensé que se trataba de un maestro holandés del siglo XVI.

—Bueno, abstracto. Una especie de geométrico.

—¿Estilo duro?

¿Qué demonios significaba eso?

—Eso es.

—Dios santo, eso es lo que todo el mundo hace ahora. No me pregunte por qué. ¿De verdad le gusta ese estilo? Quiero decir que una vez se han captado las formas y los colores, ¿qué queda? En mi opinión, es un tipo de arte para salas de espera, ¿comprende?

—No —respondí, perplejo.

—Quiero decir que un cuadro así puede colgarse en una sala de espera o un vestíbulo, y no va a ofender a nadie; hace juego con la decoración y alegra a todo el mundo, pero en el fondo ¿qué es? No me quejo de que no sea figurativo; mi pregunta hace referencia a la artisticidad. Para colgarlo en una sala de espera de un dentista es sensacional, y si usted es dentista, entonces me callo. ¿Es usted dentista?

—Por Dios, no.

—Parece que odie a los dentistas. Quizá se dedica a romper los dientes a la gente. Esta mañana estoy idiota.

—Lo siento.

—En fin, creo que lo mejor para encontrar a ese Grabow es ponerse en contacto con el Gremio de Artistas Gotham; aunque, de todos modos, mi opinión es que no debería molestarse. Lo que debería hacer es comprarse un cuadro de la inigualable Denise Raphaelson. En fin, en la sede del Gremio podrá consultar todo cuanto necesite; tienen diapositivas de las obras de los artistas y además están por orden alfabético según los nombres de los artistas. También le informarán de qué galería expone la obra de un determinado artista y de cómo ponerse en contacto directo con él en el caso de que no esté vinculado a ninguna galería. Creo que se encuentra más o menos en la calle 50 Este. Gremio de Artistas Gotham...

—Creo que te amo.

—¿Lo dice en serio? Lo único que sé de usted es que no es dentista, lo cual es un punto a su favor, para serle sincera. Apuesto a que está casado.

—Apuesto a que te equivocas.

—¿De verdad? ¿Vive con alguien?

—No.

—Pesa setenta kilos, mide metro ochenta y tiene verrugas.

—Te equivocas con las verrugas.

—Mejor, porque me dan asco. ¿Cómo se llama?

¿Había posibilidad alguna de que la policía interrogara a esa señora? Francamente, no.

—Bernie —respondí—. Bernie Rhodenbarr.

—Por Dios, si me casara con usted, continuaría teniendo las mismas iniciales y podría seguir llevando mis blusas bordadas. Sin embargo, no nos conoceremos jamás. Habremos compartido este mágico momento en el teléfono, pero jamás nos veremos las caras. Es triste, pero a la vez perfecto. Me ha dicho que me amaba y eso es lo mejor que me ha ocurrido desde ayer. Gremio de Artistas Gotham, ¿lo ha apuntado?

—Sí. Adiós, Denise.

—Adiós, Bernie. Mantén el contacto, querido.

El Gremio de Artistas Gotham estaba situado en la calle 54 Este, entre Park y Madison. Por teléfono me dijeron que debía personarme allí, así que tomé un autobús en esa dirección y luego anduve unos metros hasta llegar a la oficina. Estaba dos pisos más arriba de un restaurante japonés.

Gracias al previo ensayo con Denise Raphaelson, no vacilé en contar la misma historia al joven de mirada solemne que me atendió.

Me trajo media docena de diapositivas y un proyector.

—Este es el único Grabow que tenemos —dijo—. Mire a ver si hay algún cuadro que se parezca al que usted recuerda.

Las pinturas no se parecían en nada a la descripción que le había dado a Denise; incluso me atrevería a decir que el estilo del que habíamos estado hablando no había

existido jamás. La obra de Grabow se componía de manchas de color amorfas aplicadas según un criterio que sin duda debía de ser significativo para el artista. No era el estilo que a mí me gustaba; de todos modos, fui consciente de que tal vez esos cuadros, vistos a tamaño natural, conseguirían impresionarme.

—Grabow —dije con tono de convencimiento—. El cuadro que vi era como estos. Estoy seguro de que se trata del mismo artista.

No conseguí ningún número de teléfono ni ninguna dirección. Cuando un artista es representado por una galería, eso es todo lo que te dicen, y a Walter Ignatius Grabow le representaba la galería Koltnow, de la calle Green. Se hallaba también en el Soho, posiblemente a dos pasos de la de Denise Raphaelson. O tal vez, menos que eso; mis conocimientos geográficos de esa zona de la ciudad son muy limitados.

Encontré un teléfono público en el hotel Wedgeworth, de la calle 55 Park. Llamé a la galería Koltnow, pero nadie respondió. Llamé al apartamento de Jillian, pero nadie respondió. Llamé a la consulta de Craig pero... Llamé al 411 y le pregunté a la operadora si figuraba en la guía de Manhattan un tal Walter Ignatius Grabow. Me dijo que no. Pensé en volver a llamar a Denise para decirle que había conseguido dar con Grabow y para darle las gracias por su consejo, pero me reprimí. Volví a llamar a la Koltnow, a Jillian y a la consulta de Craig, pero no ocurrió nada. Nadie estaba en casa. Marqué el número de mi casa y comprobé que yo tampoco estaba en casa. Todo el mundo estaba almorzando.

Ray Kirschmann consideraba que tenía derecho a la mitad de las joyas de Crystal, pero yo todavía no las había robado. A pesar de haber estado muy cerca de la verdad, se había equivocado en sus deducciones. Todras y Nyswander sabían que la historia de mi tía era una mentira y que yo era un ladrón. No tenía ni idea de si sabían que había joyas en juego, ni tampoco podía adivinar qué le habrían preguntado a Jillian y qué les habría respondido ella. Tampoco sabía gran cosa de la situación de Craig. Probablemente seguía en la cárcel y, si Blankenship era un buen abogado, le habría aconsejado que mantuviera la boca cerrada. Pero ¿cuántos abogados hay que sean buenos? Craig podía empezar a cantar en cualquier momento la canción de Bernie *el Ladrón*; en ese caso, ¿en qué situación me quedaba yo? Entre yo y una acusación por homicidio había sólo una entrada del Garden, lo cual me pareció un escudo poco inexpugnable.

Empecé a caminar por las calles. Hacía un agradable día de otoño.

La niebla enturbiaba ligeramente el cielo, pero aun así el sol calentaba bastante y se respiraba aire fresco.

«Maldita sea —pensé—, ¿quién mató a esa mujer? ¿W. I. Grabow? ¿Knobby? ¿El abogado John? ¿Eran el asesino y el amante la misma persona? ¿El asesino la había matado porque estaba celoso del amante o por una razón totalmente distinta a esta? ¿Dónde encajaban las joyas en el rompecabezas? ¿Y Craig? ¿Y yo?».

El único lugar donde de momento encajaba era en cabinas telefónicas; cuando volví a llamar a la galería Koltnow, me contestó una mujer. Por el tono de voz, deduje que era mayor que Denise Raphaelson, y su conversación fue menos festiva. Le dije que sabía que representaban a Walter Grabow y que yo era un viejo amigo suyo y que quería ponerme en contacto con él.

—Antes teníamos cuadros suyos, aunque creo recordar que jamás vendimos ninguno. Intentaba reunir material de primera para hacer una exposición, pero no llegó a materializarse. ¿Cómo ha conseguido nuestro número?

—A través del Gremio de Artistas Gotham.

—Bien. ¿Todavía figuramos con el nombre de galería Wally? Me sorprende. Nunca llegó a afirmarse en el gusto del público, y luego se metió en el diseño y se interesó más que nada por las técnicas de impresión. Dejó de pintar, lo cual me pareció una tontería porque tenía una sensibilidad especial por el color y con eso del diseño se limitaba al dibujo preciso. ¿Usted también es artista?

—Sólo un viejo amigo.

—Entonces, lo que le cuento no le interesa. Querrá saber dónde puede encontrarle, ¿verdad? Espere un momento.

Esperé y, al cabo de unos minutos, la operadora me dijo que introdujera una moneda de cinco centavos. Introduje una moneda de diez centavos por la ranura y le dije que se quedara con el cambio. No me dio las gracias y acto seguido la mujer de la galería Koltnow leyó de un tirón un número de la calle King. No recordaba dónde estaba la calle King.

—¿Calle King?

—Perdone, no vive en esta zona, ¿verdad?

—Cierto.

—Bueno, pues la calle King está en el Soho, concretamente al sur de la calle Houston.

—Perfecto.

Acababa de acordarme dónde estaba la calle King, pero de todos modos me indicó los metros que debía tomar, lo cual no habría sido necesario.

—Esta es la última dirección que tengo de él —dijo—. No puedo garantizarle que todavía viva allí; de todos modos, nosotros continuamos enviándole invitaciones para las inauguraciones y no nos devuelven las cartas; así que si le escribe, la oficina de Correos se lo confirmará, pero...

Continuó así un rato más. Dijo que no tenía su número de teléfono, pero me aconsejó que lo consultara en la guía de teléfonos a menos, naturalmente, que ya lo hubiera hecho; de ser así, y de no encontrarle en la dirección de la calle King, entonces podía preguntar en el supermercado, lo cual a veces da buenos resultados.

Siguió, pues, con este tipo de consejos estúpidos que cualquier niño habría deducido por sí mismo.

La operadora volvió a cortar para pedir más dinero. Nunca están satisfechas. Iba a introducir otra moneda en la ranura cuando de repente volví en mí. Y colgué.

Todavía tenía la moneda en la mano. Me la metí en el bolsillo. Luego, sin saber muy bien lo que hacía, hice otra llamada. Marqué el número de Jillian y al oír una voz masculina respondí: «Lo siento, me he equivocado», y colgué. Fruncí el entrecejo, comprobé el número en la tarjeta que guardaba en la cartera, busqué otra moneda —aún me quedaban algunas— y volví a marcar el número.

—¿Diga?

Aquella voz me era familiar, pues durante años me había dicho «Abre un poco más, por favor...».

Era la voz de Craig Sheldrake.

—¿Sí? ¿Quién es?

«Somos los ladrones —pensé—. ¿Qué estás haciendo aquí?».

La calle King se extiende justo por debajo del extremo sur de Greenwich Village, y va en dirección oeste desde la calle Macdougall hasta el Hudson. El Soho es un distrito comercial que se ha convertido en refugio de artistas; de todos modos, donde vivía Grabow había sido siempre zona residencial. La mayor parte de la manzana estaba ocupada por edificios de piedra marrón de cuatro o cinco plantas. Me fijé en algunos edificios que antiguamente habían sido locales comerciales, y que ahora habían sido convertidos en estudios para artistas, lo cual me recordó que me hallaba al sur de la calle Houston.

El edificio de Grabow era uno de estos. Se hallaba a unos cuantos metros de la Sexta Avenida y era una estructura cuadrada de ladrillo rojo. Tenía cuatro plantas, pero la altura de los tejados lo alineaba con los edificios marrones de cinco plantas. En cada una de las plantas el edificio lucía ventanas industriales muy grandes que se extendían por todo lo ancho del edificio, una ventaja inigualable para artistas y exhibicionistas.

Una ventaja, también, para la verdadera jungla de plantas del segundo piso, una pared tropical ciertamente deslumbrante. Las plantas estaban embebiendo el sol de la tarde. El edificio estaba situado en la acera norte de la calle, así que las ventanas daban al sur, lo cual era probablemente fantástico para las plantas, pero menos deseable para los artistas, quienes suelen preferir la luz del norte. En la primera, tercera y última planta las cortinas evitaban que la luz del sol arrugara las obras maestras. O tal vez los inquilinos estaban durmiendo, o no estaban en casa, o estaban haciendo un pase de películas en super 8.

Abrí la puerta y accedí a un pequeño vestíbulo enfrente del cual había otra puerta; estaba cerrada. La cerradura me pareció bastante decente. A través del cristal de la puerta entreví un tramo de escalera, el ascensor y una puerta que supuestamente conducía a la planta baja. Supuse que esa puerta era una exigencia de las normas de seguridad, ya que la planta baja tenía su propia entrada desde la calle, supongo que desde los días en que había albergado una tienda. El inquilino recibía el correo a través de una ranura en la puerta delantera; en el vestíbulo donde yo me hallaba había sólo tres buzones, cada uno con un timbre debajo; en el del medio figuraba el nombre de Grabow. Nada especial, sólo un trozo de cinta con el nombre escrito en lápiz. Me bastó con eso.

Así que su estudio estaba en medio de los tres, lo cual implicaba que tendría que subir dos tramos de escalera. Decidí pulsar el timbre, pero vacilé unos instantes. Me habría gustado tener su número telefónico. Después de todo, aún me quedaban muchas monedas. De llamar antes por teléfono me aseguraría de poder entrar o no en el piso. Pero por otro lado, si le llamaba podía suceder cualquier cosa, como que me

respondiera su esposa, o Craig Sheldrake. Últimamente respondía a todos los teléfonos...

Decidí no pensar en eso. Durante todo el trayecto hasta el Soho había estado intentando no pensar ni en Craig ni en su sorprendente presencia en el apartamento de Jillian. Si empezaba a pensar en eso, empezaría a preguntarme por qué estaba allí en lugar de la cárcel y por qué razón dejaban en libertad bajo fianza a los presuntos homicidas, o por qué la policía había retirado los cargos contra Craig y a quién estarían buscando para reemplazarle.

Pulsé el timbre de Grabow. No ocurrió nada. Examiné detenidamente la cerradura y me toqué las herramientas que llevaba en el bolsillo del pantalón. La cerradura no me asustaba; el principal obstáculo era no tener la certeza de que el piso estuviera vacío. Grabow era un artista. Para empezar, los artistas tienen unos horarios muy raros, y este en concreto no salía en la guía de teléfonos, lo cual significaba que tal vez ni tuviera teléfono; quizá era un bastardo temperamental y si estaba durmiendo o trabajando quizá ni se molestara en responder a la llamada; y si yo irrumpía en su piso tal vez la interrupción le molestara tanto como a un oso en hibernación.

—¿Puedo ayudarte en algo?

No había oído que se abriera la puerta. Respiré hondo antes de volverme y me obligué a sonreír amablemente.

—Estoy buscando a una persona —respondí.

—¿A quién?

—Parece que no está en casa, así que...

—¿A quién buscas?

¿Por qué no me había fijado en los nombres de los demás inquilinos? De algún modo supe quién era ese hombre. Aunque no tenía ninguna razón lógica para suponer que ese espectro amenazante era Walter Ignatius en persona, habría apostado todas mis monedas a que lo era.

Era imponente. Tenía la frente ancha y el pelo rubio peinado hacia atrás. Tenía los pómulos salientes y las mejillas hundidas. Seguramente se había roto la nariz en alguna ocasión y me apiadé del pobre que se lo había hecho, pues Grabow parecía de los que saben cómo ajustar cuentas.

—Pues al señor Grabow —respondí—. Busco al señor Grabow.

—Soy yo.

Me lo imaginé atacando una tela o metiendo un pincel en un bote de pintura. Tenía unas manos enormes: un escalpelo dental habría desaparecido en ellas. Si ese hombre hubiese querido asesinar a Crystal, sus manos habrían sido más letales que cualquier arma que hubieran sostenido.

—Qué curioso, esperaba encontrarme con alguien mayor.

—Soy mayor de lo que parezco. ¿Qué quieres?

—¿Es usted el señor William C. Grabow?

Movió la cabeza con un gesto de negación.

—Walter. Walter I. Grabow.

—Qué raro —dije. Debería haber tenido una libreta donde mirar, un trozo de papel, algo. Saqué mi cartera y busqué la tarjeta de Jillian, aunque no se la mostré—. William C. Grabow —dije—. Tal vez se hayan equivocado.

Grabow no dijo nada.

—Estoy seguro de que se han equivocado —dije y volví a referirme a la tarjeta—. Usted tiene una hermana, ¿verdad señor Grabow?

—Tengo dos hermanas.

—Tenía una hermana que se llamaba Clara Grabow Ullrich y que vivía en Worcester, Massachusetts, y...

—No.

—¿Cómo dice?

—Te equivocas. Tengo dos hermanas, Rita y Florence. Rita es monja y Flo vive en California. ¿Quién es esta Clara?

—Bueno, Clara Grabow Ullrich está muerta; murió hace unos meses y...

Hizo un gesto con la mano como despidiendo a Clara Grabow para siempre.

—No me importa. Te has equivocado. Yo soy Walter I. y tú buscas a William.

—William C.

—Bueno, eso.

—Siento haberle molestado, señor Grabow.

Me encaminé hacia la puerta. Se apartó para dejarme pasar y luego asió el pomo de la puerta con la mano, y no la movió.

—Espera un momento —dijo.

—¿Qué ocurre?

¿Se habría acordado de repente esa mole de una hermana perdida? ¿Habría decidido reclamar sus derechos sobre un legado inexistente?

—Esta dirección —dijo.

—¿Cómo?

—¿De dónde has sacado esta dirección?

—Mi empresa me la ha proporcionado.

—¿Empresa? ¿Qué empresa?

—Carson, Kidder y Diehl.

—¿Y eso qué es?

—Un bufete de abogados.

—¿Eres abogado? Tú no eres abogado.

—No, soy un investigador privado. Trabajo para abogados.

—Esta dirección no figura en ningún sitio. ¿Cómo la obtuvieron?

—Existen guías urbanas, señor Grabow. Aunque no tenga teléfono, todos los inquilinos están...

—Estoy aquí de realquiler. No soy el inquilino y no figuro en ninguna guía —dijo con cara de pocos amigos.

—Ya.

—¿Cómo?

—El Gremio de Artistas Gotham.

—¿Te dieron ellos esta dirección?

—Así fue cómo la conseguí mi empresa. Acabo de acordarme. Figuraba en la lista del Gremio de Artistas Gotham.

—De eso hace muchos años —dijo con los ojos desorbitados—. De cuando pintaba. Entonces me dedicaba al color, grandes telas, tenía posibilidades, talento...

—Se despertó del ensueño—. ¿Trabajas para esta empresa y vienes aquí un sábado?

—Trabajo las horas que quiero, señor Grabow. No sigo la rutina de nueve a cinco.

—Entiendo.

—Bueno, pues si me disculpa, dejaré que continúe con sus asuntos.

Hice además de querer salir, pero Grabow no quitó la mano del pomo de la puerta.

—Señor Grabow...

—¿Quién coño eres?

¿Cómo me habría metido en un lío así? ¿Cómo saldría de él? Empecé a soltar el mismo discurso, balbuceando lo de que era un investigador privado, repitiendo el nombre de mi empresa; todo eso quedó en el aire como la niebla. Me inventé mi nombre, volví a consultar la tarjeta para ver si me inspiraba algo, y Grabow tendió la mano.

—Déjame ver eso.

La tarjeta no contenía nada de lo que acababa de inventarme. Todo cuanto contenía era la dirección y el número de teléfono de Jillian en una cara, y en la otra la cita de Jillian con Keith. Vi su enorme garra haciéndome señas.

Hice además de entregársela. Luego me detuve, emití un terrible gemido y me llevé la mano —tarjeta incluida— al pecho.

—¿Qué ocurre!

—¡Aire! —gruñí—. ¡Aire, me estoy muriendo!

—¿Qué demonios te...!

—¡El corazón!

—Veamos...

—¡Las pastillas!

—¿Pastillas? Yo no...

—¡Aire!

Abrió la puerta. Di un paso, medio doblado, tosiendo, luego otro, y finalmente me enderecé y eché a correr como un demonio.

Por suerte, Walter Ignatius Grabow no tenía por costumbre pasar las tardes corriendo por el parque Gramercy. Si me hubiese perseguido un corredor de fondo, no habría tenido ninguna posibilidad de escapar. Pero por lo visto, ni se molestó en intentarlo. Sólo oí cómo gritaba:

—¡Oye, tú, maldito seas!

Por desgracia, yo tampoco era un *jogger*, y cuando hube corrido un par de manzanas a tope estimulado por pura cobardía, tuve que detenerme y apoyarme contra una farola. El corazón me latía de manera poco sana y me faltaba el aire para respirar; no vi al viejo pintor por ninguna parte, lo cual significaba que estaba a salvo. Dos policías me buscaban por homicidio, otro policía quería la mitad de las joyas que yo no había robado, pero por lo menos no iba a morir en manos de un artista lunático, lo cual ya era mucho.

Cuando conseguí respirar con normalidad, me dirigí a un bar de la calle Spring. Ni el local ni los viejos con boina sentados bebiendo cerveza tenían nada de artístico. Ese establecimiento estaba abierto desde mucho antes de que el Soho renovara su imagen, así que el paso de los años le había otorgado una atmósfera acogedora y un olor casero compuesto a partes iguales por cerveza pasada, sanitarios en mal estado y perro mojado. Pedí una jarra de cerveza y me la bebí sin prisas. Dos caballeros sentados en sendos taburetes cerca de mí recordaban cuando con Bobby Thompson los Giants ganaron la copa de 1951. En aquella época el equipo se llamaba New York Giants y, según mis camaradas de bebida, eso había ocurrido antes de ayer.

Ralph Branca lanzó ese tiro, pero fue Bobby Thompson quien encajó el tanto. Siempre me he preguntado cómo se lo tomó Ralph Branca.

—Se convirtió en inmortal —dijo el otro—. No te acordarías de Ralph Branca si no fuera por ese lanzamiento.

—Continúa.

—No deberías.

—¿Olvidarme de Ralph Branca? Continúa...

Cuando terminé la cerveza, me dirigí al teléfono situado en la parte trasera y marqué el número de Jillian. Mientras sonaba, pensé en qué le diría a Craig si lo respondía. Pero nadie respondió. Recogí la moneda y llamé a información para que me dieran el número de Craig. Sonó tres veces antes de que Craig descolgara el auricular.

—Hola —dije—. Tengo dolor de muelas. Ponme con Jillian, ¿quieres?

Se produjo una larga y pensativa pausa. Luego Craig dijo:

—Oye, Bernie, eres un fresco.

—Fresco como una lechuga.

—Eres más que eso, Bern. ¿Desde dónde llamas? No, no me respondas; no quiero saberlo.

—¿No quieres la información?

—¿Quién se supone que eres?

—Peter Lorre. Ya sé que no está muy bien. Me sale mejor con Bogart, cariño, pero mi Peter Lorre es sencillamente un aficionado. Ponme con Jillian.

—No está aquí.

—¿Dónde está?

—Supongo que en casa. ¿Por qué tendría que saberlo?

—Estuviste en su casa hace un rato.

—¿Cómo lo...? Ah, eras tú el que se equivocó de número. Escucha, Bernie: creo que no deberíamos mantener esta conversación.

—Crees que la línea está intervenida, ¿verdad cariño?

—Por el amor de Dios, basta ya.

—No está tan mal.

—No quiero oírte más. He estado en la cárcel, la policía me ha dado la lata, mi vida ha sido difundida por la maldita prensa y mi exesposa está muerta y...

—Y todo esto es una pesadilla, ¿verdad?

—¿Qué?

—Rezabas para que Crystal muriera y ahora...

—¡Por Dios! ¿Cómo puedes hablar así?

—Tengo las agallas de un ladrón. En fin, ¿cuándo te han soltado?

—Hace un par de horas.

—¿Cómo lo consiguió Blankenship?

—Él no consiguió nada. Lo único que quería era que no me moviese de la silla. Me quedé quieto en la silla, pero lo habría tenido que estar aún mucho más mientras me afeitaban la cabeza y me colocaran los electrodos. Luego, habrían apretado el botón y me hubiese quedado quieto para siempre.

—Por supuesto.

—Con la suerte que tengo, seguro que volverá a ponerse de moda. Me deshice de Blankenship. Ese gilipollas jamás habría creído en mi inocencia. ¿Cómo iba a ayudarme si pensaba que soy culpable?

—Mi abogado me ha ayudado mucho todos estos años —dije—, y siempre ha pensado que soy culpable.

—Porque siempre lo has sido, ¿no es así?

—Bueno...

—Yo soy inocente, Bern. Me deshice de Blankenship y confié en mi abogado. No

es abogado criminalista, pero me conoce y conoce su trabajo; escuchó mi versión y me contó cómo había que hacerlo para suavizar a la policía, así que hoy a las diez de la mañana abrían la puerta de la celda y volvían a tratarme como a un ser humano. Ha sido un cambio sustancial, te lo aseguro. Estar encerrado en una celda no ha sido nada divertido.

—Dime, ¿qué les has dado?

—¿A quién?

—A los polis. ¿Qué les has dicho para que te suelten del anzuelo?

—Nada importante. Sólo les he hablado con franqueza, eso es todo.

—¿Hablado con franqueza sobre qué?

Guardó silencio por unos segundos.

—De todos modos, Jillian dice que tienes una coartada. Estuviste en el Garden.

—Eres un desgraciado, Craig.

—Sólo les conté lo de las joyas, eso es todo. Y nuestra conversación.

—¿Les has contado que me indujiste a robar las joyas de Crystal?

—No ocurrió así, Bernie —dijo con tono pausado, por si le estaba escuchando alguien—. Estuve hablando de las joyas. Les dije que tú pareciste interesarte mucho y, naturalmente, que no sabía que eras un ladrón...

—Eres un verdadero bastardo, Craig.

—Estás muy nervioso, ¿verdad? Pero ¿no tienes una coartada? Espera un momento...

—Craig...

—Lo hiciste tú, ¿verdad? —Tal vez lo creyera, tal vez todavía se estuviera dirigiendo a una grabadora, tal vez intentara racionalizar el hecho de pronunciar ni nombre ante la justicia—. Entraste en el apartamento el jueves por la noche. Ella te interrumpió, te asustaste y la apuñalaste.

—Estás diciendo tonterías, Craig.

—Pero ¿por qué usaste uno de mis escalpelos? ¿Cómo es posible que tuvieras uno? —Tenía que pensar cada palabra que pronunciaba, así que imaginé que no estaba acostumbrado al proceso—. Espera, un momento... Lo tenías todo planeado, esto es, primero robar y luego asesinarla y yo como principal sospechoso. Supongo que querías ligarte a Jillian y yo sobraba, así que lo planeaste todo para tener vía libre. Eso es lo que ocurrió.

—No puedo creer lo que estoy oyendo.

—Pues ya va siendo hora de que te lo creas. Por Dios, Bernie. Y encima llamas aquí y me dices que quieres hablar con ella. Eres increíble; esto es todo cuanto tengo que decirte.

—Tengo las agallas de un ladrón.

—¿Puedes repetirlo otra vez?

—No me da la gana. Craig, yo...

—Creo que no deberíamos mantener esta conversación.

—Vamos, Craig, quiero...

Colgó el auricular. Primero me había entregado a la policía y ahora me colgaba el auricular. Me quedé de pie sosteniendo el auricular y pensando en cuán despiadadas eran las relaciones humanas. Luego introduje otra moneda y volví a marcar el número de Craig. Esperé, corté la comunicación, volví a introducir la moneda y marqué de nuevo. Comunicaban.

Al ver que Jillian no atendía la llamada, me dije que tal vez me había equivocado con uno de los dígitos. Saqué la cartera para comprobarlo con la tarjeta que me había dado, pero naturalmente no la había guardado después de la escaramuza con Grabow. Busqué en los bolsillos. No tuve suerte, la había perdido. Jillian me había dicho que el número no salía en la guía. Llamé a información y me lo confirmaron. Marqué de nuevo el número tal y como lo recordaba, pero no obtuve ninguna respuesta. Decidí llamar a la consulta de Craig. Mientras sonaba el teléfono, me pregunté por qué estaría perdiendo el tiempo; antes de responderme, Jillian descolgó el auricular.

—¡Gracias a Dios! Hace horas que intento hablar contigo.

—No he estado en casa.

—Ya lo sé. Escucha, Craig ha salido de la cárcel. Le han soltado.

—También lo sé.

—Para conseguirlo, les dio tu nombre y les dijo que habías robado las joyas de Crystal. Creo que no les dijo toda la verdad.

—Estoy convencido.

—Por eso la policía vino esta mañana. Supongo que sabían que lo soltarían y querían hablar conmigo antes de que él viniera. Además, te buscaban a ti. Les conté lo que tú me dijiste, por lo menos lo intenté. Estaba nerviosa...

—Es lógico.

—Por suerte, puedes probar que estuviste en el Garden. Creo que quieren acusarte de homicidio.

Tragué saliva.

—Sí, afortunadamente tengo una coartada.

—Craig dice que están buscando testimonios que te vieran por el vecindario la noche que Crystal fue asesinada. Pero ¿de qué les va a servir, si no estuviste allí? Le he dicho que es horrible lo que te ha hecho, y me ha contestado que fue su abogado quien se lo aconsejó, pues era la única manera de salir de la cárcel.

—Carson Verill...

—Sí. Dijo que el otro no le ayudaba en nada.

—Bien, debemos agradecer a Dios lo que ha hecho el viejo Carson Verill.

—No es viejo. Y para ser sincera, no le estoy nada agradecida.

—Yo tampoco, Jillian.

—Porque creo que todo este asunto estaba podrido desde la raíz. Quiero decir que tú intentabas hacerle un favor y mira cómo te lo ha pagado. Intenté decirle que andabas tras la pista del verdadero asesino y no quiso escucharme. Vino a mi apartamento y discutimos. De hecho, le pedí que se marchara.

—Entiendo.

—Porque creo que todo esto es abominable, Bernie.

—Yo también, Jillian.

—Vine aquí para consultar los archivos, pero de momento lo que he encontrado no nos sirve de nada. No hay ningún paciente que se llame Grabow.

—Encontré a Grabow. Puede que sea un pintor excelente, pero como corredor es un desastre.

—Si sabes cuál es el nombre de pila de Knobby, puedo consultarlo ahora mismo. No he encontrado a nadie que trabaje en Spyder's Parlor. Así se llama el bar, ¿verdad?

—Sí.

—Todavía no he mirado todas las fichas. He estado mirando los pacientes llamados John y luego los abogados, y ya empiezo a desesperarme.

—Olvídalo —dije—. Así no lo resolveremos. Verás, voy a hacer unas indagaciones sobre Knobby y algún que otro detalle. ¿Dónde estarás esta noche?

—Supongo que en casa, ¿por qué?

—¿Estarás sola?

—Supongo que sí. Craig no vendrá, si es eso a lo que te referías. Y menos si tengo que decidirlo yo.

—¿Qué te parece si paso por tu casa?

—Me parece bien —respondió—. ¿A qué hora?

—No lo sé.

—¿No estarás...?

—¿Borracho? Esta noche no pienso probar el aceite de oliva.

—Creo que también deberías alejarte de Frankie.

—Me parece una buena idea. No sé a qué hora iré, porque no sé cuánto tiempo me llevará lo que tengo que hacer. ¿Prefieres que llame antes? Aunque... he perdido la tarjeta. Espera, que cojo un bolígrafo. Ya está. ¿Qué número es?

—Rhineland 7, dieciocho, cero, dos.

—No sé dónde habré llamado antes.

—Bernie...

—Estoy un poco nervioso, pero me han dicho que tengo los nervios de acero, y eso es importante. Me parece que voy a necesitarlos. Te llamaré.

—¿Bernie? Ten cuidado.

—Si no fuera por mi compañera... —dijo Dennis—. Sábado por la noche y fíjate qué caterva de difuntos hay aquí. Durante la semana es un sitio genial, pero los fines de semana todo el mundo está en casa con la mujer y los niños. Como la gente no trabaja, no tiene necesidad de desahogarse después de la jornada laboral, ¿comprendes? El negocio del aparcamiento no tiene horario ni días. Te tiene todo el día atado al reloj. ¿Y para qué quiere uno perder el tiempo un sábado por la noche con la mujer y los hijos? Tú no eres encargado de un aparcamiento. Me dijiste de qué trabajabas, pero ya no me acuerdo.

Yo tampoco recordaba qué le habría dicho, aparte de que era ladrón.

—Me dedico a las inversiones.

—Bien. Aunque te parezca imposible, ya no me acuerdo de cómo te llamas...

—Ken, Ken Harris.

—Sí, claro. Yo me llamo Dennis, y trabajo en un garaje. Creo no haberme olvidado de tu bebida. Knobby, ven un momento. Ponme otro igual y un Cutty Sark con hielo para mi amigo. ¿Me equivoco, Ken?

—En parte sí, Dennis.

—¿Por qué?

Le dije a Knobby:

—De momento prefiero un café. Antes de volver a emborracharme, prefiero preparar el estómago.

No necesitaba hacerlo. No había tomado nada de alcohol en todo el día, exceptuando la jarra de cerveza en la calle Spring y de eso ya hacía más de dos horas. Me era imprescindible mantenerme sobrio porque siempre lo estoy cuando trabajo, y esa noche tenía planeado trabajar. Estaba compartiendo la barra del Spyder's Parlor con el viejo Dennis, y el bueno de Knobby servía copas, pero el ladrón pidió sólo café.

—Supongo que estarás haciendo la ronda habitual, ¿verdad Kenny?

¿Quién demonios era Kenny?

—Bueno, más o menos.

—¿Has visto a Frankie?

—No, esta noche no la he visto.

—Se suponía que debía pasar por aquí después de la cena. A veces no hay quien la saque del Joan's Joynt, aunque por lo general es muy dependiente, ¿comprendes? Seguro que no está en casa. Hace unos minutos llamé a su casa y nadie respondió.

—Estará por ahí —dijo Knobby.

Knobby era un tipo joven, de unos treinta años, pero la calva le envejecía. Tenía las cejas espesas, la mandíbula saliente, la nariz pequeña y los ojos castaños. Era

delgado pero de complexión fuerte, con lo cual le sentaba muy bien la camiseta roja del Spyder's Parlor, en la que había un diseño estampado en negro de una tela de araña, con una araña macho a un lado extendiendo los brazos a su presa femenina, una mosca.

—La buena de Frances tiene que hacer su ronda —dijo—. Con un poco de paciencia, la tendremos aquí antes de que se acabe la noche.

Se alejó hacia el otro extremo de la barra.

—Aparecerá o no aparecerá —dijo Dennis—. Por lo menos tú estás aquí y tengo a alguien con quien beber. Odio beber solo. Si bebes solo, pareces un alcohólico, ¿comprendes? Puedo decidir por mí mismo si tomo o no tomo alcohol. Vengo aquí sólo por compañerismo.

—Comprendo —dije—. Supongo que Frankie tiene razones de peso para beber estos días.

—¿Te refieres a la que asesinaron?

—Así es.

—Un asunto desagradable. Cuando hablé con Frankie hace un par de horas, me pareció que estaba mal.

—¿Triste?

—Más bien inquieta. Me contó que habían soltado al marido, ese veterinario o lo que sea.

—Creo que es dentista.

—Bueno, no importa. Me dijo que tenía que hacer algo, aunque no concretó, quizá ya iba un poco bebida. Ya sabes cómo se pone...

—Pues sí.

—Las mujeres no aguantan tanto como nosotros... Es algo físico, Ken.

Aunque tal vez no viniera muy a cuenta, le hice un gesto a Knobby con la mano y le pedí otra copa para Dennis y otro café para mí. Cuando el camarero se alejó, le dije a Dennis:

—Hace un momento Knobby la ha llamado Frances.

—Así se llama. Frances Ackerman.

—Pero todo el mundo la llama Frankie.

—¿Y qué?

—No, nada, me ha parecido curioso. —Con la mano dibujé un círculo en el aire e insistí—: ¿Sabes por casualidad cuál es el nombre de pila de Knobby?

—Mierda, déjame pensar... Antes lo sabía. Bueno, creo que lo sabía.

—No creo que sus padres le pusieran Knobby; no me parece un nombre demasiado adecuado para un bebé.

—No, seguro que no le pusieron ese nombre. Para entonces aún debía de tener cabello. El día que su madre lo parió, debía de tener más pelo del que tiene ahora.

—Le hemos pedido las bebidas y ninguno de los dos sabemos su nombre, Dennis.

—Me parece divertido que lo plantees en estos términos, Ken. —Levantó la copa y bebió—. Qué coño, termínate el café y pediremos otra ronda. Así podremos preguntarle quién demonios es. O quién demonios se cree que es, ¿vale?

Tardamos varias rondas en averiguarlo. Cuando por fin me enteré de que se llamaba Thomas Corcoran y de que vivía cerca del local, tenía los nervios a flor de piel por la sobredosis de cafeína. Aproveché una visita al servicio para buscar el teléfono de Knobby en la guía; descubrí, además que vivía en la calle 28 Este, entre la Primera y la Segunda Avenidas. Marqué el número y dejé que sonara una docena de veces; nadie respondió. Miré por encima del hombro para asegurarme de que nadie se fijaba en mí, y acto seguido arranqué la página de la guía para tener la referencia para un futuro no muy lejano.

De vuelta a la barra, Dennis me preguntó:

—¿Estaba con un amigo?

—¿Qué?

—Creí que estabas hablando con una fulana y por eso te he preguntado si estaba con un amigo.

—Bueno, no tiene enemigos.

—Eso está bien, Ken. Apuesto a que cuando era niño le llamaban Corky.

—¿A quién?

—A Knobby. Si su apellido es Corcoran, seguro que le llamaban Corky, ¿no crees?

—Supongo que sí.

—¡Vamos! —exclamó Dennis—. Termínate el café y se lo preguntaremos. ¡Oye, Corky! ¡Ven aquí, holgazán!

Le puse una mano al hombro y le dije:

—Yo paso esta vez; tengo que ver a una persona.

—Sí, sí, no tiene enemigos... Bueno, si está con un amigo, tráela más tarde por aquí, ¿vale? No me iré enseguida. Tal vez venga Frankie y tomemos unas copas, pero de cualquier modo me quedaré a vigilar el fuerte.

—Bueno, quizá nos veamos más tarde, Dennis.

—Estaré aquí —dijo—. ¿A qué otro sitio voy a ir?

El edificio donde vivía Knobby Corcoran era un edificio de doce plantas construido antes de la guerra, con un vestíbulo *art déco* y un portero que se creía san Pedro. Le estuve controlando desde la acera de enfrente y constaté que se aseguraba de que cada suplicante fuera esperado o deseado por alguno de los inquilinos. Pensé en hacerme pasar por un inquilino recién instalado, pero su actitud me sugirió que no lograría engañarle, aparte de que tampoco tenía garantías suficientes de actuar con naturalidad.

El edificio de la derecha tenía cinco plantas y era de piedra marrón. El de la izquierda, sin embargo, tenía catorce plantas, esto es, sólo dos plantas más que el de Knobby. También tenía portero, aunque este no parecía haber realizado el mismo curso de controlador que el de Knobby; habría podido pasar por delante de sus narices vestido con un traje de convicto y no se habría armado ningún barullo.

En primer lugar, tenía que enterarme del número del apartamento de Knobby, y lo hice fingiendo ser una visita y fijándome en qué timbre del interfono pulsaba el portero. Al no responder nadie a la llamada, supe dos cosas con total seguridad: Knobby vivía en el apartamento 8-H y no había nadie en casa. Me dirigí hacia la esquina, luego di media vuelta y saludé al portero del edificio de al lado con la mano. El portero asintió sin ni siquiera levantar la mirada del periódico.

Entré en el ascensor, subí al ático y luego subí un tramo de escalera hasta el tejado. Muchos tejados de Manhattan son el rincón preferido de los aficionados a la astronomía, las parejas y los amantes de la jardinería. Afortunadamente, en aquel no había nadie. Fui hasta el borde del tejado y miré hacia abajo. Había unos tres metros entre ambos tejados, pero estaba dispuesto a intentarlo.

Debí de perder unos minutos levantándome el ánimo: en eso ya tenía experiencia. Un ladrón con vértigo es un ladrón de pacotilla, pues muchas veces no queda más salida que el tejado. Salté al tejado vecino y aterricé sin torcerme el tobillo.

Flexioné las rodillas para asegurarme de que mis piernas seguían enteras, espiré un poco de aire que no sabía que me hubiese contenido, y me encaminé hacia la puerta que conducía al interior del edificio.

Estaba cerrada, lo cual, naturalmente, me supuso un inconveniente mínimo.

La cerradura de Knobby tampoco supuso inconveniente alguno. Llegué ante su puerta justo cuando un hombre de mediana edad salía de una puerta situada al final del pasillo. Habría jurado que se trataba de uno de los personajes de los anuncios de Harley's M-O que pide consejo a su farmacéutico sobre una... irregularidad. Llamé a la puerta de Knobby, fruncí el entrecejo y dije:

—Soy yo. ¿Vas a abrir la puerta o no?

Naturalmente, nadie respondió desde el interior.

—Está bien —dije—, pero date prisa. —Miré al caballero que se acercaba con expresión de contrariedad—. Se está duchando —susurré—, así que tendré que esperar a que se seque y se vista.

Asintió y siguió su camino deseando sin duda que me guardara para mí el resto de mis problemas. Cuando desapareció de la vista, saqué mis herramientas y forcé la cerradura en menos tiempo del que se tarda en decirlo. La cerradura era de esas que se acoplan automáticamente al cerrar la puerta, así que Knobby no se había molestado en cerrar con llave; sólo tuve que forzarla un poco con una palanca y luego dar un apretón a la puerta.

Me colé dentro, cerré la puerta, luego la cerré con llave y busqué a tientas el interruptor de la luz. No llevaba encima guantes de goma, pero no me importó porque no tenía intención de robar nada. Todo cuanto quería encontrar era alguna prueba; en cuanto la encontrara, la dejaría allí y se lo comunicaría inmediatamente a la policía. Tendría, no obstante, que encontrar la manera más sutil de hacerlo.

Con un poco de suerte, incluso podría encontrar mi maletín con las joyas; en ese caso, me haría con buena parte de los artículos menos los que dejaría escondidos para que los descubrieran, en sus horas libres, Todras y Nyswander. De todos modos, imaginé que Knobby, de ser el asesino y el ladrón, habría escondido las joyas en lugar seguro, lejos de mi alcance, sobre todo después de haber comprobado que no cerraba la puerta con llave.

Pensaba en eso mientras revolví el piso. Me resultó una tarea relativamente fácil debido a su tamaño. Knobby vivía en un estudio no mucho mayor que el de Jillian y con muchos menos muebles: una cama, una cómoda de caoba con tiradores desaparecidos, claramente de segunda mano, un sillón y un par de sillas con respaldo alto; también había una estufa, una nevera, y un fregadero, ineficazmente separado del resto con una cortina.

El estudio estaba sucio. Los camareros tienen que ser muy limpios en su trabajo; lo sé porque he pasado muchas horas observándoles limpiar vasos y colocarlos ordenadamente en su sitio, lo cual da la impresión de que están por estrenar. El estudio de Knobby me desengañó de esta idea. Había ropa sucia esparcida por toda la habitación, la cama estaba por hacer y daba la impresión de que la mujer de la limpieza se había muerto hacía meses y de que aún nadie la había reemplazado.

Seguí con mi tarea. Primero inspeccioné el área de la cocina. No había dinero fresco en la nevera, ni joyas calientes en el horno. Había, en verdad, moho y comida pasada en la primera y grasa y porquería en el segundo. Cambié de zona a toda prisa.

El armario contenía un sinfín de ropa, desde vaqueros en distintos grados de descrédito a camisetas con el anagrama del Spyder's Parlor, o con otros destinados a promocionar otros establecimientos, causas o estilos de vida. Uno de los cajones contenía una gran variedad de aparatos contraceptivos, más la suerte de artilugios que

uno puede adquirir en un *sex shop*: vibradores, estimuladores y diversos objetos de plástico y piel cuyas funciones específicas sólo pude intuir.

Nada de joyas. Nada de instrumental de Artículos Dentales y Ópticos Celniker. Ningún objeto de valor. Un poco antes se me había ocurrido que, de confirmarse que Knobby no tenía ninguna relación con el homicidio, quizá podría sacar algún provecho de mi visita. Después de todo, tal y como se sucedían los acontecimientos, quizá necesitaría dinero para pagar a un abogado, o para comprar un billete de avión para Tierra del Fuego. Siempre que abro una puerta sin la llave, espero hacerme con algo que me sirva para solucionar algún problema. No soy, para nada, ningún aficionado; no lo hago por amor.

Empezaba a desesperarme. Knobby tenía un televisor portátil, una radio encima de la cómoda, una cámara Instamatic, en fin, todo cuanto alegraría a un aficionado, pero nada digno de mi condición. Había algo de dinero en uno de los cajones de la cómoda, supongo que de las propinas, que decidí reembolsarme a cuenta de las bebidas que me había tomado en el bar. De hecho, hice algo más que hacer las paces. Había entre cien y doscientos dólares en billetes de uno, cinco y diez que acabé metiéndomelos en el bolsillo. Había también calderilla, pero decidí no tocarla.

Finalmente, abrí el ropero, hurgué entre las chaquetas y abrigos y en el estante superior vi algo que me dejó perplejo: un maletín...

No era el mío. No era de ante sino de cuero, un cuero negro y brillante. La decepción que sentí en ese instante fue mayúscula. Por un momento creí tener las joyas en mi mano y haber solucionado el asesinato de Crystal Sheldrake, pero ese momento pasó y volví a estar como al principio.

Por supuesto, cogí el maletín y lo abrí, y naturalmente, me sorprendió encontrarlo absolutamente atestado de dinero.

Los billetes estaban dispuestos en gruesos fajos con una banda de papel de color en medio. Me quedé mirándolos fijamente. Luego cogí uno de los fajos y lo examiné. Los billetes eran de veinte y había unos cincuenta. Digamos que sólo en ese fajo había mil dólares.

Hice la misma operación con unos cuantos fajos más. También consistían en billetes de veinte dólares, todos nuevos, recién salidos del horno. Tenía delante... ¿cien mil dólares? ¿Un cuarto de millón?

¿Dinero exigido a cambio de un rehén? ¿O del tráfico de drogas? Las transacciones de ese tipo generalmente se hacían con billetes viejos...

¿Cuál era el papel de Knobby Corcoran, un camarero que vivía en un estudio desordenado, sin apenas muebles y que ni se molestaba en cerrar la puerta con llave?

Volví a examinar el dinero. Luego cogí diez billetes de veinte y los añadí a los que tenía en el bolsillo. Devolví el resto a su lugar, cerré el maletín y los pasadores.

Luego decidí devolver el dinero de las propinas al cajón de donde lo había cogido. Como había mezclado ese dinero con el mío, no supe cuánto había cogido, aunque imaginé que Knobby tampoco llevaba la cuenta. Devolví más o menos unos cien dólares en billetes varios. Lo pensé mejor y añadí uno de los de veinte a la colección. Luego coloqué otro billete detrás del cajón con objeto de que sólo quien lo buscara lo encontrara. Después puse un tercer billete al fondo de la estantería del ropero y un cuarto dentro de unas viejas botas que había dentro del armario.

Apagué la luz, salí, y cerré la puerta. Bajé en el ascensor hasta el vestíbulo y el portero me deseó buenas noches. Le saludé inclinando la cabeza. Todavía me dolían las plantas de los pies después del salto, y le culpé a él por ello.

Justo cuando salí a la calle pasó por delante un taxi. A veces las cosas son así de fáciles.

En muchos sitios de Nueva York hay taquillas: en las estaciones de metro, o en las terminales de tren. Utilicé una en la terminal de autobuses de la Octava Avenida: abrí la puerta, metí el maletín dentro, introduje un par de monedas en la ranura, cerré la puerta, giré la llave, saqué la llave y me la llevé. Habría sido una temeridad pasear todos esos billetes por la ciudad, aunque también me pareció extraño abandonarlos en un lugar público.

Dios sabe que no quería ir allí. No hacía tanto que había fingido un ataque al corazón para huir de Walter Ignatius Grabow, pero aun así volvía a subirme a la grupa del caballo y a meterme en la mismísima boca del lobo.

Me convencí de que no sería tan peligroso. Si estaba en casa, lo sabría porque me

respondería por el interfono, lo cual me daría tiempo a dar media vuelta y largarme. De todos modos, no iba a estar en casa, pues era sábado por la noche y él era un artista y todos los artistas salen a tomar unas copas los sábados por la noche. Estaría de juerga en casa de algún amigo, o tal vez bebiendo unas copas en algún bar o compartiendo un zumo de California Zinfandel con alguien del sexo femenino.

En el caso de que su novia fuera Crystal, y por tanto ya no tenía novia, estaría bebiendo solo a la salud de ella, sentado a oscuras en su apartamento, ahogando las penas con whisky barato y ni se molestaría en responder a la llamada del interfono; se quedaría sentado en un rincón hasta que yo abriera la cerradura y me colara dentro del vestíbulo...

Seguí, no obstante, pensando en eso mientras tocaba el timbre y esperaba a que me respondieran. Nadie lo hizo. La cerradura de la puerta de entrada era de las caras, así que tardé unos minutos antes de abrirla.

Subí hasta el segundo piso. El inquilino del segundo piso, el de las plantas, tenía puesta música rock en el tocadiscos y había suficientes invitados para reforzar la música con un murmullo continuo de conversación. Cuando pasé por delante de la puerta, olí el penetrante aroma de la marihuana, cuyo humo sirve de magnífico acompañamiento para la música y la conversación. Subí otro tramo de escaleras y escuché detrás de la puerta de Grabow, pero todo cuanto pude oír fue la música del apartamento de abajo. Me arrodillé y comprobé que no salía luz por debajo de la puerta. Pensé que quizá estaba abajo bebiendo y bailando al son de los Eagles, contándole a todo el mundo la escena de la otra tarde con un lunático.

Mientras tanto, el lunático fortaleció su ánimo y abrió la puerta. Grabow vivía y trabajaba en una habitación enorme, con la mar de espacio vacío que servía para separar entre sí las distintas zonas, como el dormitorio, la cocina, la sala de estar y el taller. La zona de la sala de estar consistía en una docena de módulos de sofá de una elegante felpa marrón y un par de mesas bajas de pastor de formica blanca. La zona del dormitorio tenía una cama enorme cubierta con una manta y varias alfombras en el suelo, alrededor de la cama; la pared de detrás era de ladrillo y colgados había un escudo, un par de lanzas cruzadas y varias máscaras primitivas. Las piezas parecían ser de Oceanía, de Nueva Guinea o de Nueva Irlanda; no me habría importado tenerlas en casa, ni tampoco llevarlas a la subasta de Parke-Bernet.

La cocina era una monada: una estufa grande, una nevera con cubitera automática, congelador aparte, un fregadero doble de acero inoxidable, lavaplatos y secadora; las ollas y las sartenes —de cobre y acero inoxidable— colgaban de unas perchas de hierro forjado.

La zona del taller era igualmente hermosa: dos mesas largas y estrechas, una más alta que la otra, un par de sillas y taburetes, el material de impresión, un horno de ceramista, estantes de acero hasta el techo llenos de pinturas, productos químicos,

herramientas y chismes; una prensa de imprimir manual y por último unas cuantas cajas con papel.

Debían de ser las 10:15 cuando abrí la puerta y supongo que tardé unos veinte minutos en inspeccionar el apartamento.

He aquí algunas de las cosas que no encontré: ningún ser humano, vivo o muerto, ningún maletín, de ante o de cuero, nada de joyas, nada de dinero, aparte de calderilla encima de la mesita de noche, ningún cuadro de Grabow ni de nadie más, ninguna obra de arte aparte de las piezas de Oceanía.

En cambio, hallé dos planchas de cobre meticulosamente grabadas, una llave que muy probablemente abría una caja de seguridad, un portalápices de piel rojo, que no contenía lápices sino un surtido de instrumental quirúrgico de acero, cada cual con el mango en forma de hexágono.

No robé nada. Hubo un momento, tengo que admitirlo, que sentí la necesidad imperiosa de colocarme una de las máscaras en la cara, arrancar el escudo y las lanzas de la pared y echar a correr por las calles del Soho emitiendo gritos de guerra salvajes. Controlé mis impulsos y dejé la máscara, el escudo y las lanzas donde estaban. Eran muy bonitos e innegablemente de gran valor, pero cuando se ha robado un cuarto de millón, un robo de menor cuantía resulta inevitablemente insulso.

Cuando el taxi se detuvo enfrente del edificio donde vivía Jillian, le dije al conductor:

—Continúe hasta la esquina.

—Pero ya he bajado la bandera —objetó el taxista—. Me arriesgo a perder un cliente.

—¿Y qué es la vida sin riesgos?

—Amigo, eso lo dices porque no arriesgas nada.

Estaba en lo cierto. Le di una propina bastante generosa —quizá no del todo— y vi que se alejaba refunfuñando. Me dirigí hacia el edificio donde vivía Jillian, andando pegado a los edificios y con los ojos bien abiertos por si acaso había coches de policía. No vi a ninguno ni tampoco vi a nadie sospechoso. Me escondí bajo las sombras durante unos diez minutos, al término de los cuales dos figuras salieron del edificio de Jillian. Eran Todras y Nyswander. Me alegré de que, después de tantas horas, siguieran empeñados en encontrarme.

Después de que se fueran en el coche, esperé otros cinco minutos más por si se les ocurría dar la vuelta a la manzana. Cuando hube comprobado que no lo hacían, pensé en llamar desde una cabina para asegurarme de que no valía la pena molestarse y llamé directamente desde el interfono del vestíbulo.

La distorsión del interfono no pudo disimular la ansiedad de Jillian.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Bernie.

—Oh, yo no...

—¿Estás sola?

—La policía acaba de salir.

—Lo sé. He esperado a que se fueran.

—Dicen que fuiste tú quien mató a Crystal. Dicen que eres peligroso, que no estuviste en el Garden, sino en su apartamento, tú la mataste...

Seguíamos hablando por el interfono.

—¿Puedo subir, Jillian?

—No lo sé.

—Esta noche he hecho muchos progresos, Jillian. Sé quién la asesinó. Deja que suba y te lo contaré todo.

Jillian no dijo nada y, por un momento, me pregunté si me habría oído. Tal vez había colgado el interfono y estaba llamando a la policía.

Oí el timbre del interfono y empujé la puerta.

Jillian llevaba una falda de lana verde y azul y un jersey azul marino. Las medias también eran azul marinas y llevaba unas zapatillas de gamuza. Me sirvió una taza de café y me pidió disculpas por haber sido tan brusca por el interfono.

—Estoy muy nerviosa. Esta noche no he parado de recibir visitas.

—¿De esos dos policías?

—Esos vinieron al final. Bueno, ya lo sabes, les viste largarse. Primero vino otro policía. Me dijo cómo se llamaba...

—¿Ray Kirschmann?

—Eso es. Dijo que quería que yo te diera un mensaje. Le dije que no te vería pero aun así me guiñó el ojo. No me sorprendería que me hubiese sonrojado. Ya puedes imaginar a qué me refiero...

—Es de esa clase de policías. ¿Cuál era el mensaje?

—Que te pongas en contacto con él. Dijo que tú tienes las agallas de un ladrón y que lo demostraste regresando al lugar del crimen. Dijo algo acerca de que está convencido de que tienes lo que fuiste a buscar allí y que quiere verte para comprobarlo. Cuando le dije que no entendía lo que me estaba diciendo, me dijo que tú sí lo entenderías y que lo importante era que te pusieras en contacto con él.

—Que regresé al lugar del crimen, ¿qué significará eso?

—Creo que lo sé por algo que dijeron los otros. Y también sé otras cosas. Cuando se largó Kirschmann llegó Craig.

—Creía que le habías dicho que no querías verle.

—Eso le dije, pero pensé que acabaríamos antes si subía que si teníamos que discutir a través del interfono. Le dije que no podía quedarse.

—¿Qué quería?

Jillian hizo una mueca.

—Fue horrible. Está convencido de que asesinaste a Crystal. Dijo que la policía está segura de ello y se culpa por haberte hablado de las joyas. Eso es precisamente lo que venía a decirme: negar que habíais cerrado un trato. Dijo que lo más probable es que cantaras si te arrestaban y que sería tu palabra contra la suya y que, por tanto, la policía creería antes la palabra de un dentista respetable que la de un ladrón convicto.

—Naturalmente.

—Pero para que él no tuviese problemas, yo tendría que jurar que tu historia es una absoluta insensatez. Le dije que estaba segura de que eras incapaz de matar a nadie, y se puso histérico. Me acusó de estar a tu favor y en contra de él, y luego yo me enfadé; te juro que no sé qué demonios vi en él el día que empezamos nuestra relación.

—Tiene unos dientes muy bonitos.

—Cuando se marchó, me puse delante del televisor y entonces llegó su abogado.

—¿Verill?

—Sí. Creo que vino para apoyar a Craig. Craig le contó lo de vuestro trato. Verill tampoco está dispuesto a que eso salga a relucir, así que trató de convencerme de que era fundamental que eso se mantuviera en secreto. Creo que quería sobornarme, aunque no llegó a decirlo claramente.

—Muy interesante.

—Fue muy hábil, aunque de la manera más legal posible, como si lo que recibiría a cambio del favor no fuera un sobre con dinero, sino más bien algún tipo de fondo libre de impuestos. Eso fue lo que deduje por su actitud. Dijo que estaba muy claro que tú habías matado a Crystal porque la policía tenía pruebas.

—¿Qué clase de pruebas?

—No lo dijo. —Apartó la mirada y luego tragó saliva—. Tú no la mataste, ¿verdad, Bernie?

—Por supuesto que no.

—De haberlo hecho, también responderías que no, ¿verdad?

—No sé lo que respondería si la hubiese matado. Jamás he matado a nadie, así que jamás he tenido que plantearme esa respuesta. Jillian, ¿por qué demonios habría tenido que matar yo a esa mujer? Si me hubiese encontrado robando en su piso, habría huido antes de que llegara la policía. Quizá le habría dado un golpe para apartarla de mi camino...

—¿Es eso lo que ocurrió?

—No, porque no me encontró. Pero de haber sido así, y de haberla golpeado, se habría hecho un poco de daño y nada más. Lo que es imposible es que la apuñalara en el corazón con un escalpelo dental, para empezar porque yo no habría llevado encima uno de esos instrumentos.

—Es lo que yo pienso.

—Bueno, pues estás en lo cierto.

Jillian abrió los ojos y le tembló el labio inferior.

—Esos dos policías llegaron tres cuartos de hora después de que se fuera Verill. Dijeron que ayer por la noche volvieron a entrar en el apartamento de Crystal, a pesar de estar sellado. Dijeron que fuiste tú.

—¿Han vuelto a entrar en el apartamento de Crystal? —Arrugué la frente tratando de imaginarlo—. ¿Qué motivo me habría impulsado a hacerlo?

—Dijeron que debiste de dejarte algo, o bien que querías destruir alguna prueba.

Eso era precisamente a lo que se refería Ray Kirschmann. Creía que había vuelto por las joyas.

—De todos modos —dije—, estuve aquí ayer por la noche.

—Podrías haberlo hecho antes de venir.

—Anoche era incapaz de hacer nada. Si te acuerdas, no podía casi ni tenerme en pie.

Jillian evitó mi mirada.

—Dijeron que tienen un testigo que te vio salir de la casa de Crystal a la hora que se cometió el crimen. Y también tienen a una mujer que dice que estuvo hablando contigo un rato antes.

—Mierda. Henrietta Tyler...

—¿Quién?

—Una anciana encantadora que odia a los perros y los desconocidos. Me sorprende que se acuerde de mí y de que haya querido colaborar con la justicia. Creía que alguien que odia a los perros y los desconocidos no podía ser tan malo. ¿Qué te ocurre?

—¡Entonces, estuviste allí!

—No maté a nadie, Jillian. El único delito que cometí esa noche fue robar, y estaba muy ocupado cometiéndolo mientras alguien más asesinaba a Crystal.

—Estabas...

—En el escenario del crimen. Es decir, en el apartamento.

—Luego viste...

—Vi la puerta del ropero desde el interior, eso es todo.

—No entiendo.

—Es lógico. No vi quién la mataba, pero esta noche he hecho muchas indagaciones y ahora sé quién lo hizo. Todo encaja, incluso el segundo asalto. —Me incliné—. ¿Podrías preparar un poco más de café? Es una larga historia.

Jillian escuchaba con los ojos desorbitados mientras yo recreaba las circunstancias del robo y el asesinato. Cuando pasé a contar la historia de mi visita al austero alojamiento de Knobby Corcoran, me miró atemorizada y a la vez admirada. Supongo que podría haber exagerado un poco la realidad, como por ejemplo la distancia entre los tejados...

Cuando mencioné el maletín, Jillian emitió varias exclamaciones; pero al oír que era de cuero en lugar de ante, se quejó, y cuando supo que contenía dinero, jadeó.

—Tanto dinero... —dijo—. ¿Dónde está? No lo llevarás encima, ¿verdad?

—Está en lugar seguro; si no, habré tirado cincuenta centavos.

—¿Qué?

—No importa. Escondí el maletín, pero me quedé con algunos billetes por si acaso los necesitaba. —Saqué el billetero—. Me quedan dos, ¿ves?

—¿Qué tienen de especial?

—Son bonitos, ¿verdad?

—Son billetes de veinte dólares. ¿Qué tienen de especial?

—Bueno, si vieras un maletín lleno de billetes como estos, seguramente te impresionarías, ¿o no?

—Supongo que sí, pero...

—Fíjate en los números de serie, Jillian.

—¿Qué les ocurre a los números? Son correlativos. Un momento, no son correlativos, ¿verdad?

—No.

—Son... Bernie, estos dos billetes tienen el mismo número de serie.

—Es extraordinario, ¿no crees?

—Bernie...

—En un mundo donde no hay ningún copo de nieve igual, donde cada ser humano tiene huellas dactilares distintas, resulta que encuentro en mi billetero dos billetes de veinte dólares con el mismo número de serie. Da que pensar, ¿verdad?

—¿Son...?

—¿Falsos? Pues me temo que sí. Qué lástima, ¿no? Tanto dinero y es falso... Míralos bien, Jillian, y verás que son perfectos. El retrato de Andy Jackson está mucho mejor que en otras falsificaciones que he visto, pero si los observas atentamente verás que no es ninguna maravilla.

—Aquí, en el sello...

—Sí, y si le das la vuelta descubrirás otros defectos. Naturalmente, estos billetes son nuevos. Si los arrugas un poco, los doblas y envejeces el papel cociéndolo con un poco de café... —En fin, cada profesión tiene sus trucos, y no estoy muy al día de los

últimos inventos en este terreno—. Estoy seguro de que diecinueve de cada veinte billetes como estos podrían cambiarse en un banco sin que nadie notara nada. El error más evidente está en el número de serie, pero por lo demás colaría. ¿Se te ocurriría mirarlos dos veces si te pidieran cambiarlos?

—No.

—Pues como tú, todo el mundo. En cuanto vi que el dinero era falso, me apresuré a regresar al apartamento de Grabow. Nada más pisar el suelo del vestíbulo, supe que me hallaba tras la pista acertada. Grabow era un artista sin éxito que cambió los pinceles por la imprenta, aunque en eso tampoco tuvo suerte. No obstante, vive en un apartamento que más de un neoyorquino envidiaría: espacioso, muebles caros y artefactos antiguos colgados en la pared valorados en varios miles de dólares. Estuve inspeccionando el apartamento y encontré suficientes tintas y papeles para fabricar mejor dinero que la propia fábrica de Moneda y Timbre; salí definitivamente de dudas cuando hallé las planchas de impresión. Grabow tiene mucho talento. Los grabados eran de primera.

—¿Así que Grabow es un falsificador?

—Sí. Me extrañó que reaccionara con tanta suspicacia el día que nos encontramos en el vestíbulo del edificio donde vive. La verdad es que al principio me salió bastante bien fingir que buscaba a un tal Grabow, pero enseguida empezó a hacer preguntas... Preguntaba con mayor rapidez que yo respondía, y por eso tuve que librarme de él como pude; ¿por qué sospechaba de mí si no tenía nada que esconder? Sí, es un falsificador. No puedo jurar que hiciera él las planchas, pero lo cierto es que ahora están en su casa. De lo que no dudo es de que hiciera la impresión.

—¿Y le dio el dinero a Knobby Corcoran? No entiendo qué ocurrió después.

—Yo tampoco, aunque puedo intuirlo. Supongamos que Grabow y Knobby se conocieran a través de Crystal. Grabow era su amante y salía con él de vez en cuando. Si lo hizo con el sabueso legal, su otro amante, no hay razón para no creer que hiciera lo mismo con Grabow. En fin, Grabow y Corcoran urdieron un plan, como que Grabow fabricaría los billetes falsos y Knobby se encargaría de colocarlos. Hubo una traición, digamos que Knobby se quedó con el dinero y Grabow con las manos vacías; tal vez se enfadó con Crystal por algún motivo o quizá ella se quedara con el dinero.

—¿Cómo?

Me encogí de hombros.

—No lo sé, pero podría ser. O tal vez el negocio les salió bien, pero Grabow averiguó que Crystal le utilizaba, que le era infiel con otros hombres y que sólo le aguantaba por lo del dinero. Tal vez se enteró de que se acostaba con Knobby o con otro. Enloquecido por los celos, cogió un escalpelo dental y salió a matarla.

—¿De dónde podría haber sacado un escalpelo?

—De Artículos Dentales y Ópticos Celniker, lo mismo que Craig.

—Pero ¿cómo...?

—Tiene una colección entera de esos instrumentos. Creo que son de la marca Celniker, a menos que otros fabricantes también diseñen los mangos hexagonales. Imagino que serán útiles para la impresión, por ejemplo para cortar el linóleo, grabar madera o cualquier otra cosa. Pudo haber cogido uno para matarla, o bien llevara uno en el bolsillo por casualidad.

—Todo esto es muy extraño.

—Está bien. Supongamos, pues, que Crystal estuvo en su apartamento y se fijó en esas herramientas; le comentó que Craig tenía las mismas en la consulta. Al fin y al cabo, era su higienista antes de casarse con él. Eso explicaría la coincidencia de que Grabow usara las mismas herramientas que Craig. Tal vez antes utilizara otras, pero Crystal le convenció de que cambiara de marca. Si Grabow sabía que Craig usaba la marca Celniker, podría haber utilizado ese escalpelo para que Craig pareciera el autor del crimen. No necesitó deshacerse de las herramientas porque nadie le relacionaría con Crystal, y además, porque con Craig en la cárcel, la policía pronto daría el caso por cerrado.

—Así pues, ¿cogió el escalpelo con la intención de utilizarlo como arma del crimen?

—Seguramente.

—¿Y se acostó con ella antes de asesinarla?

—Eso habría sido demasiado diabólico, ¿no crees? A pesar de haberle tratado durante tan poco rato, creo que no es una persona tan maquiavélica. Me pareció que era muy directo, el típico que calla pero que sabe muy bien lo que hace. Cuando Crystal salió de casa, es probable que conociera entonces al sabueso legal en el bar y que se lo llevara a su apartamento. No recuerdo de qué hablaron, pues me esforcé por ignorarles, aunque estoy seguro de que no era Grabow. Imaginemos que Grabow estaba vigilando la casa, o que la siguió desde el bar donde conoció al abogado, o fuera quien fuera, no necesariamente tenía que ser abogado. De hecho, podemos olvidarnos del abogado porque no creo que tenga nada que ver con el asunto. Que Frankie Ackerman dijera que Crystal tenía tres amigos no significa que los tres estuvieron involucrados en el crimen. Ya hay bastante con dos de ellos.

—En fin —apuntó Jillian—, que subió con alguien y Grabow los vio.

—Eso es. Luego el tipo se marchó. Grabow lo vio salir. Esperó un par de minutos a que desapareciera y llamó por el interfono. Cuando Crystal le abrió la puerta, no vaciló en apuñalarla con el escalpelo.

Jillian se llevó la mano al corazón, apretando con fuerza contra el jersey azul marino. Tuve la impresión de que mi historia le parecía una película de la televisión.

—Luego entró en el dormitorio —proseguí—. Lo primero que vio fue mi maletín

apoyado contra la pared debajo del retrato de la dama francesa. Se acercó y...

—¿Qué dama francesa?

—Un retrato colgado en la pared del dormitorio. Grabow no se fijó en el retrato porque estaba pendiente del maletín. Imagínate, un maletín dentro de un maletín. Debió de suponer que estaba lleno de dinero falso, y creyó que era el momento de recuperarlo.

—Pero el dinero estaba dentro de un maletín negro, ¿no es así?

—Sí, negro y de cuero. Pero ¿cómo lo sabía Grabow?

—Pues porque seguramente él lo puso allí.

—Tal vez, pero ¿cómo podemos estar seguros de ello? Quizá se lo entregó a Crystal en una bolsa de plástico; eso hago yo con los objetos robados, pues así parecen más míos. Supongamos que sabía que alguien lo había metido en un maletín; tenía delante justo lo que buscaba. Lo normal fue que lo cogiera sin mirar el contenido y huyera del apartamento sin vacilar.

—Y más tarde, cuando abrió el maletín...

—Supongo que no pudo creer en lo que veía. Debió de imaginar que Crystal era una especie de alquimista medieval capaz de convertir papel en oro y diamantes. Luego, cuando asimiló lo de las joyas, tuvo que regresar al apartamento por el dinero. Esto explicaría el segundo robo, después de que la policía sellara el apartamento. Grabow regresó por el dinero, pero se fue con las manos vacías porque el dinero estaba en casa de Knobby Corcoran, en una estantería de su ropero.

Jillian asintió y frunció el entrecejo.

—¿Qué pasó con las joyas?

—Supongo que se las quedó Grabow. La gente suele preferir quedarse con las joyas a regalarlas al barrendero. No las encontré en su piso, pero eso no significa nada. Las joyas constituyen una prueba, así que no las iba a dejar tiradas por ahí, arriesgándose a ir directamente a la cárcel.

—Pero no escondió los instrumentos dentales.

—Eso es distinto. Las joyas no tienen justificación posible, y él lo sabe. Debe de haberlas escondido en alguna parte. Es posible que continúen en King Street, debajo de una baldosa o dentro de un mueble. Mi inspección fue rutinaria, por eso no las encontré. En realidad, encontré una llave de una caja de seguridad. Quizá las joyas estén en el banco. Puede que fuera el viernes, antes de que cerraran los bancos. Sería lo más lógico. Dada su condición de falsificador, debe de conocer a alguien que perita joyas robadas. Es más fácil encontrar en la ciudad un perista que comprar un boleto de lotería. No obstante, no hay razón para especular sobre las joyas. Tenemos ya suficientes pruebas contra Grabow para que pase el resto de sus días en la cárcel.

—¿Te refieres a los instrumentos dentales?

—Eso para empezar —respondí—. Cambié algunas cosas de sitio, por si decidía

deshacerse de las pruebas. Escondí unos billetes de veinte dólares y algunos de los instrumentos dentales. Si se asusta y decide tirarlos, algunos no los encontrará, pero cuando la policía inspeccione el apartamento sí lo hará. También escondí las planchas. Se horrorizará cuando empiece a buscarlas, aunque, por la manera como lo dejé todo, jamás podrá deducir que un ladrón estuvo en su casa. Incluso cerré con llave al salir, lo que muy pocos ladrones se molestan en hacer. De hecho, salí de allí con menos cosas que cuando entré, pues saqué esos billetes de mi cartera. Si siempre utilizara este método, tendría problemas para llegar a fin de mes.

Jillian se echó a reír.

—Mi madre solía decir que si algún día entraban ladrones en nuestra casa, seguro que nos dejarían algo. Por lo que sé, eres el único que realmente lo ha hecho.

—No me gustaría acostumbrarme a ello, ¿sabes?

—¿Siempre has sido ladrón, Bernie?

—No. De pequeño era como todo el mundo. Por cierto, me gusta mucho tu sonrisa. Te favorece. Bueno, creo que soy ladrón desde que dejé de ser niño.

—Creo que jamás dejaste de ser niño, Bernie.

—A veces también tengo esa sensación, Jillian.

Entonces empecé a hablar de mí mismo y de mi carrera criminal, de cómo había empezado entrando en los hogares de los demás sólo para saber qué se sentía y de cómo había aprendido que la emoción era mayor si robaba algo. Jillian escuchó atentamente mi relato y, mientras tanto, nos terminamos el café y abrimos una botella de Soave. Bebimos ese vino blanco en copas, sentados en el sofá; seguí hablando al tiempo que deseé que el sofá se convirtiera en una cama. Jillian estaba encantadora, me escuchaba con gran atención y el pelo le olía a flores.

Cuando nos acabábamos la botella preguntó:

—¿Qué vas a hacer ahora que ya sabes quién la mató, Bernie?

—Encontrar la manera de pasar esta información a la policía. Supongo que lo haré a través de Ray Kirschmann. Él no está en el caso, pero si huele el dinero, no dudará en ayudarme. No sé cómo se las arreglará para conseguir un dólar de este billete. Si aparecen las joyas, serán utilizadas como prueba. Pero ese será su problema, no el mío.

—Quiere que le llames.

—Me temo que tendrá que esperar. Ya es medianoche.

—No me había dado cuenta de que fuera tan tarde.

—Tendré que buscar un sitio para pasar la noche. Me temo que mi apartamento no me sirve de momento. Aunque no lo hayan sellado, no quiero arriesgarme, y menos si hay una orden de captura contra mí. Iré a un hotel.

—No seas ridículo.

—¿Crees que podría ser peligroso? Supongo que tienes razón. No es muy normal

que alguien pida una habitación a estas horas; sí podría ser sospechoso. En fin, pensaré en algo mejor, como ocupar un apartamento vacío cuyos inquilinos hayan salido de fin de semana.

—No seas ridículo —repitió—. Anoche te quedaste aquí... No quiero que te arriesgues a que te detengan.

—Pero Craig podría...

—Craig no vendrá, y aunque viniera, no le permitiría subir. Estoy muy enfadada con Craig, para serte sincera. Creo que se ha comportado muy mal y, aunque sea un gran dentista, dudo que esté a la altura como ser humano.

—Bueno, te estoy muy agradecido, pero esta vez dormiré en la silla.

—No seas ridículo.

—No quiero que duermas en esa silla. No permitiré que me vuelvas a ceder la cama.

—Cállate.

—¿Qué? Yo no...

—¿Bernie? —Me miró a través de sus largas pestañas—. Bernie, no seas ridículo.

—Bueno... —balbuceé mientras la miraba a los ojos y olía su pelo.

Nos despertamos alrededor de las diez. En esa zona había varias iglesias, así que despertamos al son de las campanas. Permanecimos en la cama durante dos horas, escuchando las campanas. Hay maneras peores de pasar una mañana de domingo.

Finalmente, Jillian se levantó, se puso un albornoz y preparó café mientras yo me vestía con el traje de siempre. Fui a telefonar.

La esposa de Ray Kirschmann me dijo que había ido a trabajar. Me preguntó si quería dejar un mensaje y le respondí que no.

Probé en comisaría. Alguien me informó de que Ray tenía el día libre, y que muy probablemente estaría en su casa con los pies encima de la mesa viendo un partido de fútbol televisado. Añadí que tampoco quería dejar ningún mensaje.

Me pregunté si sería una buena idea ir a mi casa. Quería ducharme, pero no valía la pena porque luego tendría que volver a ponerme la misma ropa. Al ser domingo, no encontraría ninguna tienda abierta para comprar una camiseta, unos calcetines y ropa interior.

Volví a descolgar el auricular y marqué mi número. Comunicaba.

Eso no implicaba necesariamente nada. Alguien podría haber llamado unos segundos antes que yo. Así que colgué y volví a marcar el número al cabo de un minuto. Siguió comunicando.

Eso tampoco implicaba nada. Tal vez había recibido la visita de una persona que había decidido desconectarlo, o pincharlo, o quizá...

—¿Bernie, ocurre algo malo?

—Sí —respondí—. ¿Dónde tienes la guía telefónica?

Busqué el número de la señora Hesch y lo marqué. Cuando descolgó, oí el sonido de la televisión de fondo y su voz cascada por el tabaco.

—Señora Hesch, soy Bernard Rhodenbarr, su vecino.

—El ladrón.

—Sí. Señora Hesch...

—Y la celebridad... Te he visto por la televisión hace una hora. Sacaron una fotografía. Debieron de tomártela en prisión, porque llevabas el pelo muy corto.

Supe al instante a qué fotografía se refería.

—Hay policías por todo el edificio. Me preguntaron por ti. Me preguntaron si sabía que eras ladrón y les respondí que todo cuanto sabía de ti era que eras mi vecino. ¿Debería haberles dicho algo más? Eres un hombre agradable, limpio, y siempre vas vestido decentemente; eso es todo lo que sé. Trabajas mucho, ¿no es así? Te ganas la vida, ¿verdad?

—Cierto.

—Tienes lo bastante para vivir bien. Por lo menos no eres como esos ricachones

de la zona este; ¿se han preocupado esos alguna vez por mí? Tú eres un buen vecino. No has robado nunca a nadie de este bloque, ¿me equivoco?

—Está usted en lo cierto.

—La policía está en tu apartamento, en el vestíbulo, fotografiando, llamando a los timbres y cosas por el estilo...

—Señora Hesch, en cuanto a la policía, ¿había uno que...?

—Espera un momento, que enciendo el cigarrillo. Ya está.

—¿Ha venido uno que se llama Kirschmann?

—Cereza.

—¿Qué dice?

—Cereza. Eso es lo que significa *kirsch* en alemán. Me dijo que se llamaba Kirschmann y de inmediato pensé en una cereza.

—¿Está aquí?

—Primero llamaron dos y me hicieron mil y una preguntas, luego vino ese Kirschmann y me preguntó lo mismo. Más tarde, llegaron otros con la misma historia. Tú no eres un asesino, ¿verdad, hijo?

—Claro que no.

—Eso fue lo que les dije a ellos y a mí misma; es lo que siempre he dicho de ti. ¿Verdad que no asesinaste a esa *nafkeh* del parque Gramercy?

—Por supuesto que no.

—Bien. ¿Y tampoco...?

—¿Cómo la ha llamado?

—*Nafkeh*.

—¿Qué significa?

—Putá, y perdona la expresión. Tampoco asesinaste al hombre, ¿verdad?

¿De qué hombre hablaba?

—Claro que no. Señora Hesch, ¿podría hacerme un favor? ¿Podría decirle a Ray Kirschmann que se ponga al aparato sin que nadie más se entere? A los otros les dice que acaba de acordarse de algo muy importante y se las arregla para que Ray suba a su apartamento sin que los demás policías se enteren.

Podía hacerlo y lo hizo. No tardó mucho rato. De repente, oí una voz familiar que decía:

—¿Sí?

—¿Ray?

—Nada de nombres.

—¿Nada de nombres?

—¿Dónde demonios estás?

—Al teléfono.

—Será mejor que me digas dónde estás. Bernie, esta vez te has metido en un buen

lío.

—Creía que habías dicho nada de nombres.

—Olvida lo que he dicho. Fuiste muy astuto entrando en el apartamento de esa dama por segunda vez y llevándote el botín, pero deberías haberte puesto en contacto conmigo, Bern. Ahora no sé si podré hacer nada por ti.

—Puedes cazar al asesino, Ray.

—Está bien, puedo hacerlo, aunque jamás hubiera imaginado que eras un asesino, Bern. Me sorprende.

—Me sorprendería aún más a mí, Ray. En cuanto a lo de las joyas...

—Sí, Bern, ya las hemos encontrado.

—Repítelo...

—Justo donde las dejaste. Habría sido distinto si hubiese estado solo, pero tuvo que ser Nyswander quien diera con el alijo: una pulsera de diamantes, una pieza de esmeraldas y perlas. Magnífico.

—¿Sólo tres piezas?

—Sí. —Hubo una pausa, de carácter especulativo—. ¿Había algo más? El resto lo tienes escondido, ¿verdad, Bern?

—Alguien las ocultó para incriminarme, Ray.

—Por supuesto. Debe de haber alguien que quiere deshacerse de sus joyas. ¿Qué tal un donativo de Navidad?

Respiré hondo antes de proseguir:

—Ray, yo no robé esas joyas. Las ocultaron en mi casa para incriminarme. El tipo que las robó es el mismo que asesinó a Crystal. Él dejó las joyas en mi apartamento. Bueno, supongo que las hallasteis en mi apartamento.

—El problema es que las encontró Nyswander. Ese malnacido es incorruptible. Pero supones que las hallamos en tu apartamento porque fue ahí donde las escondiste.

—El hombre que cometió el robo y los asesinatos es alguien del que probablemente nunca has oído hablar.

—Ponme a prueba.

—Es muy peligroso, Ray. Es un asesino.

—Ibas a decirme su nombre.

—Grabow.

—Dijiste que no había oído hablar de él.

—Walter I. Grabow. La I es de Ignatius, si te sirve de algo, aunque supongo que no.

—Divertido.

—Es muy complicado, Ray. Creo que deberíamos vernos, los dos a solas, para que pueda contártelo todo.

—Tienes razón, será mejor que nos veamos. Bernie, ¿sabes qué ocurrió? Pues que

perdiste la chaveta. Creo que fue ese segundo homicidio el que te desquició.

—¿De qué estás hablando?

—Jamás hubiera imaginado que eras un asesino —continuó—, aunque con lo frío que eres, tampoco es extraño. Sí, el segundo homicidio, en tu apartamento, supongo que te desquició.

—¿Se puede saber de qué demonios hablas?

—Decías que jamás había oído hablar de Grabow, que era muy peligroso. Pues es el maldito hijo de puta que hallamos muerto en tu apartamento, con un escalpelo clavado en el corazón y ¿aún crees que es peligroso? Por el amor de Dios, Bernie, tú sí eres peligroso. ¿Por qué no me dices dónde estás y te entregaré sano y salvo antes de que algún loco te pegue un tiro? Créeme, es lo mejor. Te procuras un buen abogado y dentro de siete años, o como máximo quince, volverás a estar en la calle. ¿Te parece mal?

Seguía hablando con ese tono de sinceridad y franqueza cuando colgué el auricular.

—Ya está casi vencido —dije a Jillian—. Empieza a estar aterrorizado. Sabe que casi le tengo y está asustado.

—¿Quién, Bernie?

—Buena pregunta. Si supiera quién es, me sentiría mejor.

—Dijiste que fue Grabow quien la asesinó.

—Ya lo sé.

—Si Grabow asesinó a Crystal, ¿quién asesinó a Grabow?

—Grabow no la asesinó.

—Pero todas las piezas encajaban perfectamente: la falsificación, los escalpelos dentales...

—Lo sé.

—Así pues, si Grabow no la asesinó...

—Fue otro, que a su vez asesinó a Grabow para inculparme a mí, dejando las joyas de Crystal en mi apartamento para que me encerraran por homicidio. Eso habría sido muy inteligente por mi parte, ¿no crees? Matar a Grabow con otro escalpelo y luego meter debajo del cadáver una de las pulseras de Crystal.

—¿De verdad estaba debajo del cadáver?

—¿Cómo demonios quieres que sepa dónde la hallaron? Fue Nyswander quien la encontró. Tampoco sé si era de diamantes o de esmeraldas. No he visto esa mierda desde que la metí en el maletín para que otro me la robara. ¿Cómo coño quieres que sepa dónde se hallaba? Apenas recuerdo cómo era.

—No tienes derecho a hablarme así, Bernie.

—Lo siento. Estoy muy nervioso y no sé lo que me digo. Todo esto es una locura. Sólo son pruebas circunstanciales, pero las suficientes para encerrarme.

—Pero tú no lo hiciste —dijo estrechando la mirada—. Dijiste que no lo hiciste.

—Y no lo hice. Pero delante de un jurado, y con todas esas pruebas... no sé. Supongo que mi abogado me propondría un trato.

—¿A qué te refieres?

—Pues que me aconsejaría que me declarara culpable para conseguir reducir la pena. El fiscal del distrito estaría satisfecho de haberme encerrado y a los tres años volvería a estar en la calle. —Fruncí el entrecejo—. Claro que, con Grabow muerto, quizá serían cinco.

—Pero si fueras inocente, ¿por qué tendría que hacerte declarar culpable?

—No podría obligarme a nada. Sólo podría aconsejarme.

—Por esa misma razón Craig cambió de abogado. Blankenship suponía que él era culpable, mientras que el señor Verill lo consideraba inocente.

—Y ahora Craig está en la calle.

—Así es.

—Incluso creyendo en mi inocencia, mi abogado tendría que estar muy loco para defenderme con todas esas pruebas contra mí.

Jillian añadió algo, pero no presté atención porque acababa de tener una idea.

Cogí la guía de teléfonos. Traté de recordar el apellido de Frankie. Lo conseguí. En la guía figuraba como Ackerman E, calle 27 Este, justo a unas manzanas de sus bares favoritos. Marqué el número y dejé que sonara.

—¿A quién estás llamando, Bernie?

Colgué, busqué el número de Knobby Corcoran y lo marqué. No hubo respuesta. Marqué el de Frankie por segunda vez, pero tampoco tuve suerte.

—¿Bernie?

—Estoy en un aprieto —dije.

—Ya lo sé.

—Creo que tendré que entregarme.

—Pero si eres inocente...

—Me buscan por homicidio, Jillian. Tal vez si me declaro culpable tendré suerte. Odio la idea, pero creo que no tengo otra alternativa. Quizá mientras espere el juicio aparezca una nueva prueba. Tal vez pueda contratar a un detective privado para que investigue todo este asunto de manera profesional. Como aficionado, no lo estoy haciendo muy bien. Si continúo como hasta ahora, corro el riesgo de que un policía me vuele la cabeza. Los cadáveres se apilan alrededor de mí y tengo miedo. Si me hubiese entregado ayer, nadie podría haberme acusado del asesinato de Grabow.

—¿Qué vas a hacer? ¿Irás a la comisaría?

Negué con la cabeza y dije:

—Kirschmann quería que me rindiera ante él. Dijo que así estaría a salvo. Quería atribuirse el mérito. Quiero tener a un abogado conmigo cuando me entregue. Pueden tenerte incomunicado durante setenta y dos horas y, en cualquier caso, no quiero arriesgarme.

—¿Quieres llamar a tu abogado?

—No estoy seguro. Siempre me ha representado bien, básicamente porque siempre he sido culpable de los cargos que se me imputaban. Pero ¿será igual de eficiente representando a un hombre inocente? Es el mismo problema que tuvo Craig con Errol Blankenship.

—¿Qué vas a hacer?

—Quiero que me hagas un favor: llama a Craig para que se ponga en contacto con su abogado. Quiero que nos encontremos en su oficina los tres.

—¿En la oficina del señor Verill?

—Mejor en la de Craig, así todos sabemos la dirección. Sur del Central Park, un lugar idóneo. Ahora son las dos y media, pongamos a las cuatro, porque antes tengo

que hacer un par de cosas.

—¿También quieres que vaya Craig?

Asentí con la cabeza.

—Por supuesto. Dile que si no viene le arrojaré a los leones. Él me metió en lo de las joyas; es mi único as. Lo último que desea es que le cuente a la policía lo de nuestro trato, así que mi silencio tiene precio. Quiero que Verill se ponga de mi parte y que gestione mi rendición, que me defienda en el juicio. Tal vez Verill contrate a un abogado criminalista para que le asista en el caso, en fin, ya veremos, pero si no acuden a la cita, dile a Craig que empezaré a cantar.

—¿A las cuatro en su consulta?

—Exacto. —Cogí la chaqueta—. Tengo que hacer unas visitas. Asegúrate de que sean puntuales, Jillian. —Me dirigí hacia la puerta y, antes de salir, me volví hacia ella—: Tú también puedes venir, será interesante.

—¿Hablas en serio, Bernie?

Asentí con la cabeza.

—Soy una amenaza para Craig. Si ese es mi as, no quiero desperdiciarlo. Él y Verill harán lo que sea con tal de que me entregue. Podrán olvidarse de todo este asunto cuando haya confesado a la policía lo pactado con ellos. Quiero que seas testigo de ello.

Fue una tarde muy ajetreada. Hice unas llamadas telefónicas, tomé varios taxis y hablé con distintas personas. En todo momento, me aseguré de que no me seguía la policía. La ciudad está llena de policías pero, por suerte, ninguno de los que vi me buscaba a mí.

Alrededor de las tres de la tarde encontré al hombre que buscaba en una taberna de la Tercera Avenida. Estaba apoyado contra la barra y cuando me vio entrar por la puerta abrió los ojos de par en par y sonrió.

—Cutty con hielo —dijo—. Sienta el culo aquí y tómate una copa.

—¿Cómo va eso, Dennis?

—No del todo mal. ¿Y tú, Ken?

Extendí la mano en posición horizontal y la moví como si fuera un avión ladeando las alas.

—No sé qué contestar.

—No te creo. Oye, Ace, sirve una copa a Ken. Cutty con hielo, ¿no?

Ace llevaba una camiseta sin mangas y tenía una expresión incierta. Parecía un marinero resignado a no seguir buscando el camino de regreso a su barco. Me sirvió la bebida, puso otro cubito en la de Dennis y se fue a sentar ante el televisor. Dennis cogió su copa y dijo:

—Eres amigo de Frankie, ¿verdad? Pues a la salud de Frankie, y que Dios la

proteja.

Sorbí un poco de Cutty.

—Menuda coincidencia —comenté—; precisamente la estaba buscando.

—¿Es que no lo sabes?

—¿Saber qué?

Frunció el entrecejo.

—Tú y yo nos vimos anoche, ¿verdad? Pues claro, sólo bebiste café. Estuvimos charlando con Knobby y yo esperaba a Frankie.

—Es cierto.

—Frankie no apareció... ¿No lo has oído, Ken? Se suicidó. Alcohol y pastillas... Había algo relacionado con su amiga Crystal que la preocupaba mucho. Tú conocías a esa Crystal, ¿verdad? —Asentí con la cabeza—. Se tomó unas copas y unos Valiums. ¿Quién puede garantizarnos que lo hizo a propósito y no por accidente? ¿Quién puede decirlo?

—Nosotros no.

—Tienes razón. Era una mujer espléndida y se quitó la vida, por accidente o a propósito, no lo sabemos. Lo único que puedo desear es que descanse en paz.

Brindamos por el alma de Frankie. Había estado buscando a Frankie en su territorio, es decir, en los bares de su vecindario. No sabía nada de lo ocurrido, aunque la noticia no me sorprendió. Tal vez fue un accidente o un suicidio, o nada de eso; tal vez alguien le echó una mano, la misma mano que ayudó a Crystal Sheldrake y a Walter Grabow.

—Ayer por la noche tuve una... ¿cómo se llama? Premonición. Estuve con Knobby toda la noche, bebiendo y telefoneándola de vez en cuando. La estuve esperando hasta que Knobby cerró el local. Habría podido ir a su casa y ayudarla.

—¿A qué hora cerró Knobby el local, Dennis?

—¿Quién sabe? A las dos, las tres. ¿Quién se fija en eso? ¿Por qué?

—Se fue a su casa pero no se quedó allí. Hizo la maleta y se largó.

—¿Ah sí? ¿Adónde?

—Tal vez tomó un avión —dije—, o tuvo problemas con alguien.

—¿De qué estás hablando, Ken? ¿Qué tiene Knobby que ver con lo que le ha ocurrido a Frankie?

—Verás, Dennis, es bastante complicado, pero intentaré explicártelo.

Llegué a la consulta de Craig con diez minutos de antelación. Había hablado con Jillian sobre las tres y media y me había dicho que estaba todo arreglado. No me extrañó que aún no hubiesen llegado, e incluso llegué a pensar que no se presentarían. Me quedé de pie en el pasillo junto a la puerta de cristal y, a las 3:58, se abrieron las puertas del ascensor y aparecieron los tres: Craig, Jillian y un hombre alto y delgado, vestido con un traje negro. No me sorprendió que fuera Carson Verill.

Craig nos presentó. El abogado me estrechó la mano efusivamente y me sonrió con igual intensidad. Le vi los dientes: los tenía muy blancos, lo cual tampoco me sorprendió teniendo en cuenta que era el representante legal del dentista más grande del mundo. Permanecimos unos minutos allí, Verill y yo presentándonos, Craig carraspeando y Jillian revolviendo el bolso hasta dar con la llave de la puerta. Finalmente abrió la puerta, encendió la luz y luego la lámpara del escritorio de Marion. Después se sentó en la silla de Marion y yo indiqué a Craig y a Verill que se sentaran en el sofá.

Se produjo un intercambio de palabras con cierto nerviosismo. Craig se refirió al tiempo y Verill se disculpó por el retraso.

—En fin, señor Rhodenbarr, será mejor que vayamos al grano. Tengo entendido que quiere hacernos una oferta. Ha amenazado con contar a la policía que usted y el señor Sheldrake acordaron robar las joyas de su exesposa, a menos que este asuma el coste de su defensa.

—Vaya suerte —dije.

—¿A qué se refiere?

—Ya sabe, poder hablar así sin deliberación. Tiene un talento increíble, pero ¿por qué demonios no ponemos las cartas sobre la mesa? Craig y yo pactamos robar las joyas de Crystal, eso lo sabemos todos; podemos hablar en confianza, así que dejémonos de protocolos.

—Bernie, hagámoslo a la manera de Carson, ¿de acuerdo? —intervino Craig.

Verill clavó la mirada en Craig. Tuve la impresión de que no le había gustado su intervención y que prefería que Craig guardara silencio.

—No estoy dispuesto a hacer ningún trato, señor Rhodenbarr. Aunque sí me gustaría saber cuál es su postura. He hablado con la señorita Paar y con el doctor Sheldrake y creo que podré ayudarle. No tengo mucha experiencia en casos como este y no sé si sería capaz de defenderle, pero si lo que quiere es entregarse y declararse culpable...

—Soy inocente, señor Verill.

—Tenía entendido que...

Esboqué una amplia sonrisa, procurando mostrar sólo los mejores dientes.

—Me imputan dos homicidios, señor Verill. Un asesino muy inteligente me ha tendido una trampa. Lo dispuso todo para que su cliente fuera acusado de homicidio, pero luego decidió que sería más efectivo cargarlo a mis espaldas. Lo hizo muy bien, aunque creo que lo entenderá mejor si le cuento lo que realmente ocurrió.

—La señorita Paar asegura que usted sospechaba de ese artista. Pero apareció muerto en su apartamento.

Asentí con la cabeza.

—Debería haber imaginado que él no había asesinado a Crystal. Podría haberla estrangulado, pero lo de apuñalar no era del estilo de Grabow. No, hubo una tercera persona, y esa persona es la que cometió los dos crímenes.

—¿Una tercera persona?

—Había tres hombres en la vida de Crystal: Grabow, el artista; Knobby Corcoran, un camarero de un bar y finalmente el sabueso legal.

—¿Quién?

—Un colega suyo. Un abogado llamado John, quien a menudo salía con Crystal. Eso es todo lo que se sabe de él.

—Entonces, será mejor olvidarlo.

—Creo que no, porque fue él quien la asesinó.

—¿Qué? —inquirió Verill, arqueando las cejas—. En ese caso, es imprescindible conocer su identidad.

—Estoy de acuerdo. De todos modos, será difícil. Supe de su existencia por una mujer llamada Frankie. El problema es que ayer esa mujer se tomó mucha ginebra y una caja entera de Valium.

—Así pues, ¿cómo vas a averiguar la identidad de ese John, Bernie? —preguntó Craig.

—No lo sé.

—Quizá no tenga nada que ver con el caso. Tal vez sólo fuera otro de los amigos de Crystal. Tenía muchísimos...

—Y como mínimo un enemigo —repliqué—. No olvides que Crystal era el eje de algo, y de que alguien debía de tener razones poderosas para asesinarla. Tú, Craig, tenías motivos para ello, pero no lo hiciste porque sabías que serías el principal sospechoso.

—Correcto.

—Yo también tenía un motivo: evitar que me arrestaran por robo; pero tampoco lo hice. Ese John sí tenía una razón de peso.

—¿Como cuál, Bern?

—Grabow era un falsificador —expliqué—. Empezó como artista, luego se pasó al mundo de la impresión y finalmente decidió abandonar el mundo del arte para ganar dinero. Supongo que imaginó que, dadas sus aptitudes, la manera más fácil de

ganar dinero era fabricándolo, y eso fue lo que hizo.

»Sabía lo que hacía. Vi algunas muestras de su trabajo y eran casi tan buenas como las que emite el Estado. También vi el lugar donde vivía y trabajaba y, para ser un artista sin éxito, la verdad es que vivía por todo lo alto. Aunque no pueda demostrarlo, tengo la corazonada de que él hizo esas planchas para falsificar billetes, que debió de cambiar al comprar tabaco o tomar unas copas. Recordad que ese tipo era artista y no un criminal. No tenía contactos ni tenía idea de cómo colocar esos billetes. Debía hacer una tirada reducida. Cuando conseguía una generosa cantidad de dinero oficial, se iba a comprar muebles. Grabow tenía su propia empresa y le habría seguido funcionando de no ser por la avaricia.

—¿Qué tiene que ver todo esto con...?

—¿Con nosotros? Veréis, supongo que Grabow cubriría una amplia zona en su empeño por cambiar los billetes. En alguna de sus salidas debió de conocer a Crystal y empezaron a verse con regularidad. Tal vez él quiso presumir o quizá ella hizo demasiadas preguntas, pero de un modo u otro se enteró de que era un falsificador.

»Por aquel entonces, ya estaba liada con Knobby Corcoran, un camarero que probablemente sabía cómo comprar y vender material de esa clase. Tal vez fue idea de Crystal o de Knobby, aunque juraría que lo sugirió el abogado.

—¿Sugerir qué? —inquirió Jillian.

—Pues producir más billetes falsos de lo que venía haciendo hasta entonces Grabow. Nada de cambiarlos paulatinamente, sino hacer muchos de una sola tirada y vivir de los ingresos durante un par de años. Así lo sugirió el abogado. Crystal se los daría a Knobby y este buscaría a alguien dispuesto a pagar por un cuarto de millón en billetes de veinte falsos... unos cincuenta mil dólares. Crystal sería la intermediaria: Knobby le daría la pasta verdadera y Grabow la falsa; la verdadera se la quedaría Grabow y la falsa sería entregada a Knobby. De este modo, no tendrían que verse las caras. Me pareció que Grabow guardaba celosamente su intimidad; no quería que nadie supiera dónde vivía, así que el negocio que le proponían le garantizaba el anonimato.

—¿Fue el abogado quien urdió el plan, Bern? ¿Ese John?

Moví la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Así es, Craig.

—¿Y él que sacaba con eso?

—Todo.

—¿Qué quieres decir?

—Pues todo, porque el dinero verdadero no iba a llegar a Grabow y el falso tampoco a Knobby. Dado que ambos se acostaban con Crystal, ambos imaginaban que podían confiar en ella. Lo único que no sé es si Crystal estaba enterada de sus planes. Cuando recibió el dinero de Knobby, se lo entregó al abogado y luego recibió

el falso de Grabow, y le dijo que le pagaría al cabo de un par de días. Al abogado sólo le quedaba asesinarla e irse tranquilo a casa.

—¿Por qué supone todo eso, señor Rhodenbarr?

—Porque ya tenía el dinero de Knobby Corcoran, señor Verill. Es muy simple, asesina a Crystal, coge el dinero falso y ahí se acaba todo. Su nombre jamás se relacionaría con el asunto. En cuanto a los otros dos, cuando supieran que Crystal había muerto, cada uno supondría que el otro le había traicionado, incluso quizá acabarían matándose. Hasta aquí, ningún problema para el abogado. Tiene el dinero verdadero y puede intentar vender el falso. De conseguirlo, la suma total ascendería a unos cien mil dólares; una suma por la que mucha gente en este mundo está dispuesta a matar, incluso un abogado.

Verill sonrió y dijo:

—Hay gente en esta profesión que no es todo lo ética que debería.

—No se disculpe, nadie es perfecto. Todos tenemos algo de ladrón inmoral.

Me acerqué a la ventana y miré a la calle; me quedé observando los taxis tirados por caballos alineados en la calle Cincuenta y nueve. El sol estaba cubierto por nubes. Lo había estado casi toda la tarde.

—El jueves por la noche fui al apartamento de Crystal a robar las joyas. Estuve encerrado en su armario mientras retozaba en la cama con un amigo. Luego este se fue. Mientras me las arreglaba para salir de allí, Crystal tomó una ducha. El timbre la interrumpió. Salió, abrió la puerta y el abogado le clavó un escalpelo dental en el corazón.

»Luego se dirigió al dormitorio. El objetivo de su visita no era sólo matarla. Buscaba el dinero falso que ella guardaba, seguramente para Knobby. Crystal ya le había dicho que Grabow se lo había entregado en un maletín, así que fue directamente al dormitorio y vio un maletín apoyado contra la pared.

»Naturalmente, ese no era el maletín del dinero. Supongo que estaba dentro del armario conmigo. Creo que fue ahí donde Crystal debió de guardarlo, porque de lo contrario no habría tenido sentido que lo cerrara con llave. Las joyas, en cambio, las tenía a mano. En ese armario tenía que haber algo que Crystal no solía guardar en casa.

»El abogado cogió el maletín y se largó. Cuando llegó a su casa y lo abrió, se encontró con un puñado de joyas envueltas con ropa para que no hicieran ruido al caminar. No era el botín que esperaba, pues no le sería tan fácil venderlo, pero por lo menos tenía los billetes verdaderos y, tarde o temprano, conseguiría colocar las joyas.

»Tal vez incluso pensó en regresar al apartamento para buscar el dinero falso. Pero Knobby Corcoran se le adelantó. Knobby cambió su turno con otro camarero el día después del asesinato de Crystal y entró en el apartamento de esta por si encontraba el maletín. Debía de saber dónde tenía que buscar porque quizá Crystal le

había dicho algo así como: “No te preocupes, está seguro en mi armario”. De hecho, se fue del apartamento con el dinero falso y lo guardó en el armario de su propio apartamento.

—¿Cómo lo sabe, señor Rhodenbarr?

—Muy fácil: ahí fue donde lo encontré.

—Ahí lo encontré...

—Encontré el maletín lleno de billetes de veinte dólares. ¿Cómo, si no, lo sabría? Los dejé allí...

Jillian sabía que acababa de mentir. Le había contado que había guardado los billetes en una taquilla de la estación de autobuses. Deseé con todas mis fuerzas que no recordara la historia. Comprobé que estaba pensando en otras cosas.

—El escalpelo... —dijo—. El abogado asesinó a Crystal con uno de nuestros escalpelos.

—Correcto.

—Por tanto, debía de ser un paciente nuestro.

—¿Un abogado llamado John? —se preguntó Craig—. ¿Cuántos pacientes tenemos que sean abogados? —Frunció el entrecejo y se rascó la cabeza—. Hay bastantes —dijo—, y John no es precisamente un nombre poco común, aun así...

—No tiene por qué ser un paciente —comenté—. Supongamos la siguiente hipótesis: Crystal estuvo en el apartamento de Grabow, vio los instrumentos dentales que utilizaba para su trabajo y se percató de que eran de la misma marca que los de Craig. Aunque se tratara sólo de una coincidencia, se lo comentó al abogado. Este obtuvo el arma asesina de la manera más simple del mundo. Decidió utilizar un instrumento dental para inculpar directamente a Craig; en el caso de que este consiguiera probar su inocencia, entonces las sospechas se volverían hacia Grabow.

Caminé de un lado al otro de la habitación hasta que decidí sentarme en el borde de la mesa de Marion.

—Era un buen plan —continué—. Sólo tenía un cabo suelto: yo.

—¿Tu, Bern?

—Sí —respondí a Craig—. Yo. Conseguiste salir de la cárcel porque me cargaste el muerto a mí.

—Bern, ¿qué otra cosa podía hacer? —Le miré con acritud—. Además, yo no la había matado y si tú estuviste en su apartamento y uno de mis escalpelos... ¡Por Dios, parecía que querías inculparme y...!

—Olvídalo. Buscaste la manera de salir de la cárcel y lo conseguiste. Knobby entró en el apartamento de Crystal y se llevó el dinero falso; eso significó que el caso era algo más complicado que el típico caso del marido que mata a su exesposa. El abogado se percató de que tenía que actuar con diligencia. Quedaban cabos sueltos y tenía que atarlos, porque si la policía empezaba a investigar la vida de Crystal, tal vez

su nombre aparecería en la lista.

»También estaba preocupado por Grabow. Quizá incluso se entrevistaron. Tal vez pensó que Grabow conocía la relación que Crystal mantenía con él. No podía saber qué le había contado Crystal a él. En cualquier caso, Grabow era una seria amenaza para nuestro abogado. De hecho, Grabow estaba muy nervioso el día que le conocí. Tal vez ya se había puesto en contacto con el abogado. En fin, Grabow tenía que desaparecer, y el abogado decidió matarle, con lo cual me complicaba un poco más la vida. Se las arregló para llevar al artista a mi apartamento, lo mató con otro de esos malditos escalpelos y escondió un par de joyas de Crystal en el piso para facilitar la investigación a la policía. En primer lugar, yo no tenía motivo alguno para asesinar a Grabow; en segundo, habría sido una estupidez por mi parte hacerlo con un escalpelo dental en mi propia casa y, finalmente, no sería lógico que hubiese escondido allí algunas de las joyas de Crystal. En cualquier caso, debió de pensar que con eso bastaría para que la policía me buscara por presunto homicidio, y lamentablemente estaba en lo cierto. —Respiré hondo y miré a mis tres interlocutores—. Esto es lo que tenemos hasta ahora, por eso estamos aquí.

Se produjo un silencio. Al final Verill lo rompió. Carraspeó y dijo:

—El problema es que usted nos ha contado una historia muy convincente acerca de un abogado cuya identidad desconoce por completo. Imagino que no será tan fácil desenmascararle. Ha mencionado a una mujer, ¿una amiga de Crystal Sheldrake?

—Frankie Ackerman.

—¿Ha dicho que se suicidó?

—Murió a causa de la ingestión de alcohol y Valium. Pudo ser un accidente o un suicidio. Hablaba de Crystal con cierta inquietud. No es imposible que se pusiera en contacto con el abogado. Tal vez él la llenó de pastillas y alcohol en su empeño por atar los cabos sueltos.

—Eso parece poco probable, ¿no cree?

—Es posible —convine—. En cualquier caso, está muerta.

—Exacto. Y la posibilidad de identificar a ese abogado parece haber muerto con ella. En cuanto al camarero, ¿Corcoran se llama?

—Knobby Corcoran.

—¿Él tiene los billetes falsos?

—Si las cosas no han cambiado desde ayer, sí. Intuyo que Knobby y el dinero ya están lejos de aquí. Después de cerrar el bar, se fue a casa, cogió el maletín y abandonó la ciudad. No creo que regrese. Debió de huir, aterrorizado por los asesinatos o quizá ya tenía planeado traicionar a sus socios. Vivía de las propinas; tal vez tanto dinero era demasiado para él. Apuesto a que Knobby tomó un taxi hasta el aeropuerto y subió a un avión hacia algún país del Trópico; no me sorprendería que dentro de unos meses circularan billetes falsos por las Indias Occidentales.

Verill frunció el entrecejo.

—Así pues, no tiene nada en que apoyar su teoría —dijo pausadamente—. No tiene ninguna pista que le conduzca a desvelar la identidad de ese abogado.

—Bueno, yo no diría eso.

—¿Qué?

—Sé quién es.

—¿De veras?

—Y tengo pruebas.

—¿Ah sí?

Me levanté de la mesa, me dirigí hacia la puerta de entrada e hice pasar a Dennis.

—Les presento a Dennis —anuncié—. Conocía bastante bien a Crystal y era buen amigo de Frankie Ackerman.

—Era una mujer estupenda —dijo Dennis.

—Dennis, esta es Jillian Paar, el doctor Craig Sheldrake y el señor Carson Verill.

—Encantado de conocerle —dijo a Jillian—. Encantado, doctor —dijo a Craig y esbozó una sonrisa a Verill. Luego añadió—: Es él.

—¿Cómo?

—Es él —repitió, señalando con el dedo a Carson Verill—. Es el novio de Crystal. Él es el «sabueso legal». Él es Johnny.

Verill rompió el silencio. Se levantó de la silla, se puso en pie y exclamó:

—¡Esto es ridículo!

Lo que yo dije no fue mucho mejor:

—El asesinato siempre es ridículo.

Aunque no me siento orgulloso de la frase, reconozco que fue lo que dije.

—¡Ridículo, Rhodenbarr! ¿Quién es este patán, y de dónde lo ha sacado?

—Se llama Dennis. Dirige un aparcamiento.

—En realidad, soy el propietario.

—Bueno, pues es el propietario —añadí.

—Creo que ha estado bebiendo. Y también creo que se ha vuelto loco, Rhodenbarr. Primero intenta manipularme para que lo defienda, y ahora me acusa de homicidio.

—Parece una incongruencia —acepté—. Creo que ya no deseo que me defienda, aunque supongo que ya no tendré que defenderme de nada. Tiene que confesarse autor de los dos homicidios y automáticamente retirarán los cargos contra mí.

—¡Está loco!

—Podría estarlo después de toda esta semana, pero no.

—Para empezar, no me llamo John o ¿no se le ha ocurrido?

—Sí, y ha sido un problema —admití—. Cuando empecé a sospechar de usted, pensé que tal vez se llamaba John Carson Verill, y que se había quitado el John. No

tuve suerte. Carson es su nombre de pila, y el apellido es Woolford: Carson Woolford Verill, el hombre con tres apellidos. Usted es el hombre de quien hablaba Frankie Ackerman. Me parece obvio, si se para a pensar en ello.

—No lo entiendo, Bernie —dijo Jillian, asombrada—. Si se llama Carson...

—«¡He aquí a Johnny!» —exclamé—. ¿Qué Johnny, Jillian?

—¡Oh!

—Correcto. Hay millones de personas que se llaman John, así que me extraña que Frankie imitara a Ed MacMahon cada vez que conocía a un John. Pero llamarse Carson es distinto. Es un nombre muy poco común, así que a Frankie le debió de parecer divertido.

—Ridículo —insistió Verill—. Soy un hombre respetablemente casado. Quiero a mi esposa y siempre le he sido fiel. Jamás estuve liado con Crystal.

—No es usted tan respetable como dice —dijo Jillian—. Es un seductor.

—Tonterías.

—Ayer por la noche se me insinuó, pero cuando vio que no tenía nada que hacer, desistió.

—Esto es absurdo.

—Conoció a Crystal hace unos años —dije—, cuando todavía era la esposa de Craig, ¿me equivoco?

Craig lo confirmó.

—Carson fue mi abogado durante el divorcio —explicó—. Tal vez por eso tuve que pagar a Crystal una pensión tan alta. Quizá mi abogado de confianza se metía en la cama con mi esposa y ambos planearon exprimirme. —El dentista más grande del mundo estaba hundido. Parecía estar más ofuscado por lo de la pensión que por el homicidio—. Eres un hijo de puta.

—Craig, no creerás...

—Me gustaría tenerte sentado en la silla. Te rompería todos los dientes.

—Craig...

—En los próximos años podrá disfrutar de revisiones dentales gratuitas, señor Verill —dije—. Los dentistas penitenciarios son terribles. Ya tendrá ocasión de comprobarlo.

Se volvió hacia mí con expresión de no poder creer lo que ocurría.

—¡Estás loco! No puedes demostrar nada. No tienes ninguna prueba.

—Eso es lo que siempre dice el malo de la película —ironicé—. Cuando empieza hablar de la falta de pruebas, uno ya sabe que es el culpable.

—Las únicas pruebas que existen son las teorías de un ladrón y la declaración de un guardacoches borracho. Eso es todo lo que hay.

—¿Quién es ese guardacoches borracho? Yo no aparco coches, soy propietario de un aparcamiento.

—En cuanto a pruebas fehacientes...

—La cuestión de las pruebas es algo sorprendente —dije—. Se encuentran cuando menos se las busca. Cuando la policía empiece a mostrar su fotografía, seguro que habrá más gente de la que imagina que le vio con Crystal. Además, cuando ayer entró en mi apartamento, también debió de verle alguien, por no hablar de las joyas... No las escondió todas en mi apartamento porque es demasiado avaro. ¿Dónde está el resto? ¿En su apartamento, en una caja de seguridad?

—No encontrarán ninguna joya.

—Está demasiado seguro de sí mismo. Supongo que las tiene a buen recaudo.

—Jamás he robado joyas. No sé de qué estás hablando.

—No olvidemos lo del dinero falso. Con eso bastará para que le cuelguen.

—¿De qué dinero hablas?

—De los billetes de veinte dólares.

—Sí, claro... —Arqueó las cejas—. Creo haber entendido que el maldito Knobby se los ha llevado al sur.

—Podría ser, pero tengo la corazonada de que Grabow imprimió unos cuantos antes, lo cual me hace pensar que hay unos dos mil dólares de esos billetes falsos en su oficina.

—¿En mi oficina?

—En Vesey Street. Es curioso que esa zona esté tan desierta los domingos. Parece que una bomba de neutrones hubiese destruido a los seres humanos, respetando los edificios. Tengo el presentimiento de que en el cajón de su escritorio se halla un fajo de billetes de veinte, y apuesto lo que sea a que coinciden con las planchas que hay en el apartamento de Grabow.

Verill hizo ademán de acercarse, pero no se movió.

—En mi oficina... —dijo.

—Sí. Por cierto, tiene una oficina muy bonita. Naturalmente, no tiene vistas al parque, como Craig, pero se ve parte del puerto desde la ventana, y eso ya es mucho.

—¿Escondiste dinero allí?

—No diga tonterías. Knobby se llevó el dinero. ¿Cómo podría haberlo escondido?

—Debería haberte matado, Rhodenbarr. Si hubiese sabido que estabas en el armario, habría terminado con todo allí mismo. Podría haberlo arreglado para que pareciera que tú y Crystal os habíais matado. Tú la apuñalaste y ella te pegó un tiro.

—Y así habría podido coger los billetes del armario. Eso habría simplificado las cosas, ¿verdad?

Ni siquiera me escuchaba.

—Tuve que deshacerme de Grabow. Le conocí. Tal vez ella le había hablado de mí. Con Knobby sólo se acostaba de vez en cuando, después de haber pasado la noche bebiendo, pero con Grabow mantenía una relación. Podría haberse enterado de

mi nombre y deducir que yo estaba detrás del asunto.

—¿Así que le citó en mi apartamento?

—Creyó que se reuniría contigo. Tenía su número de teléfono. No figuraba en la guía, pero naturalmente se lo había dado a Crystal. Le telefoneé y le cité en tu apartamento. Le dije que tenía el dinero falsificado y que quería devolvérselo. Fue muy fácil pasar por delante de tu portero.

—Lo sé. ¿Cómo consiguió entrar en el apartamento?

—Eché la puerta abajo, como en las películas.

En ese momento decidí que tenía que cambiar la cerradura de la puerta e instalar una como la de Grabow, a pesar de que tampoco había servido de mucho.

—Cuando llegó Grabow, el portero llamó por el interfono para comunicarlo y le dije que le dejara subir. El hombre supuso que eras tú.

—Por supuesto.

—Grabow me dijo que no parecía un ladrón, pero no sospechó nada. —Se interrumpió un momento—. Me resultó más fácil matarle a él que a Crystal, a pesar de ser alto y corpulento.

—Dicen que cuando uno se acostumbra a algo, ya nada le resulta difícil.

—Esperé a que llegaras, para que pareciera que os habíais matado. Pero no fuiste a casa.

—Así es —dije. Estuve a punto de añadir que estaba en casa de Jillian, pero recordé que Craig estaba presente—. Temía que la policía estuviera vigilando el piso, así que me fui a un hotel.

—Lo entiendo. Finalmente decidí marcharme. El portero no me vio entrar ni salir. No había dejado huella alguna. No creo que importe demasiado que haya unos cuantos billetes falsos escondidos en mi cajón. Soy un abogado respetable. ¿Qué palabra supones que creará la policía, la tuya o la mía?

—¿Y qué hay de esta gente, Verill?

—¿Quién, este borracho?

—Soy el propietario, maldito seas —dijo Dennis—. No estás hablando de un puesto de venta ambulante de perritos calientes, sino de una propiedad privada.

—No creo que Craig quiera contar a la policía todo lo que sabe —continuó Verill—. Además, estoy seguro de que la señorita Paar sabe qué parte de la tostada está untada con mantequilla.

—No funcionará, Verill.

—Por supuesto que sí.

—No —dije alzando la voz—. Ray, ya basta. Sal y arresta a este hijo de puta para que podamos irnos a casa.

La puerta de la oficina interior se abrió y entró Ray Kirschmann.

—Este es Ray Kirschmann —anuncié—. Es policía. Le dejé entrar antes de ir a

buscar a Dennis. Tal vez me excediera, Craig, me refiero al abrir la cerradura y todo eso, pero ya sabes que forma parte de mi rutina. Ray, te presento a Craig Sheldrake. A Jillian ya la conoces. Este es Carson Verill, el asesino. Y este es Dennis. Dennis, creo que no sé cuál es tu apellido.

—Hegarty, aunque no es necesario que te disculpes. Yo tampoco me acordaba de tu nombre. Te he estado llamando Ken.

—Uno siempre puede equivocarse.

—Cielos —dijo Ray, dirigiéndose a mí—. Eres más frío que un témpano de hielo.

—Tengo las agallas de un ladrón.

—Tú lo has dicho.

—De hecho, fuiste tú quien lo dijo. ¿Quieres leer a Carson sus derechos?

—Las agallas de un ladrón...

Dejé que Ray siguiera creyendo que tenía las agallas de un ladrón, aunque creo que todos los presentes nos comportamos con igual frialdad.

Dennis fue el más gélido de todos, pues había identificado a Verill sin haberle visto jamás en su vida. Si no me hubiese tomado la molestia de hacer las respectivas presentaciones, quizá Dennis habría señalado a Craig.

En cuanto a mí, no estoy seguro de que me mantuviera tan impasible como dijo Ray. Tengo que admitir que empecé a temblar cuando vi a Verill sacar un escalpelo del bolsillo de su chaqueta mientras Ray le leía lo de que tenía derecho a no decir nada. Ray no se percató de ello, pero yo me quedé perplejo. Carson Verill lanzó un alarido y se clavó el escalpelo en el corazón. A partir de entonces regresé a mi estado habitual de frialdad.

—Es lo de siempre —dije a Jillian—. Gastaba más de lo que ganaba, perdió dinero en la bolsa, se endeudó hasta las orejas y luego malversó los fondos de algún cliente. Necesitaba dinero, y te sorprenderías si supieras de lo que es capaz de hacer la gente por dinero. Probablemente empezó pensando en la manera de hacerse con una comisión de unos miles de dólares. Luego encontró la forma de hacerlo. Además, en ese momento Crystal debía de ser más una carga que una ventaja. Su relación ya no funcionaba y vio la manera de terminarla para siempre, además de hacerse con cien mil dólares.

—Parecía tan respetable...

—Creo que él no mató a Frankie Ackerman. No lo mencionó, y ahora ya es demasiado tarde para preguntárselo. Pensé que quizá Frankie le había llamado, pero ahora pienso que debió de ser o un accidente o un suicidio. Si la hubiese matado él, lo habría hecho con un escalpelo.

Jillian se estremeció.

—Le estaba mirando cuando lo hizo.

—Yo también. Todos le mirábamos menos Ray.

—Cada vez que cierro los ojos, veo la horrible escena.

A mí también me ocurría algo similar, pero intenté guardar las formas para no dañar mi imagen.

—Fue todo un detalle por su parte —dije jovialmente—. Ahorró al Estado los gastos del juicio, por no mencionar los de su manutención durante varios años. Además, permitió a Craig dejar de estar en el candelero y a Ray Kirschmann ganarse unos dólares de más.

Y eso fue lo mejor. Unos cuantos miles de dólares cambiaron de propietario, es decir, salieron de Craig y fueron a parar a Ray a cambio de que ciertos detalles no pisaran jamás los archivos policiales; por ejemplo, que jamás había tenido lugar un robo en el apartamento del parque Gramercy. Teniendo al asesino, resultaba fácil esconder ciertos detalles bajo la alfombra.

Me incliné hacia atrás y sorbí un poco de vino. Era de noche y estaba en casa de Jillian; ya no tenía que preocuparme por si venía o no la policía. Tarde o temprano Todras y Nyswander me tomarían declaración, pero mientras tanto, tenía cosas más importantes en que pensar.

Hice ademán de abrazar a Jillian, pero me evité.

Me desperecé y luego bostecé.

—Bueno, creo que no estaría nada mal que tomara una ducha; todavía no he podido cambiarme de ropa y...

—Bernie.

—¿Qué?

—Yo... bueno... Craig va a venir dentro de un rato.

—Entiendo.

—Dijo que vendría sobre las nueve y media.

—Sí.

Se volvió para mirarme; había cierta tristeza en sus ojos.

—En fin, tengo que ser práctica, ¿no crees?

—Es cierto.

—Me enfadé con él por la manera como actuó. Es verdad que algunas personas son mejores cuando están presionadas. Craig es dentista. Cuando está con un paciente, tiene los nervios de acero, pero no estaba preparado para ser arrestado ni para estar encerrado en una celda.

—Poca gente lo está.

—En cualquier caso, conmigo va en serio.

—Entiendo.

—Es un hombre agradable, con una profesión decente y muy respetable.

—Carson Verill también era respetable.

—Y estable, lo cual es importante. Bernie, eres un ladrón...

—Cierto.

—Vives al día. Podrías acabar en la cárcel.

—Nada que objetar...

—Además, quizá no quieras casarte.

—Pues no, no querría.

—Luego sería una tontería por mi parte que desperdiciara lo que Craig me ofrece, a cambio de... nada, ¿no crees?

Asentí con la cabeza.

—Tienes razón, Jillian.

Empezó a temblarle el labio inferior.

—Entonces, ¿por qué demonios me siento tan mal? Bernie...

Era el momento de abrazarla y besarla; sin embargo, dejé el vaso de vino encima de la mesa y me levanté.

—Se está haciendo tarde. Estoy cansado, aunque parezca imposible. He tenido un día muy ajetreado. Y tú tienes que arreglarte para cuando llegue el señor Sed. En cuanto a mí, necesito ir a casa, cambiar la cerradura de la puerta y tomar una ducha.

—Bernie, podríamos seguir viéndonos, ¿qué te parece?

—No creo que sea una buena idea, Jillian.

—Bernie, ¿estoy cometiendo un grave error?

Guardé silencio unos segundos y luego respondí, con el máximo de honestidad posible:

—No, no cometes ningún error.

En el taxi, mientras cruzaba el parque, me sentí como Sidney Carton diciendo: «Lo mejor que he hecho, que jamás habré hecho», y toda esa bazofia de lo noble que se siente uno cuando da la vida por un amigo.

El problema era que el dentista más grande del mundo no era tan buen amigo como pensaba, ni tampoco dejaba escapar nada especial. Jillian era hermosa y preparaba buenos cafés, pero hay muchas mujeres que hacen cosas más interesantes que limpiar los dientes. Por otro lado, todavía no he encontrado ninguna persona que prepare el café mejor que yo.

Lo más cerca que estuve de Sidney Carton fue demostrando que tenía clase, lo que también hizo Carson Verill al quitarse la vida de manera limpia, en lugar de hacer algo tan vulgar como tirarse por la ventana. En fin, lo cierto es que habría podido complicar la vida de esa joven.

Podría haberle dicho, por ejemplo, quién era el ardiente amante que retozaba con Crystal mientras yo estaba encerrado en el armario. Podría haber dicho que no era otro que Craig y que la mujer a la que se refirió no era otra que ella, y que no le había reconocido la voz porque desde el interior del armario no se oía bien. No sé si eso fue verdad o no, pero en cualquier caso explicaría el extraño comportamiento de Craig.

Si hubiese continuado con esa teoría, seguramente habría conseguido arruinarles la relación. Pero ¿para qué?

También podría haber argumentado que mi profesión tenía más futuro del que parecía a simple vista, y que después de todo lo sucedido no iba a quedarme sin blanca; podría haber aludido lo del cuarto de millón de dólares que, descontando los dos mil que había escondido en el escritorio de Verill, aún reposaba en la estación de autobuses. Naturalmente, los billetes no habían acompañado a Knobby a ninguna parte. Knobby se largó de la ciudad a toda prisa cuando se percató de que los billetes habían desaparecido; sabía de antemano lo que le esperaba si no entregaba el dinero falsificado a quien había pagado por él una suma tan importante de dinero.

Me las arreglaría para encontrar a alguien que me pagara por los billetes al menos treinta mil dólares. Además, siempre me quedaba el recurso de imitar a Grabow, es decir, cambiarlos de uno en uno, para lo cual sólo necesitaría las agallas de un engañabobos y la paciencia de un santo, una combinación explosiva.

Podría haber dicho a Jillian que las joyas todavía estaban en alguna parte, que Verill no habría tenido tiempo de venderlas y que estarían escondidas donde a la policía jamás se le ocurriría buscar. Cuando las cosas se enfriaran un poco, podría intentar recuperarlas. Podría haberla convencido de que, aunque la profesión de ladrón no tenga futuro, por lo menos el presente nos ofrecía enormes posibilidades, a modo de justa recompensa por lo que habíamos pasado.

En definitiva, habría podido hacer que cambiara de opinión. Pero si para conseguirlo tenía que pasar por todo eso, podría irse al diablo. El mundo está lleno de mujeres...

Como con la que estuve hablando por teléfono. Galería Espalda Estrecha. ¿Cómo demonios se llamaba? Denise, Denise Raphaelson. Por teléfono me había parecido muy simpática, una cualidad de la que Jillian carecía por completo. Está bien que una mujer sea hermosa, pero cuando uno ya se ha acostado con ella varias veces, es necesario poder reír con ella.

Por supuesto, Denise podría acabar siendo un desastre, o podría ocurrir que la química que hubo por teléfono desapareciera al entrar en contacto íntimo. De todos modos, estaba dispuesto a visitar la galería y, si los signos eran favorables, me presentaría y, si no, también.

El mundo está lleno de mujeres...

Aunque, ¿dónde encontraría a otro dentista?

Notas

[1] En inglés *cat burglar*, ladronzuelo, significa literalmente «ladrón de gatos». <<

[2] *De mortuis nihil nisi bonum*: De los muertos no digas sino bien (Tácito). <<